



APASIONADAMENTE INFIEL

**LUISA MARÍA
LINARES**

La Cuadra
— ÉDITIONS —



Luisa María
Linares

**APASIONADAMENTE
INFIEL**

La Cuadra
— ÉDITIONS —

Apasionadamente infiel | Novela escrita en 1955
Copyright ©LaCuadraÉditions2024
139 Rue d'Alésia 75014 Paris
Producción | MEL Projects
Impresión | Amazon KDP
Diseño de portada | Grégoire Dalle

Todos los derechos reservados.
Bajo condiciones establecidas
en las leyes, queda expresamente
prohibido sin autorización
escrita del titular del copyright,
la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la
reprografía y el tratamiento
informático.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I «El chino»

II Nicole

III Arminda

IV Irene

V Elena

VI El chino

VII Nicole

VIII Arminda

IX Irene

X Elena

SEGUNDA PARTE

XI Doctor León Costa

XII Nicole

XIII Arminda

XIV Irene

XV Elena

XVI «El chino»

XVII Nicole

XVIII Arminda

XIX Irene

XX Elena

XXI «El chino»

XXII Doctor León Costa

Hija de un dramaturgo y hermana de una novelista, Luisa María Linares nació en Madrid en 1915 y volvió a nacer cuando al quedarse viuda en la trágica Guerra Civil española, comenzó a desarrollar su talento literario. Justo al terminar esta, en 1939.

El mundo naufragaba por entonces en la II Guerra Mundial y ella, con 24 años, sacaba adelante a sus dos hijas. Mientras tanto, en su corazón, renacía cada día el profundo amor construido con su marido, el noble oficial de Marina, Antonio Carbó y Ortiz-Repiso

En ese mundo convulso y desesperanzado, ella desea aportar paz, alegría de vivir, sosiego y entusiasmo. Mucho entusiasmo. Seguir viviendo en plena guerra mundial y posguerra española es ya un privilegio y hay que agradecerlo *viviendo*. ¡Y escribiéndolo!

Nacerán así 32 novelas llenas de inteligencia y originalidad; tramas resueltas con maestría y mucha luz: «No me gustaría brindar a la humanidad una colección de sombras tristes que enfermasen su espíritu. Me siento satisfecha de poner mi granito de arena para que el mundo sea más feliz...».

Con esta actitud emergen sus heroínas. Mujeres que trabajan, son independientes, audaces y además atractivas. Mujeres que seducen desde el primer suspiro a sus *partenaires*, en los que no es difícil vislumbrar ecos de su viril y apasionado marido. LML logró revivir su propia aventura amorosa en cada novela imaginada. ¿Cabe mayor romanticismo en el descarnado siglo XX?

Su éxito fue más allá de sus millonarias ventas y sus veinte versiones al cine. Más allá de ese eco *material*, LML logró lo más difícil: ¡ser querida! Ser adorada incluso por sus fieles lectores en Europa y en América Latina. Cómo no adorar a quien te hace pasar momentos tan mágicos. Al leer tan solo una, se querían leer ¡todas!

Las nuevas generaciones están redescubriendo a esta singular autora gracias a La Cuadra Éditions. Un empeño llevado con encanto, maestría editorial y reconocimiento histórico a una autora que, desde 1939 hasta su muerte en 1986, inventó personajes y escenas que levantaron la moral de las gentes y las hicieron capaces de todo.

¡Una escritura orientada al sol!

Lola Gavarrón Casado

PRIMERA PARTE



I



«EL CHINO»

Su mano tembló al depositar las cinco cartas en la ventanilla del correo. No le gustaba el papel que le obligaban a representar en aquella comedia ideada por una imaginación malévola y calenturienta.

—¿Certificadas, señor?

Asintió. Certificadas, por supuesto. Al regresar a casa no dejarían de exigirle los recibos para comprobar que las cinco cartas que revolucionarían cinco existencias femeninas, siguieron su destino.

—¿Por avión?

—Sí. Por avión.

Corría prisa el que las cartas sembrasen el temor o la alegría en cinco vidas tranquilas. Pero ¿por qué se las imaginaba vidas tranquilas? Cada persona se debatía en un pequeño mundo, agitado por sus propias emociones. Incluso aquel sencillo empleado de correos que escribía torpemente con dedos rígidos por el reuma, tendría sus tempestades espirituales. ¿O no las tendría? Sintió tentaciones de preguntárselo, pero, como de costumbre, la idea no llegó a cuajar. Era poco sociable por naturaleza y en definitiva nada le importaba que el hombre careciese o no de sensibilidad y de exaltaciones. Se figuraba lo que estaría pensando, mientras escribía: «Mucha correspondencia tiene este chino...».

Ya estaba acostumbrado a que le llamasen chino. ¿O no lo estaba? Quizás en el fondo, la frase continuaba hiriéndole. Jamás había estado en China y tenía la seguridad de que allí nadie le calificaría de compatriota. Debía sus ojos oblicuos a la ascendencia indio-boliviana de su madre. Acerca de lo que debía a su padre, europeo, prefería no pensar.

Guardó el cambio. Era curioso que Stéfano no le hubiese dado dinero para los sellos y tuviera que pagarlos de su propio bolsillo, haciéndole cómplice involuntario

del envío de la correspondencia.

—Una tarde calurosa, señor —comentó el empleado al darle los recibos.

—Calurosa, sí.

Salió de la oficina y anduvo unos pasos. El encanto del paisaje volvió a apoderarse de él. Vio la canoa amarrada al muelle, tal y como la dejara. Ni un leve soplo de brisa agitaba el mar. Sin embargo, sabía que la calma era excesiva y que quizá la tempestad se avecinaba.

En su oficina, el empleado de correos pensó mientras echaba una ojeada a las cinco cartas, dirigidas a diversos países:

«Mucha correspondencia tiene este chino...».

II



NICOLE

París

Tuvo que aprovechar el instante en que la portera estaba distraída, para atravesar el portal sin ser vista. Temblaba de pies a cabeza, aunque se prometiera a sí misma ser valiente y no pensar en Pierre. Pero al agarrarse al pasamanos y comenzar a subir los escalones, ya estaba pensando en él, sintiendo el olor lacerante con que la evocación se anunciaba siempre, como si se tratara de una enfermedad latente que a intervalos cortos denotase al enfermo su presencia.

Veía a Pierre subiendo la escalera de dos en dos, silbando alegremente, con el rubio cabello en desorden, la corbata torcida y los bolsillos de la chaqueta llenos de cosas heterogéneas. Solía entrar en la cocina como un ciclón, levantando las tapaderas de las cacerolas para olfatear la comida, como un cachorro hambriento. Luego la alzaba en sus brazos y la besaba fieramente:

—Mi patito encantador...

La llamaba patito, desde que la viera ensayar la danza del cisne. Aseguraba que nunca llegaría a parecerle un cisne, sino un patito enternecedor.

Ella ignoraba si aquello suponía un piropo... o lo contrario, pero se sentía feliz oyéndose llamar patito. Pierre era así. Solía decir cosas malas y la gente las agradecía.

Piso primero. El corazón le latía desacompasadamente. Muchas veces había atravesado aquella puerta que conducía al estudio de Albert. Desde fuera se percibía el olor a pintura, a aguarrás y a guisos quemados. Albert decía que el olor a guisos quemados formaba ya parte de su personalidad. Guisaba sus propias comidas y raras veces recordaba que las tenía en la lumbre hasta que la fuerte humareda lo ponía en evidencia.

Con la imaginación veía al propio Albert ante el caballete que sostenía un lienzo a medio concluir. Su cuerpo ancho y cuadrado, su rostro feo y bondadoso, sus ojos

inteligentes, sedientos de belleza, que se entornaban para contemplar el trabajo con espíritu crítico. Y se veía a sí misma entrando allí para posar ante él con su traje blanco de bailarina de ballet. Albert no la consideraba un patito torpe, sino un cisne maravilloso. Y sin embargo...

Por todo el estudio se veían los bocetos que le hizo en distintas actitudes. Y también clavados en la pared, con chinchas de dibujo, programas anunciando los ballets en que ella actuara. Un programa color azul a la derecha de la puerta, en italiano: Génova..., el ballet de La Rosa. Otro en inglés... Londres... ¡Aquel elegante teatro Alhambra...! Incluso un programa redactado en húngaro. Fueron los deliciosos días de Budapest. Unos días alegres, de inconsciencia juvenil, a pesar de que ya guardaba en el corazón su primer desengaño amoroso. Fue quizás aquel desengaño el que le impidió enamorarse de Albert. Pero en cambio no evitó que enloqueciera por Pierre, cuando al fin este apareció en su vida, revolucionándola totalmente, cambiando el ritmo de sus pies de bailarina, que se vieron obligados a seguirle en su galope peligroso.

Le pareció oír ruido a través de la puerta del estudio y continuó subiendo, sin tomar aliento, hasta llegar al piso tercero. Con mano temblorosa rebuscó en el bolso para dar con el llavero, una cadena rematada por una moneda antigua. Pierre se lo regaló, al principio de conocerse, o, a decir verdad, habían hecho un intercambio, quedándose Pierre con el que ella usaba desde hacía años y que tenía en mucha estima por ser un regalo de Gregorovna, su maestra. Era también una cadena, rematada por una diminuta zapatilla de ballet, primorosamente trabajada. De oro auténtico, por supuesto. La de Pierre resultó de metal dorado... como era lógico esperar de él. Pero aquello carecía de importancia.

Introdujo la llave en la cerradura. Temblaba tanto, que tuvo que apoyarse en la puerta. Habían pasado muchos meses desde que la cerrara por última vez para iniciar aquel viaje que había concluido en una catástrofe... Pierre había salido con ella, pero ya no era el Pierre enamorado de los primeros tiempos, sino un auténtico tormento para su corazón.

Abrió.

Estaba oscuro y la luz eléctrica no funcionaba. A tientas se dirigió hacia la ventana del pequeño salón y abrió las maderas. La luz del atardecer iluminó los familiares muebles de buen gusto, que ella misma eligiera. Todos tenían su historia y contemplándolos podía evocar un éxito por cada uno de ellos. El escritorio estilo inglés le recordaba el dinero ahorrado gracias al «ballet de los pájaros». El silloncito tapizado de *petit point* fue un despilfarro al regreso de una larga gira por España. Y también el diván de brocado gris, sobre el que destacaba un regalo de Albert: un cuadro que ella adoraba. Rosas amarillas dentro de un jarrón de irisada porcelana blanca, sobre un fondo de tonos cobrizos. La vieja alfombra, algo raída, mostraba

huellas de quemaduras de los cigarrillos de Pierre. Quemó por primera vez la alfombra durante una de sus visitas y simuló estar tan avergonzado que para alegrarle ella se sintió obligada a extremar su ternura. La escena acabó en besos y Pierre decía luego que aquel trozo de alfombra debería ser recortado y puesto en un marco, como símbolo del comienzo de una pasión eterna. La pasión más grande de todas las épocas, según sus propias palabras.

Una pasión que para ella fue, en efecto, eterna. La eternidad significó para Pierre tres años exactamente.

Sobre la consola de marquetería donde antes estuviera su retrato, solo había ahora un jarrón vacío. Aquella ausencia del retrato le hizo pensar en Albert, que con tanto interés se ocupó de cuidar el piso durante su ausencia. De cuidarlo e incluso de pagar el alquiler. Tenía tantas cosas que agradecerle que se sentía enferma ante la obligación de demostrarle cualquier sentimiento. Porque lo cierto era que su corazón estaba seco y muerto y que la humanidad le tenía sin cuidado. Lo único que deseaba era que la dejaran saborear en paz su desesperación.

En el contiguo dormitorio, todo permanecía idéntico.

Abrió un armario y el perfume apenas perceptible de su ropa la hizo retroceder como si la hubiesen golpeado. Ninguna otra cosa lograba evocar tanto una época como un perfume ya casi olvidado. Lo aspiró ansiosamente, tocando con dedos helados la seda de un vestido.

Su vestido rojo, que tanto le gustaba a Pierre. Un vestido elegido por él. Audaz y exagerado, pero bello.

—...tiene tanto escote que casi parece una falda —había comentado él riendo—. Pero debes comprarlo para que todas las mujeres se mueran de rabia y yo me muera de amor. La llamaremos «Desirée». Con él, siempre serás deseada por mí...

Sintió deseos de gritar, de cerrar el armario, de huir de todo cuanto la martirizaba. Pero siguió aspirando el perfume y acariciando la tela con dedos trémulos.

No había ningún traje de Pierre en el armario. Ni una corbata, ni una sola prenda que le perteneciese. Albert se había ocupado de hacer desaparecer cualquier rastro. Imaginó el placer que el hacerlo le supuso.

Pero aunque no estuviese allí su ropa, la existencia de «Desirée» bastaba para que la imagen de Pierre se hiciese casi tangible y el dolor fue tan insoportable que se acurrucó a los pies del lecho, encogida como si tuviese heridas recientes que sangrasen...

Nunca debió volver al piso. ¿Por qué lo había hecho? Ni siquiera debió regresar a París. Era imposible reanudar la vida allí, donde todo le hablaba de él. Los años transcurridos antes de que él apareciese en su vida no contaban. Jamás podría

empezar de nuevo en el mismo lugar donde fue tan feliz y tan desdichada.

Cerró los ojos y creyó oír aún la voz del juez, dictando sentencia una semana antes:

—Homicidio casual, involuntario...

Al cabo de tantos meses de prisión, su abogado consiguió aquel veredicto. Podía ahora caminar por el mundo libremente, como si nada hubiese ocurrido. Pero lo cierto era que, voluntariamente o no, había matado a Pierre, que era su cielo y su vida. A Pierre, que, con su inalterable sonrisa atractiva, dijérase al iniciar aquella horrible y última discusión:

—Si no te gustan mis amigos, tendrás que prescindir de mí. Y no intervengas en mis asuntos si no quieres que...

Llevaba siempre un arma encima, desde que se dedicaba a sus inconfesables negocios, mezclándose con gente indeseable, y la había sacado para asustarla. Luego... Aún ignoraba cómo ocurrió aquello.

—Pierre... —llamó en alta voz. Y esperó, como si al conjuro de su nombre las cosas pudiesen volver a la normalidad y él reapareciera en el cuarto para decirle:

—No hagas caso de lo que te dije antes. Te quiero..., patito adorable..., mi «Desirée».

Muchas veces habían sucedido cosas así, reconciliaciones apasionadas, después de terribles disputas.

Pero ahora no. Pierre estaba muerto.

—Yo lo maté... —se dijo una vez más. Y se miró las manos horrorizada, maldiciéndolas, odiándose a sí misma y al mundo entero.

Se incorporó trabajosamente y fue a refrescarse la cara en el cuarto de baño. No había toallas y se secó con una de las cortinas de cretona de la ventana. Mientras tenía cerrados los ojos, presintió una presencia extraña y se volvió en redondo, asustada. En el umbral de la puerta, la portera, madame Leclerc, la miraba también con visible alarma.

—Oí abrir las persianas... —dijo—. ¿Cómo ha entrado aquí...? —De repente la reconoció, e hizo un gesto de profundo asombro, moviendo los brazos como aspas de molino—. Pero... si es madame Lambert...

—Yo misma, madame Leclerc. Siento haberla asustado.

La portera tragó saliva, apoyándose en la pared y diciéndose seguramente que por fin ocurría la emocionante escena que imaginara desde hacía tantos meses: «La petite Nicole» volvía... Ella la recibía llorando y entre sollozos la otra le narraba sus sufrimientos... los tormentos de la prisión... Era asidua lectora de folletines y había

saboreado a conciencia aquel drama en el que la suerte le hiciera tomar parte activa. Nicole se dijo que posiblemente el día más emocionante de la vida de madame Leclerc fue aquel en que acudió ante el juez a prestar declaración.

«Madame Stephanie Leclerc. ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad...?».

Todo el barrio habíala envidiado por salir retratada en el periódico. Incluso un periodista escribió un artículo sobre la filosofía de las porteras y sus puntos de vista acerca del amor. Lo tenía recortado y puesto en un marco.

—¡Mademoiselle Nicole! ¡Cuánto me alegro de verla...!

Era difícil encontrar las palabras.

—Gracias, madame Leclerc. Perdone que no la haya saludado al pasar. Preferí subir sola...

—Lo comprendo, *ma petite*. ¡Dios mío, cuánto debe de haber sufrido! Está esquelética... La he echado mucho de menos y rezaba al *bon Dieu* para que regresara pronto a casa.

—Gracias, madame Leclerc. Su declaración ante el tribunal fue muy beneficiosa para mí.

La mujer alzó los brazos al cielo.

—No podía decir otra cosa. Me limité a contar la verdad. Sabía que monsieur Pierre... —carraspeó—, el pobre monsieur Pierre, la quería mucho. No era posible que usted deseara matarle. Formaban una pareja ideal, si me permite decirlo... —Se llevó el delantal a los ojos para secar sus lágrimas—. Siempre pensé lo mismo: tuvo que ser un accidente. Jamás los oí regañar... A menos que regañasen muy bajito, claro... Completamente distintos de los inquilinos del piso cuarto... Esos no me extrañaría que se mataran mutuamente cualquier día...

Las declaraciones de todo el mundo coincidieron. Formaban una pareja ideal... Se adoraban... Todos ignoraban las frivolidades de Pierre y el tormento en el que había convertido su vida, pensó Nicole. Gracias a aquella ignorancia, gozaba ahora de libertad. Una libertad de la que no sabía qué hacer.

Con morbosa curiosidad preguntó la portera:

—¿Viene directamente... de allá...?

—Sí. Vengo... de allá.

—¿No trae equipaje...?

—Dejé la maleta en la estación. No me quedará aquí, madame Leclerc.

La mujer se sintió herida.

—¡No se quedará aquí! ¡Después del trabajo que monsieur Albert se tomó por conservarle el piso...! Estuvo algunos meses sellado por el juez. Pero monsieur Albert consiguió tomar cuenta de todo. Yo he subido casi diariamente para mantenerlo limpio. Monsieur Albert quería hacerle a usted un gran recibimiento, con flores... ¿Cómo no advirtió su llegada?

Nicole se pasó la mano por la frente y la retiró húmeda de sudor.

—Tengo... tengo pocos ánimos, madame Leclerc. El volver a ver todas estas cosas aumenta mi dolor.

—Comprendo... —Madame Leclerc dio un suspiro que agitó el pecho de su blusa de batista—. ¡Pobre monsieur Pierre...! Tan buen mozo... tan alegre... tan encantador... Siempre me besaba el día de Año Nuevo... «Mis besos le darán suerte, madame Leclerc», solía decir. Un chiquillo adorable... Eso era...

Nicole deseaba decirle que se callara, que no aumentase su tormento, pero a la vez sentía un doloroso placer en oír hablar de él. Sin embargo, comprendió que no podría resistir todo aquello sin empezar a gritar.

— ¿Monsieur Albert está en el estudio? —preguntó cortando el chorro de lamentaciones.

— Salió después de almorzar y no le he visto volver. ¿Quiere que me informe...?

— No... no... Por favor. Prefiero no ver a nadie. Volveré otro día... O escribiré.

—Pero, ¿dónde irá...?

—A un hotel. No quiero permanecer más tiempo aquí. —Cerró el armario, diciendo adiós a «Desirée» y a todo cuanto el vestido significaba. Su voz se hizo ronca, exasperada—. Le ruego que me comprenda, madame Leclerc.

La mujer se encogió de hombros y sus ojos parecieron decir que no comprendería jamás el por qué una persona tenía que renunciar a un piso tan bueno como aquel, en una época en que los buenos pisos andaban escasos, por una estúpida sensiblería. Los muertos, muertos estaban, y no se debía pensar tanto en ellos..., ni siquiera en aquel adorable monsieur Pierre, de quien todas las mujeres del barrio se sentían más o menos enamoradas.

—Escribiré a monsieur Albert y mandaré instrucciones —insistió Nicole—. Y también dinero.

Tenía tan poco, que casi no valía la pena llamarle dinero. Pero la frase sonaba bien.

Atravesó de nuevo la sala y abrió la puerta. La portera se detuvo a cerrar las persianas y todo quedó de nuevo en tinieblas. Para Nicole se cerraba definitivamente una época de su vida.

Jadeando, madame Leclerc bajó tras ella.

—¿No quiere tomar una taza de café conmigo, mademoiselle Nicole...?

—Gracias. Tomé café hace poco.

—Y dígame... ¿Volverá a bailar de nuevo...?

—Es lo único que sé hacer.

—Y... ¿está libre...? ¿Completamente libre...?

—Por completo.

—Dios sea loado. Siempre pensé que... Bien. Entonces ¿tampoco quiere un pernod...?

—Mil gracias, no.

—Monsieur Albert se disgustará muchísimo cuando se entere de que vino... y se marchó.

—Mañana daré noticias. Mañana mismo. Adiós, madame Leclerc. — Impulsivamente la besó y la buena mujer dejó correr esta vez lágrimas auténticas—. Siempre recordaré lo buena que fue conmigo. Hasta pronto.

Salió a la calle. Había anochecido y la oscuridad le resultó grata. Allí estaba el bar en el que ella y Pierre cenaban a menudo. La gramola quizá tocaría como siempre un antiguo disco, «Ballerina», que Pierre ponía en honor suyo. Al otro lado, una pequeña tienda de flores. Pierre gastaba bromas con la vendedora, bromas sin importancia para él, pero que a Nicole le hacían sufrir. Más allá un cine de sesión continua. Acudía con Pierre cada vez que cambiaban el programa.

¿Qué había hecho antes de que Pierre entrara en su vida...? No podía recordarlo. Todas aquellas cosas habían estado ya allí, pero carecían de color y de personalidad antes de que Pierre les prestara la suya.

Huiría de todo aquello. Volvería a empezar. Pero ¿cómo...? ¿Hacia dónde iría...?

—¡Mademoiselle Nicole!

Se detuvo.

La portera corría fatigosa tratando de alcanzarla.

—Mademoiselle Nicole, casi me olvidaba de lo principal. Hace cinco días llegó una carta para usted. —La sacó del bolsillo—. Una carta del extranjero. De Italia. Pregunté a monsieur Albert lo que podríamos hacer con ella y me aconsejó que esperásemos.

Nicole la miró atónita.

—Carta... ¿Para mí...?

Ignoraba de quién podría ser. Hacía años que no iba por Italia.

Madame Leclerc comprendió que una vez entregada la carta, solo podía despedirse de nuevo, sin satisfacer su curiosidad.

—Hasta mañana. Celebraré que sean buenas noticias.

Nicole siguió andando y únicamente al abandonar la calle se decidió a rasgar el sobre. A la luz de un farol leyó las líneas escritas a máquina y lanzó una exclamación de asombro. Volvió a leer desde el principio y al concluir miró al pliego como si se tratara de algo increíble.

Se oyó a sí misma murmurar:

—¡Aquel hombre...! ¡Qué cosa tan fantástica...!

III



ARMINDA

Madrid

Todo estaba dispuesto. Las cinco cucharaditas de té esperaban dentro de la tetera a que el agua hirviendo fuese vertida; la bandejita con tres *croissants* y el plato de las tostadas, ligeramente untadas de manteca. Solo habían untado las de la parte superior porque nadie solía tocarlas y no valía la pena desperdiciar mantequilla. Por lo general los clientes se limitaban a mordisquear la puntita de un bollo y a beber media taza de té. Solían estar nerviosos, lo que, por otra parte, era perfectamente lógico.

Arminda se retiró dos pasos y entornó los ojos, contemplando en perspectiva el conjunto que ofrecía la mesa con el albo mantelillo de bordado Richelieu que hablaba muy alto de la laboriosidad de su difunta madre, cuyo retrato presidía el salón.

Se sentía orgullosa del salón, abarrotado de muebles y de retratos, como debía de estarlo todo salón distinguido. Era una habitación algo lúgubre y húmeda, pero no importaba. De todos modos, era un salón. Tenía su espejo con marco de ébano, su escritorio con cajones secretos, su juguetero lleno de porcelanas baratas, su alfombra descolorida y su araña de cinco luces. Y también tenía, por supuesto, un sofá isabelino y dos sillones, sin ningún estilo, porque procedían de la casa del pobre papá. Igual que el pobre papá, eran algo ordinarios, aunque confortables. Fue preciso ponerlos en el salón porque no cabían en ninguna otra parte. No hubiera sido justo regalárselos al trapero, tratándose de la única cosa que papá les dejara en herencia. Allí estaban, en actitud modesta, junto a la elegancia del sofá. Exactamente la misma actitud que papá adoptara toda la vida junto a mamá, no pudiendo olvidar ni por un momento que ella fue una eminente tiple ligera y que él jamás logró pasar de simple viajante de comercio. Ambos habían muerto, casi a continuación uno del otro. Primero mamá, naturalmente, porque papá siempre decía que «las damas, primero». Pero en seguida se fue detrás, como si únicamente hubiese esperado a abrirle la puerta para su último viaje. El pobre se sentía

humillado porque ella se retiró del teatro cuando empezaba a darse a conocer y nunca la pudo compensar con el bien prometido.

Arminda sacudió una invisible mota de polvo de su traje y se contempló al espejo. Había llegado el instante de quitarse las rizadoras del flequillo. Los clientes podían llegar de un momento a otro.

Se las quitó y se encontró mejor cuando los alborotados rizos orlaron su frente un poco hundida. Tenía que volver a teñirse la raíz del pelo. La insoportable raya oscura comenzaba otra vez a hacerse visible. Blanquita se ocuparía de ello. Era un «toma y daca». Ambas se teñían el pelo mutuamente. Claro que su hermana se lo teñía de oscuro porque, a pesar de ser algo más joven, estaba llena de canas. Además de que no podían teñirse de rubio las dos, a riesgo de robarse la personalidad la una a la otra.

Habían tenido canas desde los veinte años, lo mismo que papá, pero no se resignaron nunca a ello, ni siquiera ahora, con la cincuentena ya muy sonada.

—Me siento emocionada, Arminda.

Allí estaba Blanquita, siempre temblando de emoción por las cosas más nimias. Llevaban más de un cuarto de siglo dirigiendo aquel negocio —organizado por mamá y maravillosamente dirigido por ella hasta su muerte— y, sin embargo, la muy tonta continuaba emocionándose en cuanto la mesa de té se hallaba preparada en espera de clientes.

Le dirigió una sonrisa alentadora a través del espejo y, lo mismo que otras veces, Arminda no pudo dejar de pensar en que Blanquita le recordaba a una gata. Había en ella algo terriblemente gatuno, y, cuando empezaba a hablar, Arminda esperaba que en lugar de palabras emitiese maullidos. Solo le faltaban el lazo y el cascabel..., pero, en cambio, llevaba una cinta negra con un dije horrible que le regaló de niña su madrina, una cantante de ópera, amiga de mamá, de la que Blanquita había presumido siempre en su niñez. Arminda solo podía presentar como oponente a una honrada y prosaica estanquera, prima del pobre papá. Era la única cosa en la que Blanquita se apuntaba un tanto a su favor durante toda la vida: su madrina.

Llevaba el traje gris que guardaba para aquellas ocasiones y que le estaba estrecho y corto. A Blanquita toda la ropa le resultaba estrecha y corta, aunque se la hiciera ancha y larga. Era una fatalidad como otra cualquiera. Parecía una gata gris, con la piel tirante y reluciente, gracias a la abundante cordilla.

—No estés nerviosa, rica.

Arminda siempre la llamaba rica y le acariciaba el horrible pelo que llevaba con raya en medio, estirado hacia atrás y recogido en un moño en el que clavaba dos horquillas doradas que mamá solía ponerse en escena, antes de que ellas nacieran. Era un pelo agresivamente negro por el tinte, con un tono tan poco natural que los

poetas hubieran tenido que definirlo con algún nuevo símil, ya que el de «ala de cuervo» resultaba insuficiente. Como desquite, solía empolvase mucho la cara con polvos blancos que formaban una especie de mascarilla en la que resultaban los ojos, bordeados con lápiz negro.

En opinión de Arminda, la pobre Blanquita jamás había sabido maquillarse, pero no admitía consejos respecto a su tocado. Toda la vida intentaba imitar a mamá, sin el menor éxito. Además, las modas cambiaban y aquella boca diminuta que se estilaba en mil novecientos veinticinco, dejó de llevarse hacía tiempo.

—No hace falta que te emociones tanto, rica. Todo saldrá bien.

—Ya lo sé, Minda. Todo sale bien siempre. Pero no lo puedo evitar. Es la parte sentimental de este asunto la que me conmueve.

Arminda se encrespó el flequillo con los dedos.

—Lo sé, rica, lo sé. Te gustan demasiado las películas románticas y las revistas femeninas en las que las lectoras piden consejos para solucionar sus agudas crisis sentimentales. A mí me ocurre lo contrario. Solo veo el lado práctico de las cosas. Nuestro negocio es, en mi opinión, un negocio como otro cualquiera. No creo en el amor. Me parece una paparrucha.

Se disgustó consigo misma, por decir semejante cosa. Generalmente evitaba personalizar cuando se trataba de aquel tema. Observó que Blanquita se sonrojaba, desviando la mirada. ¡Qué tontería! No era posible que aún le guardase rencor por aquello. Habían transcurrido tantos años... Tantos, que casi había perdido la cuenta. Sin embargo, ni una sola vez durante aquel tiempo volvieron a mencionar el lamentable asunto. Con seguridad, Blanquita lo había borrado de su imaginación. No la creía capaz de conservar un sentimiento tan profundo.

Pero no podía saberse... Fue una época terrible. Prefería no recordarla. Por aquellos días, Blanquita dejó de parecerse a una gata y se convirtió en una tigresa.

Después... continuaron viviendo unidas, en estrecha colaboración, sosteniendo el negocio que la muerte de mamá casi hiciera naufragar. La lucha por la existencia había borrado todos los antagonismos. Arminda no cesaba de prodigarle cariño. Aunque solo tenía tres años menos, le dedicaba una ternura protectora, llena de benevolencia. La pobre era tan incapaz para todo. Se perdía en el mundo, sin el apoyo de su hermana. Era casi como una hijita.

Una hijita cincuentona y feúcha, claro. Pero muy indefensa. Carecía de opiniones propias y de iniciativa. Una pobre gatita a la que Arminda gustaba de rascar entre las orejas.

—Han llamado. Serán ellos.

—No pueden venir juntos. Ni siquiera se conocen. Ve a abrir. Los pasas al

despacho. Luego apareceré yo y vendremos al salón.

Era innecesario advertirlo. La escena se repetía diariamente. Pero con Blanquita no se podía nunca estar segura.

Sin embargo, cuando Arminda hizo su gloriosa aparición en el despacho, todo transcurría normalmente. Blanquita charlaba con la recién llegada, una mujer de mediana edad, ni fea ni guapa, ni alta ni baja, ni triste ni alegre. De una ojeada Arminda advirtió que la pobre había echado el resto para estar presentable, ya que iba mucho mejor vestida que las otras veces que acudiera a la oficina en busca de ayuda. Llevaba el mismo traje de chaqueta azul marino un tanto usado, pero lo había planchado con esmero. Y la blusa era nueva, de lunares blancos y negros. También lucía un sombrero de confección casera, pensando que el sombrero le daba más dignidad.

—Buenas tardes, querida. Así se hace. Ha llegado usted con toda puntualidad.

Su interlocutora le tendió una helada mano que Arminda estrechó. Nunca fallaba aquel detalle. Todas las clientes, en idénticas circunstancias, tenían las manos heladas.

—Me alegra haber llegado la primera —dijo la visitante con voz temblona—. Es menos violento.

—Sí. Mucho menos violento —gorjeó Blanquita, con gesto travieso y retozón. Arminda alzó una ceja, contrariada. No soportaba las risitas cascabeleras de su hermana, que le restaban solemnidad al acto.

—Pasaremos al salón y aguardaremos allí. Así será todo menos oficial —indicó muy digna—. Pase, haga el favor.

No era necesario indicar el camino porque el piso era diminuto y el salón solo distaba del despacho veinte pasos exactamente. A pesar de ello, Arminda avanzó, mostrándole su santuario y observando el impacto causado. Con seguridad le impresionaría, como a todo el mundo. En opinión de Arminda, era un salón «de casa rica». Contemplándolo, Arminda encontraba la energía necesaria para hacer frente a todas las vicisitudes diarias.

Se instalaron en el sofá, ante la mesita de té, con las tostadas y los *croissants*. Ojalá Blanquita se hubiese acordado de calentarlos. Eran de dos días antes.

Con brusca amabilidad, Arminda palmoteó las manos heladas de su cliente.

—Vamos. No ponga esa cara de funeral. Es preciso sonreír. Los hombres se enamoran de las mujeres que sonríen. Y no tema nada. Estoy segura de que usted le gustará.

La visitante se encasquetó un poco el sombrero, que le estaba pequeño y pugnaba

por salirsele.

—¿Y si él no me gustase a mí...? Arminda alzó nuevamente la ceja.

—La creo lo suficientemente inteligente como para anteponer las prendas morales a las físicas. —Tosió con suavidad—. Por otra parte, ese caballero es francamente agradable —volvió a toser— en su estilo varonil.

—Muy agradable —corroboró Blanquita sin que nadie le preguntara. Por lo general, todos los hombres le parecían agradables.

—Tiene un buen negocio, y, según mis informes, un excelente carácter.

La visitante trató de sonreír.

—Ojalá resulte bien.

—Resultará. Y en todo caso, no se desanime. Si el cliente no fuera de su agrado, buscaríamos otro. Nuestra agencia nunca falla. En medio siglo de existencia hemos realizado cientos de casamientos perfectos. Todos esos retratos colgados de la pared son fotos de boda que nos envían algunos clientes agradecidos. Honradamente tratamos de dar las mayores garantías de felicidad. No admitimos clientes de reputación dudosa. Nuestro servicio de información es excelente. Y por supuesto, nuestra moralidad y discreción, intachables. Prácticamente, más que una agencia de matrimonios, mi hermana y yo somos dos damas de la mejor sociedad que se dedican a ayudar al prójimo en un asunto extremadamente delicado. Y nuestra intervención tiene inevitablemente un final feliz: iglesia con flores y música de órgano.

Era el párrafo de todos los días, que Arminda soltaba de carrerilla. Blanquita lo oía siempre con ardiente interés, como si fuese nuevo.

«Ha heredado las dotes teatrales de mamá —pensó la hermana menor—. Pero no tiene su sutileza».

Arminda era la persona menos sutil del mundo. En aquel momento, mirándola fascinada, Blanquita pensaba en que la pobre Arminda cada día tenía más cara de rata. Una rata negra y blanca, sabihonda y redicha. Una rata llena de mala intención en ocasiones y de paciencia en otras.

Jamás había sido guapa, aunque ella creyese lo contrario. Absolutamente vulgar, como el pobre papá. De mamá solo heredó la energía avasalladora y el afán de ser la primera en todo. Irritaba la manera que tenía de palmotearle la cabeza como si fuese su gato preferido. Nunca le permitía tener iniciativas. La consideraba tan falta de personalidad como a una cucaracha. Y eso no estaba bien.

Nada bien. En determinados momentos le aquejaban unos atroces deseos de rebelión. Pero no se atrevía a enfrentarse con ella, que era el alma del negocio.

Personalmente le hería la frialdad con que intervenía en vidas ajenas y juntaba corazones. Para Blanquita, su profesión tenía algo de maravilloso. Era casi un sacerdocio. Llegaban los clientes con timidez. Llenos de tristeza, llenos de esperanza. Y Arminda escribía una ficha, anotando nombres, edad y posición económica. Tenía alma de fichero. No sentía, como ella, un goce maravilloso cada vez que una pareja se formaba y brotaba el amor en dos corazones.

Amor.

Arminda jamás había pensado en la amargura que representaba para su corazón el espectáculo de la felicidad ajena, una felicidad que podría haberle pertenecido si... Apretó los dientes, no queriendo pensar en aquello.

Sin embargo, ni un solo día durante tantos años pudo olvidarlo. Lanzó una rencorosa mirada a Arminda y decidió malévolamente:

—Una rata... Si al menos se quitara ese absurdo flequillo rizado que le da un aspecto frívolo y equívoco... Pero la pobre nunca ha sabido maquillarse ni peinarse. Parece un muestrario de colores con tanta pintura. Y ese horrible vestido que le está tan ancho... Todo le resulta ancho a la pobre Arminda. Está flaca como un arenque.

Sonó el timbre. Cortando sus reflexiones, acudió a la llamada del deber.

Allí estaba el cliente, cuya ficha indicaba:

Juan López. Cincuenta y ocho años. Viudo, gerente de la fábrica Luc, de utensilios de cocina. Tiene un hijo cura.

La ficha de la cliente que esperaba en el sofá isabelino y cuyo corazón latía desordenadamente decía más o menos:

Guadalupe García. Cuarenta y cinco años. Soltera. Empleada en una tienda de objetos religiosos.

Prácticamente, el asunto estaba casi resuelto. Blanquita observó, con la invencible curiosidad que aquello le producía siempre, la momentánea confusión de las presentaciones. Las mejillas encendidas de Guadalupe García y las palabras incoherentes de Juan López. Y, por supuesto, el aplomo de Arminda al decir con su mejor cara de rata:

—¡Cuánto celebro verle por esta casa, amigo López! Precisamente íbamos a tomar el té. Permítame que le presente a mi buena amiga la señorita Lupe García. Estoy segura de que simpatizarán ustedes. ¿Le gustan las cosas dulces...? Me refiero ahora al té. ¿Cuántos terrones...?

Siempre lo mismo. Hacía punto en idéntica frase, se reía automáticamente de sus propias agudezas y repetía el chiste de: «¿Le gustan las cosas dulces...? Me refiero

ahora al té».

Blanquita lo habría hecho todo de diferente manera, lanzando un discursito que hablase del amor, de la espiritualidad de la vida y del sagrado vínculo del matrimonio.

Juan López mordisqueaba la punta del *croissant* y hablaba de su hijo cura, lanzando miradas a hurtadillas a Guadalupe García. Por su parte, ella le miraba de pies a cabeza mientras jugueteaba con una tostada.

Blanquita salió del salón con el pretexto de buscar más agua caliente para el té. Al cabo de dos minutos llamó desde la cocina a Arminda para que la auxiliara. Siempre lo hacían así, procurando un *tête-à-tête* entre los clientes. Todo hecho con suma discreción.

En la cocina, las dos hermanas intercambiaron impresiones.

—Creo que se han gustado.

—Sí. No podía ser de otro modo. Eran dos fichas que se completaban. Saltaba a la vista.

¡Dos fichas! Blanquita fue a protestar, pero nuevamente sonó el timbre de la puerta.

—Si es un cliente, al despacho —indicó Arminda por diezmillonésima vez en veinticinco años.

No era un cliente. Simplemente el cartero, con una carta para ella.

—¿Quién te escribirá desde Italia? —preguntó Blanquita, curiosa—. ¿Algún cliente...?

Rasgaron el sobre en la cocina y Arminda dejó que su hermana fuera leyendo a la vez por encima de su hombro. Con la lectura, el rostro cubierto de polvos blancos fue poniéndose gris, los ojos despidieron chispas y el cuerpo regordete de Blanquita comenzó a temblar.

Arminda alzó a su vez el rostro congestionado cubierto de placas violeta.

Ninguna habló, mirándose como si acabaran de descubrirse. Al fin, la hermana menor dijo rechinando los dientes:

—¡No contestarás! ¿Me oyes? ¡Ni una palabra! ¡Te lo prohíbo! Si contestas... jamás, jamás... jamás te lo perdonaré.

Jadeantes, continuaron mirándose en silencio.

Hasta la cocina llegaban claramente las voces de Juan López y de Guadalupe García, comentando entre sonrisas:

—Sí. La vida está difícil, pero un hogar bien administrado es siempre cosa

agradable...

IV



IRENE

Barcelona

Todo el pasaje iba mareado e Irene pensó:

«Maldito oficio. Tendré que buscar otra cosa. Esta vez estoy decidida. No es empleo para una mujer. Acabaré por enfermar de los nervios».

Arregló la manta sobre las piernas de una viajera, sonriendo tranquilizadora.

—Estamos atravesando una zona tormentosa. En seguida pasará. Llegaremos a Barcelona a la hora exacta.

Hizo pasar de mano en mano la hoja de ruta y se retiró a la minúscula cabina del fondo a preparar el café para los pilotos. El radiotelegrafista se le había adelantado y ya lo tenía a punto. Le ofreció una taza.

—Bebe. Tienes mala cara. ¿Estás mareada?

—No. Solo tengo cara de miedo. Me encanta bailar, pero en tierra firme y con una pareja a mi gusto. No me agrada que sea el avión quien baile.

El otro se encogió de hombros.

—Esto no es nada. Tendrías que haber estado en...

—¡Por favor! ¡No me largues ahora una de tus historias espeluznantes sobre travesías del Atlántico! No lo resistiré.

—Se supone que una azafata nunca debe sentir miedo.

—No lo tengo delante de los pasajeros. Pero mi vida privada es mía. Aunque no lo parezca.

—¡Chiquita! Vaya genio que tienes hoy. ¿Qué te ha pasado?

«Sí. ¿Qué me ha pasado?», pensó Irene sorbiendo el café y quitándose el gorrito azul marino que se le inclinaba sobre un ojo. No le había ocurrido nada.

Absolutamente nada. Solo que a veces los nervios fallaban y la vida le parecía de pronto un problema imposible de resolver.

—Todo es un rompecabezas —dijo en alta voz. Y su compañero la miró sorprendido.

—¿Rompecabezas...?

Se dio cuenta de que no hablaba para él. Irene era una muchacha rara. Cuando estaba alegre, solía ser deliciosa, pero caía a menudo en sombríos estados de ánimo. La noche anterior cenaron todos juntos en una *trattoria* de las afueras de Roma. Luego ella había ido a bailar con Jaime, uno de los pilotos. Solía dejarse acompañar por Jaime las noches que se quedaban en Roma, un par de veces por semana.

Era curioso tener que dormir cada noche en un lugar distinto. Lunes, miércoles y viernes en Roma. Martes, jueves, sábados y domingos en Barcelona. Las necesidades de la línea aérea «Barcelona-Marsella-Roma» lo exigían así. Él estaba ya acostumbrado a aquello. Doce años recorriendo el mundo en avión como radiotelegrafista habíanle proporcionado toda clase de experiencias. Nada podía sorprenderle ya en la vida. Ni Irene, con sus extraños cambios de ánimo.

Una chica preciosa. Un estilo de mujer que siempre le gustó: cutis blanco, de una blancura pálida sin mezcla de rosa. Cabello negro, liso y fantásticamente limpio. Ojos garzos, de párpados suaves. Y una garganta deliciosa. Era casi lo mejor de Irene: su garganta. Había observado que generalmente los hombres no podían apartar la mirada de aquel cuello esbelto, níveo, deliciosamente sensual.

Todo en Irene daba idea de pulcritud. Sus uniformes bien planchados, sus blusas inmaculadas, su melena flotante, sus uñas, sus medias y hasta su voz.

Sí. Porque también era posible tener una voz pulcra. Habría intentado hacerle el amor, de no mediar Jaime. Pero Jaime procuraba acapararla impidiendo que los otros la cercaran. Ignoraba lo que pudiera haber entre ellos, aunque sospechaba que Jaime estaba completamente loco por la muchacha.

Personalmente no creía en las amistades platónicas entre hombre y mujer. Había visto demasiadas cosas y consideraba la vida como una batalla cuyos banderines ostentasen solo las palabras «dinero» y «sexo».

Lavó él mismo la taza vacía y dio un golpecito en el hombro de Irene, antes de regresar a su puesto.

—No pienses tanto en «eso». No vale la pena. Sea lo que fuere «eso» que tanto te preocupa. Ánimo, pequeña, dentro de dos horas estaremos en casa.

«Estaremos en casa», pensó Irene. Y se imaginó una vez más la eterna llegada a Barcelona, el cansado transporte hasta Sarriá y allí el diminuto chalet que su abuela bautizara pomposamente con el nombre de «Villa Los Almendros», solo porque

tenían un almendro en la parte trasera del jardín, que en primavera sorprendíanlos con sus flores. La abuela no podía olvidar que en su lejana juventud fue una muchacha rica, y ahora, cuando ya no era ni rica ni muchacha, conservaba ciertas manías de grandeza. Lo mismo que Carlos.

Pero en Carlos prefería no pensar. Todo cuanto pudiera pensarse respecto a Carlos lo había pensado ya. Mil y mil veces. ¿A qué insistir sobre las mismas cosas que de momento no tenían solución?

Sin embargo, siguió pensando en él. Recordó su sonrisa tristona, que tanto le gustaba. Su voz grata, sus movimientos silenciosos, sus labios apretados con gesto de terquedad y su barbilla voluntariosa. Se lo imaginó yendo y viniendo por aquel cuarto espacioso de «Los Almendros» que ocupaba desde hacía cuatro años, la mejor habitación de la casa, ya que recibía la luz del sol por amplios ventanales que daban al jardín y en la que su abuela había reunido los mejores muebles, despojando sus propios dormitorios ante el anuncio de la inminente llegada del nieto americano. Carlos había nacido en Cuba y era nieto de la abuela por su primer matrimonio. Al conocerse, habíales divertido el hecho de tener una abuela en común, siendo primos solamente a medias. Carlos había perdido a toda su familia y a instancias de la abuela fue a vivir a España, con sus únicos parientes.

Recordaba Irene aquel preciso momento en que intercambiaron la primera mirada y lo contenta que estuvo a partir de aquel instante, de haberle cedido el sofá guateado de su cuarto, traspaso que hiciera a regañadientes y por mandato de la abuela. ¿Fue desde aquel minuto cuando empezó a sentir placer en ceder a Carlos cuanto tenía? Ignoraba cómo comenzó aquel amor exaltado, doloroso, al que Carlos correspondía a su manera, con grandes arrebatos al principio y calmamente después. Por mucho que tratase de negarlo, tenía que reconocer que la situación cambió paulatinamente y que el paraíso en que se convirtió el mundo, durante aquel primer año de la llegada de Carlos, poco a poco fue transformándose en un tormentoso purgatorio, sin saber cómo ni por qué.

«Si al menos todo hubiese salido bien, como al principio», se dijo Irene agitando la cucharilla dentro de la taza de café para que se enfriara. A menudo se repetía la misma frase, porque se sentía deprimida y gustaba de evocar los alegres días en que ella y Carlos hicieron felices proyectos. Se casarían en cuanto Carlos encontrara un empleo.

El empleo surgió, pero Carlos creyó oportuno esperar hasta que apareciese un ascenso, pues el sueldo le resultaba insuficiente. Ella insistió. ¿No podían casarse y continuar viviendo con la abuela en «Los Almendros»? Carlos no quería ni oír tal sugestión. Consideraba «Los Almendros» como una casucha indecente y tenía una opinión horrible sobre los hombres que arrastraban a las mujeres a matrimonios desastrosos. Tenía ambiciones. Deseaba darle lo mejor del mundo. Vivir en un piso

elegante. Tener coche. Viajar.

Lo único que no deseaba era casarse inmediatamente. Y lo consiguió.

Después... en lugar del ascenso, del piso elegante y del coche, llegó su enfermedad. Una lesión en un pulmón, que obligó a Carlos a pasar dos años echado en el diván ante la ventana abierta, recibiendo los mimos de la abuela. Fue en aquella época cuando Irene tuvo que colocarse y comenzar la doble existencia que estaba estropeándole los nervios. Pero el dinero necesario para las medicinas entraba en cantidad suficiente y Carlos había acabado por reponerse e incluso la próxima semana empezaría a trabajar de nuevo. Otro empleo en una casa de publicidad, como redactor de anuncios. Él poseía mucha imaginación para aquello.

Las cosas empezaban a normalizarse. Sin embargo...

Suspiró, bebió el café y encendió un cigarrillo. Las sacudidas del avión eran más fuertes que nunca.

Y sin embargo algo no marchaba bien. La enfermedad había desequilibrado el carácter de Carlos, que se volvió áspero e irritable. Era un tormento luchar contra su perpetuo sarcasmo acerca de las mujeres que mantenían la casa presumiendo de hombrecitos.

«¡Si llegase a conocer la realidad!», pensó una vez más, estremeciéndose de miedo como tantas veces lo hiciera a lo largo de los dos últimos años. Lo perdería para siempre y la vida sin Carlos le parecería carente de sentido.

—¿Me das una taza de café, nena?

Se sobresaltó al oír la voz de Jaime. Se la sirvió, sonriendo.

—Perdona. Olvidé que ofrecí llevártela.

—¿Te encuentras bien? Estamos bailoteando un poco.

—Estoy bien, gracias.

La tranquilizaba su absoluta serenidad. Permanecía inalterable, como si el balancearse violentamente en el aire fuese un incidente insignificante que no valiera la pena tener en cuenta. Al mirarla, sus ojos adquirieron la misma expresión que doce horas antes, cuando cenaban en Roma.

—¿En qué pensabas tan abstraída?

—En mi familia.

—¿Cuándo me la vas a presentar? ¿Cuándo vas a invitarme a cenar en tu casa y a preparar una de esas tartas maravillosas que las chicas sirven a sus pretendientes para darles el golpe de gracia?

—Ya sabes que mi familia es poco sociable. Y respecto a tartas...

—... y respecto a pretendientes —corrigió él echándose un poco hacia atrás la gorra de visera. Los ojos oscuros brillaron bajo la frente amplia y sobre la boca risueña—. Estoy dispuesto a creer que no sepas hacer tartas. No tienes que disculparte por ello. Yo sé hacer una de chocolate. Suele salir bien cuando me acuerdo de echar el azúcar. Tantas veces se la he visto hacer a mi madre que sabría repetirla con los ojos cerrados. Lo que pudiéramos llamar «tu complejo antitarta» nunca será motivo para que deje de quererte. Porque yo te quiero, ¿sabes? ¿O no lo sabías?

Tenía una voz ronca y cálida que a Irene siempre le gustó. En realidad, todo en él le agradaba. Le hubiera podido querer de no haber estado tan fascinada con Carlos, sintiéndose como aquejada de una incurable enfermedad que él no deseaba curar, manteniéndola con las heridas abiertas. A veces pensaba que Carlos disfrutaba atormentándola, consciente de su poder sobre ella. En aquellos momentos se juraba a sí misma acabar con Carlos para siempre. Pero cuando él le cogía una mano y se la apretaba, o le cogía la cabeza entre las manos y la besaba, olvidaba todos sus propósitos. Vivir sin Carlos sería como vivir muerta.

De nuevo preguntó Jaime:

—¿Y ahora en qué piensas? ¿También en la familia? Rio Irene suavemente.

—Pues... también.

—He de conocer a esa formidable familia tuya. Palabra de honor. No es lógico que una familia le tenga a uno siempre tan pensativo.

—No... —atajó Irene.

—¿No, qué...?

—Digo... que no... A mi abuela le molestan las visitas.

—La mía le gustará.

Irene trató de hacerle callar.

—Está bien, testarudo. Te invitaré cualquier día. Tomarás el té con nosotras. Té con tarta.

Él la miró tratando de adivinar sus pensamientos. Luego suspiró a pesar suyo.

—Está bien, Esfinge. Vuelvo ahora a mi puesto. Se encasquetó la gorra y se irguió, pareciendo llenar con su estatura la minúscula cabina—. ¿No podríamos ir al cine esta noche?

—No. Lo siento.

—Nunca consigo salir contigo en Barcelona. Sería tan agradable... Quisiera que conocieses a mi madre. Es una mujer fantástica. Tiene que serlo para soportar la

carga de cinco hijos pilotos. Estoy seguro de que te encantaría.

—Yo también estoy segura. ¿Se parece a ti?

—Los cinco aguiluchos nos parecemos a ella absurdamente. Pero vale mucho más que nosotros juntos. Y es una suegra admirable. Mis dos únicas cuñadas la adoran—. Rio, e Irene le imitó porque su risa resultaba contagiosa—. Como ves, estoy haciendo propaganda familiar.

—Tú eres tu mejor propaganda.

Él se volvió en redondo y por las pupilas oscuras habituadas a escrutar el horizonte pasó una ráfaga de luz. Se inclinó hacia Irene, que pudo percibir su olor agradable y su tremenda vitalidad.

—Nena..., eso es lo más simpático que me has dicho desde hace tiempo. Si tú quisieras, Irene...

De nuevo volvía a entusiasmarse, como horas antes en el baile y como siempre que se quedaban a solas cinco minutos.

«Lo peor era que se estaba acostumbrando a aquellas escenas», pensó Irene. Incluso ella misma las provocaba. Necesitaba ver a Jaime perdiendo un poco el control, para recuperar la seguridad en sí misma de que Carlos le privaba. Era vergonzoso. Jaime no merecía que lo utilizase como...

Le miró. Su rostro estaba tan cerca, que tuvo que apartarse, retirando el suyo. Cuando le miraba, presentía, sin saber por qué, cómo sería el contacto de sus labios.

—Por favor, Jaime.

Se rompió el hechizo. El mundo prosaico los envolvió de nuevo. Pero nunca podría ser prosaico el mundo de los aviadores.

—Hasta luego, nena. Perdona que te haya dado la lata.

Volvía a su trabajo, a aquel fantástico trabajo que mezclaba como en un coctel motores, nubes, rutas, tempestades, peligro y deliciosa embriaguez.

Irene se puso también su gorro, echó una mirada al espejo y se dedicó a poner en orden los pasaportes de los viajeros. Era la rutina habitual, pero estaba segura de que, horas más tarde, cuando estuviese de nuevo en «Los Almendros», aquella parte de su vida de azafata le parecería irreal, inexistente, una fantasía de su imaginación exaltada.

Para su abuela y para Carlos ella jamás había subido en un avión. Jamás había sentido el incomparable placer de atravesar las nubes. Jamás había pisado el extranjero. En tanto que paseaba por Roma, por Marsella e incluso seis meses antes por Santa Isabel de Guinea, rodeada de negros, ellos creían que estaba en Sitges, a

pocos kilómetros, en la villa de una vieja rica para la que trabajaba de secretaria y que le permitía tres veces por semana ir a dormir a su casa de Barcelona.

Una burda mentira. No existían viejas señoras capaces de darle un sueldo tan generoso.

Pero Carlos habría enloquecido de rabia al enterarse de «la vida libre» que llevaba. Una vida que le permitía desayunarse en París, comer en Niza y cenar en Palma de Mallorca. Una vida fatigosa, pero excitante, que le gustaría si no la obligara a permanecer separada de Carlos. Respecto a la abuela, se habría muerto de terror al saberlo. Le horrorizaban los malditos aviones.

Ojeó los pasaportes al azar.

John O. Harvey. Norteamericano. Procedente de El Cairo. Clara Bertoni, italiana, artista de cine. Un armenio. Un danés. Seis españoles. Varios franceses. Ciudadanos del mundo, reunidos momentáneamente en el inestable recinto del avión.

Un racimo de vidas entre las manos de Jaime y de sus compañeros.

Vagamente pensó en que le gustaría conocer a la madre de Jaime, que poseía un corazón fuerte, capaz de resistir la angustia de tener cinco hijos aviadores.

Pero no tendría tiempo. Todas las horas libres le parecían pocas para pasarlas junto a Carlos. No desperdiciaría ni una sola con nadie más.



Se sentía alegre junto a Carlos y la abuela, que se hallaba de buen humor, contagiada sin duda por el nieto. Cenaban los tres en el pequeño comedor, bajo la lámpara, junto a la que revoloteaba una mariposa nocturna. Por la ventana abierta entraban los perfumes del jardín. «Una perfecta noche de primavera», había dicho la abuela minutos antes. E Irene pensó que, en efecto, lo era. Carlos estaba contento y cariñoso, el almendro perfumaba más que nunca y hasta el pescado en salsa que servía Pepa, la criadita para todo, que aguantaba estoicamente los gruñidos de la anciana, resultaba apetitoso. Todavía eran jugosas las naranjas a pesar de la época, y Carlos había tomado sin rechistar el ponche de dos huevos que la abuela se obstinaba en hacerle beber y que diariamente era tema de discusión.

Mientras él hablaba, Irene le miró, observando que estaba muy repuesto, sin huellas de la pasada enfermedad, y su corazón se ensanchó de gratitud. Llevaba un jersey gris que la abuela le había tejido, un pantalón claro, planchado cien veces por Pepa, y como de costumbre iba esmeradamente afeitado y peinado, aunque sin poder dominar el mechón de cabello rebelde, en movimiento continuo sobre su frente.

«Un hombre guapo», pensó Irene con un escozor de celos. No tenía motivos para tenerlos, pero los sentía subconscientemente cada vez que le miraba. El placer que sentía al mirarle, hacía la creer que todas las mujeres de la tierra experimentaban la misma sensación.

«Tonterías...», se dijo tratando de ser razonable. Y desvió la mirada para escuchar mejor sus palabras sin perderse en pensamientos confusos.

—... una situación espléndida..., en seguida comprendí que había encontrado un trabajo a mi gusto... Luis está entusiasmado conmigo... Se ha dado cuenta de que estoy lleno de proyectos y de ideas nuevas, que es lo que él necesita.

Luis era director de la oficina de publicidad en donde Carlos empezó a trabajar el día anterior, sin poder esperar más. Eran antiguos amigos, compañeros de colegio en La Habana.

—... y estoy seguro de que si dispusiese de un pequeño capital me admitiría como socio. Por pequeño que fuese... Abriríamos una agencia en Cuba y...

Citó una cantidad y la abuela se atagantó. Tenía costumbre de comer los gajos de naranja de dos en dos.

—Un día te ahogarás, abuela —auguró Carlos palmoteándole la espalda.

—Pero... ¿de dónde vas a sacar ese dinero, niño? —preguntó aquella, sin hacer caso de los funestos augurios.

—Aún no lo he pensado. Pero lo conseguiré. Tendríamos para siempre un porvenir despejado. Viviríamos como príncipes.

Siempre decía «viviríamos como príncipes». Ella no tenía el menor interés en vivir como una princesa. Simplemente ambicionaba la vida de una mujer de tierra firme, que no tuviera que preocuparse por el boletín meteorológico. Vida apacible y burguesa. Un marido, hijos...

—Quizá se pudiera intentar una hipoteca —dijo la abuela. Y como siempre, Irene protestó.

—Nunca consentiré que hipoteques «Los Almendros». No pienses en eso, abuelita.

También como de costumbre, la anciana se enfadó. No soportaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer. Había llegado a los sesenta y ocho años con grandes energías discutidoras. Se irritaba a menudo con Irene, cuya seriedad, tan diferente de la agradable inconsciencia de Carlos, resultaba molesta.

—No se trata de «consentir». «Los Almendros» me pertenecen, ¿no? Me los dejó mi primer marido. El abuelo de Carlos, no lo olvides.

—¿Cómo podría olvidarlo si siempre lo repites? Pero estoy segura de que Carlos tampoco permitirá que...

Carlos echó hacia atrás el rebelde mechón de cabellos.

—Claro que no. De ningún modo. No pienses en eso. Yo me las arreglaré. Aunque no veo cómo. —Consultó su reloj de pulsera—. Bueno, ahora tengo que salir.

—¿Salir? ¿Ahora?

Ambas mujeres se miraron consternadas. Desde su enfermedad, Carlos no había vuelto a salir por las noches.

—Salir, sí. ¿Por qué no? ¿Vais a considerarme enfermo eternamente? Quedé en encontrarme con Luis en el café. Prometí mostrarle unos proyectos publicitarios que tengo guardados. —Se levantó, cogiendo el brazo de Irene, que salió tras él—. Te los enseñaré.

—¿No puedes llevarme contigo? —rogó entristecida—. Solo dispongo de estas horas para verte.

—Imposible, preciosa. Son cosas de negocios. Además, eres demasiado guapa para que vaya presentándote a mis amigos. Las mujeres deben quedarse en casa.

—Siempre me ha irritado esa frase estúpida, en una época en que las mujeres ganan su vida tan bien o mejor que el hombre. Es una sandez.

Él ya estaba pensando en otra cosa, rebuscando entre los papeles que cubrían su mesa de trabajo.

—¿Sandez? ¿A qué te refieres?

—A lo que acabas de decir. No creas que me vas a guardar en el harén con el rostro tapado.

—Vamos, ya salió la mujercita eficiente. No tengo tiempo de discutir ahora, encanto. Si alguna vez nos casamos, te arrancaré esos aires de independencia, te meteré en casita y se acabará el paladín del feminismo. Si la abuela no te hubiera permitido aceptar el odioso empleo de que disfrutas, no serías tan presumida.

—¿Quién es presumida?

—Tú.

—¿Me consideras presumida y te estoy suplicando que me lleves contigo?

—¿Dónde demonios habré puesto esos dichosos papeles? ¡Ah! Están aquí. Saldremos mañana, ten paciencia.

—Mañana me toca quedarme en... Sitges...

Para Carlos, «mañana» significaba solo un ligero deslizamiento de las horas. Pero veinticuatro horas más tarde ella estaría en Roma, cenando en cualquier *albergo*, en un ambiente tan diferente que aumentaría la sensación de distancia y de tiempo.

—Si vuelves pronto, te esperaré levantada.

Él rodeó su cintura con el brazo.

—No lo hagas, te lo ruego. Estaría nervioso mirando el reloj. Me levantaré mañana muy temprano para desayunarme contigo.

Siempre decía lo mismo, pero casi nunca lo realizaba.

—Mira. Le dices a Pepa que me despierte.

Le acompañó hasta la verja del jardín.

—Buenas noches, guapísima. ¿No estarás enfadada, verdad? Este trabajo puede ser nuestra liberación. Si consiguiera ese pequeño capital... En fin, ya veremos.

La besó en la garganta, un beso ligero y cálido que la hizo estremecer.

—Adiós, Carlos. Adiós... querido. Buena suerte.

Se sentó en los escalones del pórtico respirando el perfume de las magnolias y de los geranios, mientras sus pasos se alejaban hacia la parada del autobús.

Una perfecta primavera, sí...

Al menos casi perfecta. ¿Existiría la perfección absoluta...?

Asomándose a la ventana, la abuela le dio las buenas noches.

—Voy a acostarme, pequeña. Hasta mañana. ¡Ah! Tienes una carta en tu cuarto.

—Dile a Pepa que me la traiga, ¿quieres? Descansa bien, abuelita.

Era absurdo sentirse deprimida por el hecho de que Carlos hubiese comenzado nuevamente a hacer su vida normal. ¿Acaso prefería tenerlo siempre echado sobre el diván como durante aquellos meses de enfermedad? ¿Qué clase de amor era el suyo?

«Me estoy volviendo egoísta», pensó. La sobresaltó la voz de Pepa.

—Su carta, señorita. Le he traído la chaqueta de punto por si se queda aquí un rato. Hace algo de fresco.

—Gracias, Pepa.

Una carta de Italia. ¿De quién podría ser...? El sobre iba escrito a máquina.

La leyó de un tirón, a la luz que salía de las ventanas del comedor. Al acabar, comenzó de nuevo, conteniendo la respiración. Dejó por fin el pliego sobre la falda y lanzó un suspiro de absoluto desconcierto.

—¿Ocurren en realidad estas cosas o estaré soñando? —se dijo temblando por la sorpresa. Al cabo de tantos años, resucitaba un asunto que creía muerto.

Miró al cielo, tachonado de estrellas, mientras el corazón le latía con violencia.

Vagamente pensó, por la fuerza de la costumbre:

«Tendremos buena travesía mañana. El tiempo ha mejorado».

Y casi a la vez se preguntó cogiendo de nuevo el papel:

—¿Cómo voy a resolver esto...?

V

ELENA

Río de Janeiro

Se miró al espejo antes de vestirse.

«¡Qué bien conservada estoy! —pensó. Tengo todavía un cuerpo espléndido».

Aquellas palabras: «conservada» y «todavía», eran amargas, pero no podía rehuirlas. Cuando se hallaba a solas consigo misma le gustaba ser sincera, quitarse la máscara que imponía la vida social. Sobre todo aquel día en que precisamente cumplía años, era necesario pensar en el tiempo.

Cuarenta y... ¿cuántos...? Bueno. ¿A quién demonios podría importarle los años de una mujer con un cuerpo semejante? A los hombres no, ciertamente. Mientras conservase aquel cuerpo... Los senos firmes, una cintura quebradiza y las caderas suavemente redondas. La piel, tostada por el sol. Los baños de sol y de agua salada eran una bendición para las mujeres entradas en años.

«Entradas en años. Horrible frase. Pero, Elena querida..., ahora estamos a solas. A solas... A solas...».

Siempre le gustó estar a solas consigo misma, quizá porque pocas veces lo había podido lograr. Desde su infancia, transcurrida en medio de una nube de hermanas, nurses y ayas, hasta aquel día en que cumplía un desagradable número de años en aquel piso elegante que se abría sobre la maravillosa avenida de Río Branco, ante uno de los más bellos panoramas del mundo.

Gente y más gente. Gente molesta, que siempre esperaba algo de uno. Amabilidades, sonrisas, dinero u otra clase de favores. A su vez, formaba parte ella misma de aquel conglomerado de seres que pedían y daban. Sonrisa por sonrisa. Beso por beso. Traición por traición.

Le costaba trabajo apartarse del espejo porque el espectáculo de su propia imagen era algo de lo que nunca se cansaba. Sentía deseos de darse otra ducha, pero ya no iba a tener tiempo. El otoño de Río era aún un tormento abrasador, incluso para

ella, que generalmente sentía frío.

Dino solía compararla a una gatita friolera. Una gatita de extraños ojos dorados y de largas uñas afiladas. Se sentía a gusto en Río de Janeiro. El invierno había resultado delicioso. Pero el verano y el otoño, atroces.

Deberían haberse marchado a Petrópolis, en lo alto de la sierra, un lugar fresco para el veraneo. Pero al final la invitación apenas formulada del amigo de Dino, un rico industrial brasileño, no fue reiterada. Sin duda tenía una mujer celosa. Las mujeres siempre estaban celosas de ella. Carecía de amigas, pero no le importaba. ¿Existía verdadera amistad entre las mujeres? Además, tenía a Cosetta. Al pensar en Cosetta se extrañó de no haber recibido noticias suyas aquel día. Siempre recordaba la fecha de su cumpleaños. Y semanalmente recibía interminables cartas en las que le refería todos los pormenores de su vida. Naturalmente, dos o tres cuartillas estaban siempre dedicadas a Paolo, a la carrera de Paolo, las opiniones de Paolo y los proyectos de Paolo, que pensaba comprar tal o cual aparato para mejorar su consulta, instalada en un sencillito piso, en la vía más céntrica de Roma.

«Doctor Paolo Basile», decía la placa que Cosetta clavara entusiásticamente en la puerta al regresar de su viaje de novios a Capri. El doctor Paolo Basile llenaba toda la vida de su hija. O casi toda. Aún reservaba un lugar en ella para su madre.

«Absurdo tener una hija tan mayor», pensó suspirando. Absurdo y sorprendente. Apenas había tenido tiempo de ver crecer a Cosetta. Los continuos viajes de Dino la obligaban a dejar a la niña en un internado. Y casi de repente, la había visto convertida en una muchacha zanquilarga y tímida.

Durante los últimos dos años tuvo que llevarla con ella a todas partes. Resultaba difícil adaptarse al papel de mamá de niña casadera, ella a quien los hombres asediaban más que a las muchachas jóvenes. Por fortuna, Cosetta la libró de tal tormento. Odiaba la sociedad, las fiestas y la vida agitada de sus padres. Acudía solo a escuchar conferencias científicas, conciertos clásicos y recitales poéticos. Ella misma comenzó a escribir poesías románticas que tímidamente leía a su madre, quien las aprobaba sin entender exactamente su significado.

—Qué hija tan extraña...Un patito feo, nacido de dos seres hermosos.

Por mucho que adorase a Cosetta tenía que reconocer que no era bonita. No se parecía a Dino, ni tampoco a ella. Dino había sido siempre un hombre fascinador.

Echó una última mirada al espejo. Sí. Una belleza peligrosa. Por eso la odiaban todas las mujeres.

Se daría otra ducha. De nuevo sudaba copiosamente. Horrible calor... ¿Cuándo acabaría? En realidad ya era otoño avanzado. Pero no lo parecía. Quizá para el próximo invierno tuvieran que marcharse. Con Dino nunca se sabía lo que harían al día siguiente.

Abrió los grifos de la ducha y gozó del agua fría durante un buen rato. Mientras se secaba, oyó unos pasos en su dormitorio.

—¿Eres tú, Dino?

—Soy yo, señora *contessa*.

Era Camelia, la doncella de color, que se ocupaba de su ropa. No era la primera criada negra que había tenido. Sin embargo, le producían siempre sorpresa el rostro y las manos que destacaban sobre el albo uniforme. No querían ser llamadas negras, sino morenas. ¿Por qué la gente tendría afición a cerrar los ojos edificando ilusorios diques contra la realidad? Por su parte, siempre prefería la verdad desnuda. Aunque le hiriese. Como, por ejemplo, aquella gran verdad de que en fecha próxima sería ya vieja.

Últimamente el pensamiento estaba convirtiéndose en obsesión. En vano trataba de consolarse, filosofando sobre la comodidad que significaría una digna vejez, reconocida y aceptada. No más gimnasia. No más masajes. No más dietas de hambre. No más inquietudes íntimas. Y sobre todo, no más luchas con los hombres.

Los hombres habíanle impedido contemplar el mundo en perspectiva, obligándola a tomar una parte demasiado activa en la vida. A veces se sentía tan fatigada como si tuviese mil años. Quizá sería grato descansar, retirarse a un segundo plano y observar a los demás. La comedia social era, sin duda, un espectáculo apasionante.

Pero... ¿suficientemente apasionante como para absorber y llenar sus días, con tantas horas nostálgicas? Si al menos supiera escribir o pintar, o tuviese verdadera afición a algo... Pero no. Lo único que realmente le gustaba, desde que a los siete años comenzó a sentirse exigente sobre el color de los lazos de sus trenzas, eran los hombres. Aquellos seres egoístas y generosos, crueles y dulces, despóticos y humildes llamados hombres. No se avergonzaba de confesar que le interesaban. Era perfectamente normal.

Sobre todo teniendo en cuenta que ella siempre les había interesado a ellos.

—¿Llevará el vestido topacio, señora *contessa*..?

Camelia se adaptó en seguida a su costumbre de denominar a cada vestido con el nombre de una piedra preciosa. El vestido topacio, el vestido esmeralda, el vestido turquesa, el vestido rubí...

—Sí. El topacio.

Hacía resaltar el tono bronceado de su piel, adquirido en la playa. A las siete de la mañana ya estaba tumbada en la arena, o saliendo y entrando del mar. Todo el mundo hacía lo mismo. Era una oleada de gente que como una manifestación de adoradores del sol y del agua inundaban la avenida de Río Branco y se desperdigaban por las playas hasta que a las once huían hacia sus casas vencidos

por el excesivo calor. Un desfile incomparable de miles y miles de bañistas de todos los colores y razas.

«Un espectáculo curioso para contemplar cuando esté situada en mi segundo plano de señora vieja —pensó con su inevitable idea fija—. Me gustaría quedarme definitivamente en Río. Pero Dino odia este clima. Además, estaríamos demasiado lejos de Cosetta».

El vestido topacio comenzaba a ajarse. Aquel calor húmedo ajaba las telas de un modo horrible. Ya iba siendo hora de renovar todo el guardarropa.

Pero ¿cómo...? Dino aseguraba que estaban sin blanca. Y esta vez parecía hablar en serio. Más en serio que otras veces. La mala suerte le perseguía insistentemente. En las carreras, jamás acertaba un caballo. Y respecto a sus famosos negocios... Bueno... aquella noche tendría ella que superarse en honor de un posible socio para la explotación de una fábrica de caucho. Si se arreglaba, podrían quedarse en Río mucho más tiempo. De lo contrario...

—¿Zapatos dorados, señora *contessa*...?

Mientras Camelia la calzaba, se distrajo mirando su cabello negro, casi liso a fuerza de deslizárselo en la peluquería. En Río, los peluqueros tenían más trabajo en desrizar el pelo que en ondularlo. A tempranas horas se veía en las peluquerías a mujeres de color tratando de disimular sus rizos rebeldes. Tontería. ¿Disimular el qué? Si pertenecían a otra raza, ¿qué necesidad tenían de disimular sus características? Era como tratar de cambiar la sangre y el alma.

Le gustaba Camelia. Era atractiva, a su modo. Tenía un buen cuerpo, dientes bonitos y contagiosa alegría. Hablaba un portugués dulcificado por el *sotaque* brasileño. Háblele confesado que vivía con un limpiabotas italiano, un *engraxador* que se gastaba en vino cuanto ganaba, pero sin el que no concebía la vida. Se sentía por lo tanto muy orgullosa de haber encontrado aquel trabajo de *empregada* en casa de un conde italiano. Un conde de aquella Italia de la que tanto hablaba su Luigi. Desde que tenía el *emplego*, Luigi la respetaba más. Si se portaba mal, amenazábale con contárselo todo al señor Conde Di Monti, o a la señora Contessa.

—¿Llevará sus perlas, señora *contessa*...?

Sí. Llevaría las perlas, que eran la única joya valiosa que le quedaba. Unas perlas que pertenecieron a su madre y con las que Dino aún no se atrevió. A menudo se sentía tentada de regalárselas a Cosetta. Era el único modo de que continuaran en la familia. Cosetta sabía conservar siempre cuanto le pertenecía: joyas, libros, recuerdos, e incluso el amor.

«Le mandaré las perlas en la primera oportunidad —pensó—. Sí... Ahora estoy decidida. Se las mandaré... Pero más adelante».

Desprenderse de las perlas era como abandonar el cetro y entregárselo a la princesa heredera.

Lo haría, desde luego. Cuando llegase el cercano instante de la retirada a segundo plano.

Al maldito segundo plano.

Impaciente, sacudió los pies, calzados con bonitas sandalias doradas.

—Ya está bien, Camelia. Tengo prisa. ¿Qué son esas cartas?

—Llegaron hace un momento, señora. —Mostró al sonreír sus blanquísimos dientes—. Tiene carta de la señorita. Puede leerla mientras le repaso el esmalte de las uñas.

El correo era copioso. Había dos cartas de Italia, una de Cosetta. ¿De quién podría ser la otra? ¿Quizá de los Verdi, que regresaron a su país desde la Argentina?

Abrió la de Cosetta.

«Adorada madre».

Cosetta era siempre así, una criatura vehemente, hambrienta de ternura.

«Adorada madre».

Durante unos momentos, al influjo de aquella letra menuda y desigual, se sintió en Italia, en el pisito recién estrenado de Cosetta, sufriendo con ella sus inquietudes de ama de casa y gozando sus alegrías de mujer enamorada:

«Paolo me dice...

»Paolo asegura que...

»Paolo tiene por norma...»

Incluso hablaba de los guisos que le gustaban a Paolo. En pocos meses su hija había sabido crear un hogar, el hogar que sus padres nunca le dieran.

«... y ahora, madrecita, he dejado para lo último la gran noticia. Voy a ser mamá. No puedo imaginarte convertida en abuela a ti, la Preciosa entre las Preciosas. Paolo ha reído hasta saltársele las lágrimas pensando en que esto te irritará un poquito. Pero yo no lo creo. Sé que te alegrarás por tu Cosetta. ¿Quién de los dos tiene razón...?». ».

Alzó la cabeza dejando la carta sobre el tocador y casi tuvo una sorpresa al verse reflejada en el espejo: una mujer esbelta, rubia y deslumbradora que no representaba un día más de treinta y cinco años. Una mujer que haría que cualquier hombre volviese la cabeza para mirarla.

Sintió la garganta seca.

—Camelia, sírreme un *whisky* con soda y hielo.

—Le hará volver a sudar, señora *contessa*.

—No importa.

—¿Son buenas noticias...?

—Espléndidas.

Tragó saliva y volvió a mirarse al espejo.

«No puedo imaginarte convertida en abuela a ti, la Preciosa entre las Preciosas...».

Abuela...

Paolo había reído hasta saltársele las lágrimas. ¡Al diablo con Paolo! ¡Al diablo con los nietos! ¡Al diablo con el mundo entero!

Nunca había pertenecido al tipo de mujer-maternal. El advenimiento de Cosetta supuso una sucesión de incomodidades irritantes que la exasperaron. Naturalmente, luego se encariñó apasionadamente con su hija. Hasta las panteras se encariñaban con sus crías. Y ella ni siquiera podía compararse a una pantera, aunque muchos hombres creyeran que...

¿Quién era aquel tipo absurdo que la llamó «mi pantera peligrosa»... ¡Ah! Fue Edgar, un frío diplomático inglés, que no resultó frío ni mucho menos. Ocurrió en Londres, diez años antes.

«¡Cómo pasa el tiempo! —pensó. Diez años. Entonces aún estaba yo en la treintena. Parece que no, pero eso lo cambia todo. Cosetta llevaba todavía trenzas y no pensaba ni por asomo en ofenderme convirtiéndome en abuela».

Los hijos eran siempre crueles.

Pensó en su propia madre, aunque nunca lo hacía con agrado. ¿Había sido cruel con ella? No conseguía evocar su vida familiar sin fruncir el ceño, recordando las turbulentas escenas de que estuvo sembrada su infancia y su primera juventud. Ignoraba cuál de sus progenitores tenía el genio más vivo y más desagradable.

«Dos personas lamentables», opinó. Y como siempre, le dolió tener que juzgarlos así. Pero no podía hacerlo con ternura. Jamás le habían hecho una caricia, ni tampoco a sus hermanas. Jamás había tenido un momento de verdadera paz. Para las cinco hijas, el matrimonio supuso una liberación. Ahora los padres habían muerto y también dos de las hermanas. Las otras tres andaban desperdigadas por el mundo con sus respectivos maridos, soportando el yugo de sus matrimonios de conveniencia.

Matrimonios de conveniencia... Se echó a reír de sus pensamientos y Camelia rio también sin saber exactamente por qué.

¿Cómo podía calificarse su matrimonio con Dino? Matrimonio de conveniencia... ¿para quién...?

¿Quizá para Dino, que logró una mujer hermosa y rica...? Pero jamás había conseguido poseer su hermosura ni su amor, y respecto al dinero, dio cuenta de él con la rapidez de un relámpago, como si se tratara de un truco de prestidigitación.

Visto y no visto... Nada en las manos..., nada en los bolsillos, señores...

Después tuvo que ingeniárselas para salir adelante como si se hubiese casado con una muchacha pobre.

Y respecto a ella... Sí, tenía el título de Condesa Di Monti, que causaba siempre sensación. Nunca habían tenido tanto éxito los títulos como en esta época democrática. Además, poseía un marido guapo, que las otras mujeres envidiaban.

¡Envidiarle a Dino! El ser más despreciable y cínico... Un auténtico monstruo.

Claro que un monstruo agradable. Sí. Porque también había monstruos agradables. Con toda su desfachatez y perversión, Dino la agradaba a ratos. La fascinaba el modo encantador que tenía de embaucar a la gente, obligándola a firmar contratos que vaciaban sus bolsillos llenando los de Dino. Le gustaba verle desplegar toda su fascinación varonil con las esposas de sus víctimas, que influían luego en sus maridos para que el desastroso negocio se realizara.

«Los condes Di Monti... Una pareja maravillosa... Tan atractivos... Tan elegantes... Con tanto don de gentes...».

Así opinaba el mundo en el instante de conocerlos. Luego...

Bueno. ¿Qué importaba todo?

Encendió un cigarrillo y tragó ansiosamente el humo, lo que le produjo un vértigo agradable.

¿De quién sería aquella otra carta de Italia? Quizá tuviera tiempo de leerla en el coche. La guardó en el bolso de tisú dorado.

Oyó que Dino golpeaba la puerta.

—¿Estás dispuesta, joya mía...?

Siempre la llamaba «joya mía». Se miró al espejo. Sí. Realmente, aquella noche la condesa Di Monti parecía una joya.

«No puedo imaginarte convertida en abuela, a ti, la Preciosa entre las Preciosas...».

—Ya voy, tesoro.

Ella también solía llamarle tesoro casi siempre. Pero ninguna de las dos palabras significaba nada en realidad.

De repente pensó que, naturalmente, Dino también se convertía en abuelo. ¿Cómo le sentaría la noticia? Se echó a reír otra vez y abrió la puerta.

¿No era fantástico que se convirtiera en abuelo aquel muchacho atractivo, de facciones perfectas y figura exquisita? A la media luz del vestíbulo, Dino parecía un muchacho.

Le besó la mano, mirándola con interés.

—Perfecta, *cara contessa*. Esta noche has alcanzado la perfección máxima. Una sirena enloquecedora.

Sirena... El corazón pareció dolerle de pronto. ¿Quién la había llamado sirena, hacía muchísimo tiempo...?

Recordaba perfectamente quién había sido. Pero prefería no remover dolorosos recuerdos.

—Me adulas demasiado, tesoro.

El intercambio de palabras gratas formaba parte de la comedia que ambos representaban el uno para el otro, sin disimular su absoluto aire de farsa.



Le hubiera gustado servirse otro poco de helado, pero no se atrevía. La báscula había acusado doscientos gramos de más aquella mañana, sin duda por la maldita comida del día anterior. Un almuerzo en la casa de campo de un tipo ordinario, con el que Dino mantenía relaciones de negocios. Habíale hecho acompañarle a aquella chacra, teniendo que comer unos terribles guisos brasileños, sabrosos pero rebosantes de calorías. Todo ello en compañía del tipo ordinario y de su esposa, una corpulenta señora que pasaría de los cien kilos y de sus cinco rollizos niños. ¿Qué negocios se traería Dino con tales gentes?

Los invitados de aquella noche eran por completo diferentes. Dos hombres distinguidos y educados. Al menos... aparentemente educados. En el fondo sabía que todos los hombres del mundo eran iguales. Un conglomerado de sensualidad, ambición, vanidad e hipocresía. Aquellos dos tipos, embutidos en sendos *smokings* blancos de corte irreprochable, daban la impresión de ser exactamente lo que eran: acaudalados hombres de negocios, refinados por el contacto del gran mundo internacional. El más alto de los dos era portugués. Había emigrado a Brasil a los veinte años, enriqueciéndose en aquellas tierras generosas a fuerza de trabajo. El otro era un opulento fabricante de São Paulo, brasileño rico, hijo de brasileños ricos y nieto de emigrantes alemanes.

El portugués tenía una cabeza interesante. Muy morena, con ojos de mirar

provocador y sonrisa melancólica, buscaba continuos contactos, aparentemente casuales, con sus manos de dedos fuertes, un poco rudos. Tendría alrededor de cuarenta años y las canas que adornaban sus sienes le prestaban un raro encanto.

«Materia inflamable», había pensado ella, en el instante de las presentaciones. Conocía demasiado bien al sexo opuesto. El brasileño era el clásico tipo de negociante obsesionado por el trabajo, que despreciaba la parte frívola de la vida. Pero su compañero daba la impresión de que todo cuanto en la vida no fuera unido a la atracción sexual carecía de interés.

«Terriblemente inflamable», repitióse poco después de cambiar algunas frases.

Y atractivo. Endiabladamente atractivo.

«Bueno, Elena, no irás a volver a empezar —se dijo amargamente—. Deja en paz al señor Cardoso. Recuerda que vas a ser abuela».

Abuela... Miró a Dino, que charlaba con el brasileño sobre la compra y venta de ciertos terrenos, y estuvo a punto de decirle:

«No te fatigues demasiado, abuelito. Es preciso que pensemos en jubilarnos dignamente».

La idea le hizo gracia porque Dino estaba también en una de sus noches perfectas. Con seguridad era el hombre más fascinador de todo el casino de Copacabana.

«Es un poco más joven que yo —se dijo—. Tres años menos... Pero ¡qué importa...! Ninguno de los dos tenemos edad. A fuerza de ser tan físicamente perfectos, somos casi dos monstruos».

Rio. Cardoso, animado por su risa, la invitó a bailar.

Tenía la cabeza un poco insegura por el *whisky*. Pero los brazos del portugués apretaban con fuerza. Su proximidad resultaba agobiante, como la cercanía de un volcán.

«Si nos quedamos algún tiempo en Río no sé qué ocurrirá —pensó—. Quizá nada. En el fondo estoy cansada... cansada. Quisiera retirarme a algún lugar tranquilo donde poder leer, dormir, comer y pasear. Sobre todo comer. Saciar el hambre y engordar hasta que ninguno de mis preciosos vestidos me sirva».

Pero no estaba segura de desear tampoco aquello. ¿Y si no pudiera prescindir del estímulo que le brindaban siempre los hombres como Cardoso...?

Al cesar el baile tuvo que ir al tocador a empolvarse la cara. El sudor hacía estragos en el más perfecto maquillaje. Abrió el bolso y encontró la carta que no abriera en casa.

Su lectura hizo encender la sangre de la escéptica condesa Di Monti, que se reveló bajo el atezado tono tostado de sus mejillas. La leyó varias veces del principio al fin,

detallando cada palabra.

Al volver a guardarla en el bolso, sus manos temblaban violentamente y sus ojos tenían un brillo extraño, de rabia o de lágrimas.

—Tráigame del bar un *whisky* con soda —pidió a una de las camareras negras del tocador—. Sí. Aquí mismo. —Sonrió a la muchacha—. A mi marido no le gusta que beba —mintió.

¿Qué podría importarle a Dino lo que ella hiciera o dejase de hacer?

Quizá tan solo le importase algo. El contenido de aquella carta. Se la dejaría leer, para observar su reacción.

«Creo que aún aborrece el recuerdo de aquel hombre que nunca llegó a conocer...».

Pero ella sí le había conocido. Y al cabo de los años se sentía alterada recibiendo sus noticias.

«¿Puede durar tanto tiempo el sentimiento del odio?», pensó.

Bebió el *whisky* a sorbitos, sintiéndose horriblemente desdichada.

—Odio —repitió riéndose de sí misma. Y observó que la camarera la miraba creyendo que estaba borracha.

Le gustaría efectivamente emborracharse. Pero temía que fuese absolutamente impropio en una abuela.

VI



EL CHINO

Se detuvo a comprar cigarrillos. Ofrecer cigarrillos ayudaba mucho en las conversaciones difíciles. Los silencios violentos eran disimulados con aquel sencillo gesto convencional. Se sacaba la pitillera, se tendía luego la llama del encendedor, se lanzaban unas cuantas bocanadas de humo y se sonreía a los otros fumadores, en espera de que alguien dijese algo. Pero si nadie hablaba, se achacaba al placer de fumar. Además, era fácil decir cualquier frase. Se podían hacer comentarios sobre el sabor de diversos tabacos, sobre los encendedores rebeldes, y sobre que era mucho más práctico llevar cerillas. Y una vez lanzado el tema de las cerillas, podía hablarse de los coleccionistas de cajas de todos los países. Siempre había alguien que las coleccionaba o las había coleccionado.

Sí. Los cigarrillos eran prácticos en sociedad. Lástima que él no fumara.

Se sentía nervioso, aunque no lo demostraba, ni tampoco sabía la razón. ¿Qué le importaba en el fondo aquel asunto? Reflexionando bien, incluso podría resultar divertido.

Pero maldito si le encontraba la diversión por ninguna parte.

«Es que tengo espíritu de viejo —decidió—. De viejo de mil años, con un hígado que segrega cantidades incalculables de bilis. Ríos de bilis. Bilis triste».

Suponía que hasta en la bilis había matices. La suya ni siquiera era rabiosa. Una bilis anémica, de viudo inconsolable.

Pero tampoco era viudo. Ni tenía mil años. La humanidad posiblemente le considerara un muchacho. Claro que la gente no podía ver las arrugas de su espíritu. Se asociaba a sí mismo con la imagen de cierto mendigo harapiento que viera una vez en Buenos Aires.

¿O no fue en Buenos Aires? Quizás, incluso, no había visto jamás a aquel mendigo y solo se lo imaginaba.

De todos modos, su espíritu...

Guardó el paquete de cigarrillos, cortando sus penosas reflexiones. Aunque no fumaba, llevaba siempre cigarrillos para ofrecer a las damas.

Los hombres siempre se preocupaban por hacer cosas en beneficio de las mujeres. Ellas aceptan las infinitas pequeñas ofrendas sin darles importancia, como si se les debieran todos los homenajes.

¿Por qué? ¿Por ser mujeres? Bueno. ¿Y qué, si lo eran?

«Nacemos de ellas —filosofó otra vez—. Esto es lo que hace que el hombre sienta un respeto instintivo. Todos surgimos de una mujer. Es como el molde en el que se vertiese la materia prima para fabricar un objeto. Nadie puede luego perder la forma del molde que durante casi un año...».

Ya estaba nuevamente con filosofías manidas. Hasta en aquel momento en que el aeródromo bullía de gente, de voces, de equipajes, de ajetreo. Aquel momento en que esperaba a cinco mujeres, por orden de un jefe tiránico y malicioso.

«Cuatro mujeres», corrigió. Era absurdo que tuviese siempre presente el nombre de la quinta mujer, la única que no aceptó la oferta. Porque estaba muerta.

La carta dirigida a Alemania fue devuelta con la noticia de que la interesada había fallecido sin dejar parientes.

Iba a decir sin dejar señas.

Fallecer sin dejar señas. Divertido.

¿O no era divertido?

Pasó junto a él una mujer cargada con un maletín y le sonrió provocadora.

Las mujeres que viajan solas parecían tener siempre ganas de aventuras.

Devolvió la mirada. La sonrisa no. Tenía tan pocas sonrisas que no podía prodigarlas.

Otra muchacha se acercó a la anterior y las oyó comentar en francés, risueñamente:

—*Un joli type, ce chinois.*

Esta vez sonrió, sintiéndose inundado por una oleada de bilis triste.

«Un chino».

Absolutamente ridículo.

«Tengo que ir a China... Algún día iré, para ver a los chinos auténticos».

Anunciaron el aterrizaje del avión que esperaba. Poco después comenzaron a desfilar los pasajeros.

¿Quiénes serían las cuatro mujeres que aguardaba? Quizás aquella delgadita, vestida de negro, con el cabello corto y ojos inquietos fuese una de ellas. Y la otra, rubia y elegantísima, con aspecto de haber viajado en todos los aviones y sobre toda la tierra. Y la otra, de piernas esbeltas y melena castaña. O quizá... Bueno. Dentro de breves minutos lo sabría. De todos modos, le gustaría que la delgadita con cara de miedo fuese una de ellas. Le agradaban las mujeres que tenían miedo de los aviones y de las cosas. Le hacían sentirse fuerte y protector. Aunque... ¿qué sabía él de las mujeres?

Absolutamente nada.

Sí... La mujercita de negro miraba hacia él. Tenía también los ojos un poco achinados.

Algún día...

O quizá no.

Se aproximó a la puerta, esperando que los viajeros salieran de la aduana.

VII



NICOLE

La *piazza* en la que las dejara el coche que las transportó de Génova a Portofino estaba llena de sol, un sol ardiente que producía deslumbramiento y sueño.

Nicole hubiera deseado sentarse dentro del pequeño salón del café, que estaba fresco, y donde algunos hombres jugaban al dominó, para dormitar allí, con el ruido de las fichas sobre las mesas de mármol y el cantarín acento italiano que tanto le gustaba resonando en sus oídos. Pero todo el grupo habíase instalado en la terraza, bajo el toldo rayado, contemplando la *piazza* y dejándose contemplar por los chicos curiosos que se detenían ante la mesa, escuchando su conversación sin disimulo. Una conversación forzada y sin sentido, en la que faltaba la naturalidad.

Dispusieron de varias horas para contemplarse unas a otras a placer, primero en el aeródromo, luego en el restaurante de Génova donde almorzaron y después en el auto, conducido por aquel joven secretario que se encargaba de acompañar al rebaño femenino. Un muchacho agradable, pero tan dolorosamente tímido que su lucha por encontrar temas de conversación se hacía casi visible. Sus esfuerzos le producían una ternura especial, viendo cómo trataba de ser amable con las cuatro mujeres, tan diferentes unas de otras.

Absolutamente diferentes.

Viajaron todas en el mismo avión, procedente de Barcelona, pero sin conocerse. Solo al llegar a Génova pudo el secretario hacer las presentaciones. No habían tenido tiempo de hablar a solas y quizás, aunque lo tuvieran, ninguna se decidiría a ser totalmente franca. Sin embargo, estaba segura de que todas habían recibido una carta semejante a la que guardaba en el bolso, una carta que despertaba recuerdos olvidados y ambiciones nuevas. Una carta maligna, como la persona por quien fue dictada. Ella había aceptado la invitación que se le hacía en la carta porque no tenía ninguna otra cosa que hacer en el mundo y lo mismo le daba dirigirse al norte que al sur, al este que al oeste.

Y quizá también por otro motivo: una viva curiosidad.

Nada de ambición. Conocía demasiado bien a aquel hombre para esperar de él acciones generosas.

«A menos que la vida le haya cambiado mucho», pensó, mientras se lavaba las manos en el minúsculo tocador del café y se pasaba el peine por el cabello liso, muy bien cortado. Durante los largos meses de prisión había aprendido a cortárselo ella misma.

La prisión...

Qué lejos se hallaba ahora, en aquel maravilloso Portofino, bañado por el Mediterráneo, bajo promontorios empinados, adormecido por el calor y el sosiego. Los folletos de turismo aseguraban que siglos antes los Doria habían construido allí sus naves y que en sus muelles recalaban las embarcaciones que se dirigían hacia las proximidades de la Roma Imperial. Pero en la actualidad, solo un par de pequeños yates de recreo reinaban sobre la flota de botecillos pesqueros, amarrados y con las velas arriadas en espera de la puesta de sol en que se harían a la mar.

En el agua, un grupo de chicos completamente desnudos gritaban «*Soldi, soldi!*» a los ocupantes de los yates, buceando después en busca de las monedas arrojadas por la borda. Acodadas en las ventanas de las casitas blancas que se asomaban al mar, algunas mujeres contemplaban la plaza tranquilamente, y de vez en cuando reñían a gritos a sus hijos, soltando largas parrafadas, recibidas con absoluta indiferencia por la grey infantil.

«Una vida tranquila y sin sobresaltos», pensó Nicole entornando los ojos al salir de nuevo a la terraza donde las invitadas discutían con el secretario. Cada una hablaba en su propio idioma, español, italiano o francés, y se entendían perfectamente. El secretario solía responder en español o en un italiano trabajoso. Se hallaba de pie ante la mesa, impecable con su traje *beige* y su cabello bien planchado que ni la brisa de la carretera consiguiera alterar. Hablaban ahora del mejor sistema para trasladarse a la «Casa della Rocca» tratando de evitar incomodidades a las viajeras y excusándose, como si fuese culpable, por la situación de la villa, que de un modo u otro las obligaría a subir una empinada cuesta.

—Si no las asusta montar en unos borriquillos que la gente utiliza aquí a menudo, podrían subir así hasta la misma puerta.

—¿Borricos? ¿Ha dicho borricos? —se asustó la invitada de más edad, que también era la que más hablaba, como si la excitación del viaje le hubiese producido una borrachera de verbosidad imposible de contener. Durante la comida había referido a Nicole que se llamaba Arminda y que vivía en Madrid, donde tenía un importante negocio.

Nicole la había observado con el mismo interés que a las otras, preguntándose qué

lugar habría ocupado en la vida de Stéfano. Por más que se esforzaba en imaginarse a una persona tan rara mezclada con él, no lo conseguía. Podía ya considerársela vieja, aunque pertenecía al grupo de mujeres que jamás habían parecido jóvenes. Figurábasela a los veinte años con aquel mismo gesto desconfiado, aquella piel sin brillo y aquel pelo desastroso, reseco a fuerza de tintes y de permanentes. Toda ella parecía estar tan seca que Nicole sentía el impreciso deseo de meterla en un baño de aceite para que recobrase su elasticidad.

—¿Borricos? —repitió—. Jamás he montado en burro y no creo que me decida ahora.

El secretario sonrió tímidamente, con el sufrimiento de un chiquillo a quien se le obligara a alternar con personas mayores.

—Mucha gente utiliza aquí los borricos. El pueblo está tan escalonado en la montaña que resulta un buen sistema para no cansarse. No hay peligro ninguno.

—Me niego. ¿No se puede ir andando?

—Tendrá que subir doscientos escalones.

—¿Doscientos escalones? ¡Qué absurdo! ¿A quién se le ocurre vivir en un nido de águilas?

—Creo que lo mejor será ir por mar —sugirió la rubia, a quien el secretario llamaba condesa—. Es un paseo un poco más largo, pero agradable. Conozco bien este lugar...

El secretario corroboró:

—Sí. Será mejor. Voy a ver si está nuestra canoa en el muelle.

Se alejó, seguido por los ojos de todas.

—Un tipo curioso —comentó la condesa.

Nicole se volvió a mirarla. Era sin duda la componente más vistosa del grupo.

—Sí —repuso—. Poco vulgar.

La condesa fumaba incansablemente, sirviéndose de una fina boquilla de oro, bellamente trabajada. Todo en la condesa era bellamente trabajado, pensó Nicole. Su traje de chaqueta beige, su sombrero con un pequeño velo, sus zapatos, su bolso, su cuerpo y hasta su espíritu. Un estilo de mujer capaz de despertar un instantáneo complejo de inferioridad entre sus compañeras de sexo.

«Demasiado fina para Stéfano —siguió pensando—. Tampoco puedo imaginarme cómo fue que...».

Pero para Stéfano no había imposibles. El Stéfano atractivo y bohemio que conociera en París muchos años antes era capaz de todo.

Tantos años... Casi una eternidad. Su vida dividíase en dos mitades: antes y después de Pierre. Y aquello ocurrió mucho antes que Pierre, en la época en que era una chica joven y alegre, llena de ambiciones, que trabajaba de camarera en un restaurante barato para poder pagarse las lecciones de baile de la Gregorovna.

Stéfano surgió en el pequeño restaurante de «Les Trois Copains» como surgían otros muchos aventureros italianos, rusos, húngaros, polacos o de cualquier otra nacionalidad, que comían un *ragout* insípido por muy poco dinero, bebían cerveza o café y daban unos céntimos al viejo Fouchard, el acordeonista, para que tocara las últimas canciones de moda.

Stéfano acudía con un grupo de gente de cine, entendiéndose por aquella definición a todos cuantos aspiraban a lograr un papel de «extra» en cualquier producción. Destacaba por su aspecto físico, que le hizo creer a Nicole que hasta aquel momento no había visto a un hombre atractivo en toda su vida. Así empezó la amistad, entre vaharadas de *ragout*, gritos de «¡Más cerveza!» y compases de acordeón. Una amistad que en seguida se transformó en amor.

«Al menos por mi parte —pensó con amargura—. Seguramente es mi sino enamorarme de hombres con incapacidad sentimental».

Pero no. No podía acusarle de incapacidad sentimental. Mientras duró, el amor de Pierre fue maravilloso. Y respecto a Stéfano...

«Quizá sea incapacidad mía —decidió con humildad—. Hay mujeres que solo somos capaces de hacernos amar una temporada». ¡Retener eternamente! Esa es la piedra angular del amor. El secreto que las hadas solo confiaron a una minoría femenina... ¿O dependería también del carácter de algunos hombres, muy pocos, que nacían con el corazón fiel?

«Al menos conseguí quedarme para siempre con Pierre», se dijo encendiendo un cigarrillo sin que sus manos temblaran por la evocación. Ninguna otra lo tendría. Sus ojos atrevidos y risueños no contemplarían con deseo a ninguna rival. Su boca no besaría otros labios. Sus manos no acariciarían ningún cuerpo.

Volvió el tormento del recuerdo, como volvía el dolor cuando algún falso movimiento hacía sangrar las heridas. Allí estaba otra vez Pierre, en la *piazza* de Portofino, con su vitalidad y su buen humor de muchacho sano, hambriento de sensaciones nuevas. Un cachorro juguetón, a veces lleno de malicia, que en el intervalo de un minuto conseguía hacerla reír o llorar. Si estuviese allí junto a ella, en aquel pequeño café de Portofino, todo resultaría diferente. El mar más azul, el cielo más radiante, las bebidas más sabrosas.

Pero no. Si Pierre estuviera allí, sentado en el café de San Giorgio, con seguridad trataría de flirtear con cualquiera de las mujeres que le rodeaban. Miró a sus vecinas y decidió que, sin duda, habría escogido a la muchacha de pelo castaño,

llamada Irene, que sin ser tan decididamente bella como la condesa, era mucho más joven y tenía todo el aspecto de un fruto dulce y sabroso.

Resultaba pálida como una perla y su reserva encantadora habría resultado incitante para Pierre. Parecía fría y lejana, pero quizá solo a primera vista. Si se contemplaban sus ojos de mirada relampagueante, las finas aletas de su nariz y el dibujo de sus labios, advertíase una extraordinaria sensibilidad y un sistema nervioso solo a duras penas dominado.

Una muchacha preciosa.

Nacarada, era la palabra exacta. Seguramente Pierre...

«¡Estúpida de mí! —se increpó—. ¿Aún sigo teniendo celos...?».

Trató de recordarle como le viera la última vez, tendido en el suelo sobre un charco de sangre, porque aquella imagen la llenaba a veces de morbosa tranquilidad.

Nunca más miraría a otra mujer. Nunca más. Ni a la chica nacarada ni...

—Cuidado. Va a volcar la cafetera.

Volvió a la realidad ante la voz de la muchacha en quien estaba pensando. La miró con odio y luego sonrió, como excusándose.

—Perdone. Estaba casi... durmiéndome.

—¿Ha venido desde muy lejos?

—Desde París. Pero cambié de avión en Marsella, para llegar en el que se me había indicado.

—Yo lo tomé en Barcelona.

—Soy la que tiene derecho a estar más fatigada —terció la condesa—. He venido desde Río.

Habían comentado ya todo aquello durante la comida, pero volvían a repetirlo, por ser su único punto de contacto.

—Yo vengo de Madrid —indicó Arminda, cuyo maquillaje empezaba a estropearse con el calor, dándole aspecto de gárgola despintada—. Ha sido mi primer vuelo. He pasado un miedo horrible. En cada bache creí que había llegado mi última hora. Cuando aterrizamos sentí deseos de arrodillarme de agradecimiento delante de los pilotos.

La muchacha nacarada rio como si la imagen de la buena señora arrodillada ante los pilotos la divirtiera particularmente. Nicole desvió la mirada por no ver su sonrisa tan atractiva, que hubiera hecho estragos en el corazón de Pierre.

La *contessa* apagó el cigarro contra su platillo de café y miró al grupo

amistosamente.

—Y aquí estamos todas ahora —comentó con desenvoltura—. Y yo me pregunto... ¿por qué hemos venido?

La pregunta directa derribó la moral de la pequeña reunión que se esforzaba en crear una atmósfera de amistosa superficialidad.

—¿Por qué hemos venido? —repitió Irene, la muchacha que despertara los celos en el corazón de Nicole. Y la piel nacarada que hacía pensar en la superficie suave de una perla se sonrojó ligeramente.

Nicole sonrió. No se sentía excesivamente turbada. El haber acudido a Portofino nada representaba en el torbellino espiritual de su vida. Llenó su vaso con el agua de la jarra y empezó a beber. Pero desistió advirtiéndole que estaba caliente.

—Supongo —dijo— que todas hemos venido por la carta. La famosa carta de Stéfano.

Era la primera vez que el nombre se pronunciaba y unas a otras se miraron alarmadas, como si alguien hubiese arrojado una bomba que fuera a estallar de un momento a otro.

La *contessa* sonrió, jugueteando con la boquilla vacía.

—Sí. La carta de Stéfano. Ahora que estamos solas, me gustaría que hablásemos un poco sobre esta carta. Supongo que todas ustedes habrán recibido una semejante. Podemos considerarla como un S O S que nos envía, con un pie en la tumba, un corazón sentimental.

—Stéfano nunca fue un sentimental —comentó Nicole con sequedad—. Me extraña que usted lo califique así.

Irene protestó impulsiva:

—Discrepo de su opinión. Jamás conocí a nadie tan absurdamente romántico. Creo que es su cualidad fundamental.

La *contessa* se echó a reír.

—¿Romántico? Al decir «corazón sentimental» intenté bromear. Dudo que haya existido en la tierra nadie tan materialista como Stéfano.

Nicole la miró, con un relámpago de sorpresa en sus ojos almendrados.

—No exageremos. Al calificarlo de materialista, uno imagina a una persona fría, y creo que precisamente lo que perjudicó siempre a Stéfano fue el desenfreno de sus pasiones.

—¡Ustedes no le conocen bien! —chilló Arminda, enderezando su sombrero. Se había pintado los labios y la pintura se le desbordaba, sobresaliendo del dibujo

natural de la boca—. Stéfano es un tipo disciplinado, recto, incapaz de perjudicar a su prójimo y con un alto sentido moral.

Esta vez Nicole se unió a la risa de la *contessa*, y como hacía muchos meses que no reía, el sonido le sorprendió tanto que cortó la risa en una nota mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Alto sentido moral? —repitió la *contessa*, abriendo su pitillera de nuevo y sin dejar de reír, como si la frase la divirtiera de una manera especial—. ¡Pobre Stéfano! Se ofendería si oyera decir eso. Presumía de maligno y peligroso. Nada le halagaba más que el oírse llamar malvado.

—No puedo creerlo —protestó Irene de nuevo. Y la blanca garganta dejó ver una contracción, como si tragara en seco—. De creerlo así, no habría venido. Durante dos años seguí su vida en América paso a paso y...

Arminda la miró de arriba abajo, como si acabase de descubrirla.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Estuvo en Venezuela con él?

Era un placer ver enrojecer aquella piel de nácar, pensó Nicole. Con seguridad, Pierre habría hecho la misma observación. También sus ojos fulguraban, indignados.

—¡No... no! Nunca estuve en América. Pero Stéfano me escribió diariamente durante... durante... —calculó, haciendo un gran esfuerzo por evocar cosas olvidadas— dieciocho meses... Tengo un maletín lleno de cartas tuyas. Nunca me decidí a romperlas. —Sonrió, como si pidiera disculpas, y la *contessa* le devolvió la sonrisa.

—Fue un amor epistolar, ¿no...?

Pensó Nicole que la chica volvería a enrojecer, pero, por el contrario, agradeció la sugerencia.

—Exactamente. En realidad solo nos vimos unas cuantas veces antes de su marcha.

Se contuvo. A pesar de su recelo, Nicole pensó que era la más sincera y espontánea del grupo. Mucho más que aquella bruja mal pintada y que la enigmática *contessa*, que parecía contemplar la vida con la expresión burlona del domador que conoce a fondo los resabios del tigre, a quien los demás temen.

Y mucho más sincera incluso que ella misma, que jamás se rebajaría a contarles a las otras lo que Stefano había significado durante los años de vida en común, transcurridos en el pisito bohemio de la *rive gauche*, su vida agitada, sus luchas para conseguir un contrato en el cine, las horas de alegre camaradería y también las de vehemente pasión. Nunca había hablado a nadie de todo aquello, ni siquiera a

Pierre, que, sin embargo, creía conocer todos sus secretos, ya que tenían a gala haberse referido mutuamente sus vidas durante la primera entrevista. Pero era duro para una mujer el contar cómo dio todo a un hombre, incluso sus ahorros, acumulados a fuerza de fatigoso trabajo, para que él desapareciese al cabo de unos cortos años sin una explicación, dejando solo unas líneas garabateadas en un papel colocado sobre los bollos del desayuno.

Adieu, ma belle.

Adiós, guapa mía... Así, tranquilamente, se había alejado. Ahora, al cabo de los años, daba noticias, mandándola llamar... porque creía estar a punto de morir y deseaba tener junto a su lecho a las personas a quienes había amado mucho.

Acudía en respuesta a una llamada que ya no hallaba eco en su corazón, en el que solo Pierre podía reinar. Pierre y su tragedia. Pero allí estaba, a pesar de todo, por curiosidad y porque no tenía otra cosa mejor que hacer y le habían pagado todos los gastos de viaje.

Y allí estaban también aquellas otras tres mujeres, a las que probablemente dejaría plantadas del mismo modo, con otras líneas —*adieu, ma belle*— colocadas sobre bollos..., quizá para endulzar el adiós.

El hecho de que hubiese dejado el papel sobre los bollos habíala hecho reír pasado el dolor agudo del desengaño. Bollos y adioses.... Los bollos le quitaban todo romanticismo al adiós, como si le dijeran: «Come y olvida».

Fue exactamente lo que hizo. Se comió los bollos y borró a Stéfano de su corazón... suponiendo que alguna vez hubiese estado en él. Ahora sabía que únicamente se adueñó de sus sentidos. Era demasiado joven y sin experiencia en aquel tiempo.

Una historia pasada... Pero estaba en Portofino esperando ver a Stéfano. Un Stéfano con veintitantos años más, enfermo y millonario.

Un Stéfano que ordenó a aquel secretario de ojos extraños que escribiese una carta a cada una de las mujeres a quienes amó en su vida.

Quizá incluso hubiese dicho «a las mujeres a quienes amé locamente», porque Stéfano, como buen italiano, era muy dado a dramatizar.

Y para asegurarse de que todas acudirían, hizo incluir unos renglones tremendamente expresivos:

«...el señor Stéfano Lurati permanece soltero y sin herederos... Consiguió reunir una inmensa fortuna y a la hora de hacer su testamento recuerda a los seres a quienes amó, deseando tenerlos a su lado durante el espacio de una semana, poniendo a su disposición su residencia de Portofino...».

La fórmula mágica. Todas estaban allí. La muchachita joven, de mirada pura, a quien Stéfano doblaría la edad. La vieja, a quien seguramente pediría ayuda en algún año azaroso de su existencia. La dama refinada del gran mundo. Y ella misma, la chica bohemia que le ofreció el tesoro de su primer amor y a quien él abandonó con una frase burlona:

Adieu, ma belle...

Pero, claro... endulzada con bollos.

VIII



ARMINDA

También era la primera vez que se embarcaba, pero no pensaba decírselo. Estaba decidida a no hacer ninguna confidencia más. Trataba de fingir que el atravesar la bahía en aquel débil cascarón de la canoa suponía un deporte habitual en su agitada vida de mujer de negocios. Pero como nunca hasta entonces se había movido de Madrid, su contacto con el agua se limitaba a domingueras contemplaciones del estanque del Retiro, en unión de Blanquita, en quien prefería de momento no pensar.

Al aceptar la invitación sorprendente y cariñosa de Stéfano, había aceptado la aventura. Por ello no pudo rehusar el pasaje de avión que le mandaron, ni tampoco el embarcar en aquel inestable armatoste cuyo motor vigilaba un hombre moreno, de brazos tatuados, que parecía un antiguo corso escapado de un libro de Salgari.

El agua de la bahía apenas se agitaba, pero, sin embargo, la impresión de peligro que sintió ya en el avión volvía a hacerse tangible, desordenando su estómago.

Era difícil pasar de golpe, de una vida monótona y sin sorpresas, a aquella excitante peregrinación por un mundo de ensueño, a cuyo final la esperaba Stéfano. Se sentía fuera de sí, pero no quería que las otras lo notaran. Ni tampoco aquel secretario que parecía una figura exótica tallada en madera, con voz dulce y ademanes tan reposados que le daban ganas de sacudirle.

No simpatizaba con sus compañeras, por supuesto. Con ninguna de ellas. A pesar de que en la carta constaba que otras señoras serían también invitadas a la «Casa della Rocca», Arminda estaba convencida de que la persona realmente importante para Stéfano era ella, siendo absurdo que las otras imaginaran tener los mismos derechos para ser amorosamente recibidas.

Ninguna conocía a Stéfano, al auténtico Stéfano cuyo corazón no le escondía sus secretos. Durante años y años había confiado, sabiendo que algún día daría señales de vida. No quería oír a Blanquita, a quien el despecho incitaba a decir atrocidades acerca del hombre que la postergó por otra.

Durante los primeros tiempos, a raíz de la partida de Stéfano, Blanquita se convirtió en un odiado gramófono que repetía incansablemente una frase cruel:

«Te lo advertí..., te lo advertí..., te lo advertí...».

Solo al cabo de muchos meses firmaron la paz, prometiéndose no volver a mencionar «el asunto Stéfano». Pero ahora comprendía que «el asunto Stéfano» fue como un globo que flotaba ante ellas, un globo que la simple llegada de una carta hizo estallar estrepitosamente al cabo de mucho tiempo.

Cerró los ojos afligida, como si de aquel modo pudiese evitar el recuerdo de la asombrosa metamorfosis de Blanquita, la suave y dulce Blanquita, convertida en un histérico y amenazador monstruo rugiente, que la auguraba toda clase de castigos si acudía a la llamada de Stéfano.

Dos personas vivían la vida entera en estrecha unión, creyendo conocerse totalmente, y de pronto se descubrían como dos antagonistas llenas de ocultos rencores y de dolorosos celos.

¿Era posible que a Blanquita le hubiese hecho tanta mella aquel antiguo asunto como para que incubase en su pecho la loca rabia que le impulsó a dar a su hermana mayor una sonora bofetada?

Sí. Habíale dado una terrible bofetada. A ella, a Arminda, a quien siempre pareció respetar. Una bofetada que le hizo sentir que el mundo se desplomaba sobre su mejilla. Fue ella sola quien se desplomó sobre el sofá del salón, mientras Blanquita se largaba dando un portazo.

Una bofetada reincidente..., ya que muchos años atrás le dio otra. Y ambas por culpa de Stéfano.

No quería hacer examen de conciencia para no tener que decirse que las dos bofetadas estuvieron justificadas. Era imposible detenerse a analizar la vida. El «porqué» y el «cómo» las cosas sucedieron eran aún una incógnita cuya responsabilidad prefería dejar en manos de la Providencia.

Stéfano había sido «su Destino». Lo que en las novelas se describía como el «hombre de su vida». Durante mucho tiempo vivieron dedicados el uno al otro. O al menos ella vivió dedicada a él.

Blanquita no comprendió quizá la agonía que supuso la separación... La llamaba «separación» porque jamás en sus pensamientos pudo calificarla de «ruptura», ya que Stéfano nunca le dijo adiós, sino «hasta luego». Confió siempre. Sabía que era un hombre honrado que procuraría devolverle el dinero que le había prestado. Un préstamo del que Blanquita jamás tuvo la menor idea, naturalmente.

Ahora, cuando ya el tiempo parecía haber curado las heridas, cuando creía que ya nada le haría salir del letargo de su vida monótona y bien ordenada junto a

Blanquita, volvía a surgir Stéfano, como una antorcha humeante que incendiara la paja seca de su existencia de solterona.

Y allí estaba, en la bahía de Portofino, dirigiéndose a su encuentro. ¿Le encontraría tan enfermo como la carta hacía suponer? El secretario le dijo que se trataba de una grave lesión cardíaca, que sufría alternativas de mejoría y decaimiento. Últimamente tuvo un ataque peligroso y mandó escribir las cartas de llamada.

Miró a las tres mujeres que se sentaban junto a ella y trató de disimular su desagrado. Tres mujeres antipatiquísimas, en opinión suya. ¿Cómo habrían podido gustarle a Stéfano? ¿En qué época? Sospechaba que todas ellas estarían haciéndose la misma pregunta: «¿Antes o después que yo...?».

Trataría de no dejarse abatir. Stéfano le pertenecía. Nada importaba lo demás.

Por su culpa se había quedado soltera. Claro que ningún otro hombre le había hecho la menor insinuación, pero teniendo una agencia de matrimonios, fácilmente hubiera podido quedarse con algún cliente de los más agradables. Ella no era como Blanquita, carente de atractivos.

Sacó un espejito de bolsillo y se miró. Aquel sombrero azul marino era muy mono y también el traje sastre gris que adquiriera tan rápidamente como el resto del equipo, porque al tratar de ir hacia la aventura comprobó que no tenía un mal trapo que ponerse.

Por suerte, habíaselo confeccionado todo muy de prisa una antigua cliente, modista de profesión, a quien casó con un guardia civil retirado, que tenía un estanco. Fue una boda brillante y la mujer le estaba agradecida.

Sabía que Blanquita tenía echado el ojo a aquel estanquero, quien a su vez no le ponía mala cara, pero de ningún modo hubiera permitido que su hermana se casara, estando ella soltera. Hizo intervenir a la modista, que era una viuda hermosa y risueña, y la pobre Blanquita quedó fuera de combate.

Blanquita tenía tan poco gancho...

Ni siquiera en la época en que conoció a Stéfano.

Tanto tiempo, desde entonces... Ocurrió a raíz de la muerte de su madre y durante un corto viaje que Arminda tuvo que realizar para dar descanso al hígado con las aguas de un balneario. Al regresar a Madrid, Blanquita abrió la puerta, excitada, con un rostro en el que algo había variado por completo.

—¡Tenemos un alojado! —gritó—. Conseguí alquilar el gabinete de papá.

El gabinete de papá había sido, desde su muerte, el cuarto de los trastos, y a menudo hicieron proyectos de arreglarlo convenientemente para tratar de

alquilarlo a algún caballero de serias costumbres y de cierta edad. Blanquita había aprovechado la primera oportunidad que le brindó su ausencia para poner en práctica tan revolucionarias ideas.

En lugar de esperar a que apareciese el respetable caballero de barba blanca que ambas idealizaran, admitió a un hombre joven y encantador.

A Blanquita se le hacía la boca agua describiéndoselo. Le brillaban los ojos, le brillaban los dientes, le brillaba la piel cuando hablaba de él.

No pudo, por supuesto, admitir de buen grado semejante novedad porque no le gustaba aceptar las decisiones de su hermana menor. Mantuvo una actitud fría y reservada con el alojado, observando cómo el enamoramiento de Blanquita aumentaba hora por hora.

Una noche él las invitó al cine y se sentó junto a su hermana. Se sintió humillada de que la gente creyera que «llevaba la cesta» y juró no volver a salir con ellos. A la vez juró también solemnemente que aquel asunto no continuaría. Era absurdo. No parecía posible que un hombre tan interesante como el italiano tuviese el menor interés por una criatura insípida como Blanquita. Estaba dispuesta a hablarle en la primera oportunidad y preguntarle: «¿Cuáles son sus intenciones? Le advierto que somos dos muchachas honradas».

La palabra «muchachas» no era exactamente la que convenía, porque ambas tenían ya entonces suficiente edad como para tener hijos haciendo el servicio militar, pero eran solteras y vírgenes.

Sí. Hablaría con Stéfano en cuanto estuvieran a solas. No llegó la esperada oportunidad, sino una fiebre tifoidea que atacó primero a Stéfano y luego a Blanquita. Una época terrible en la que tuvo que multiplicarse llevando medicinas y tisanas de un cuarto a otro.

Pero allí empezó *todo*.

Evocando aquella temporada, Arminda sonrió para sí mirando sin verlo el cielo azul de Portofino y el pueblecito escalonado en la montaña. El moreno pirata que gobernaba el timón señaló, con un dedo manchado de nicotina, un promontorio rocoso sobre el que se elevaba una iglesia.

—San Giorgio —explicó.

Sí. Fue a aquel bendito tifus al que se debió el que Stéfano le entregara su corazón. Durante dos meses le cuidó, luchando por su vida, sin que la pobre Blanquita, debatiéndose con sus correspondientes microbios, tuviera la menor intervención.

Cuando su hermana se levantó convertida en la caricatura de un fakir, comprendió que, una vez más, Blanquita estaba fuera de combate. Arminda le arrebató su presa, que, convertida también en una espina, carecía de energías para

todo lo que no fuese aceptar caldos de gallina y lonchas de jamón.

Durante las largas veladas de la convalecencia, Stéfano fue contándole su vida de hombre luchador y sin fortuna, que trataba de abrirse paso honestamente. Arminda habíase conmovido, vertiendo lágrimas en abundancia durante ciertos pasajes de la narración, en los que él confesaba haber pasado un hambre cruel. Para resarcirle, servíale las mejores pechugas de gallina a escondidas de Blanquita, que comenzaba a sentir celos, convirtiéndose en una arpía.

Por fortuna, su madrina, la excantante de ópera, que vivía retirada en una finquita de Guadalajara, creyó conveniente llevársela para que recobrara fuerzas. Y Blanquita se fue, no sin soltar antes cuatro frescas a su hermana y darle la primera bofetada de la serie, llamándola «ladrona de novios».

Una frase de muy mal gusto, teniendo en cuenta que Stéfano jamás fue novio suyo.

Tampoco sabía cómo podían calificarse sus amores con él. ¿Noviazgo? Para considerar a un hombre como novio, era preciso que él se hubiese «declarado», pidiendo relaciones.

Y Stéfano nunca se declaró y jamás le pidió nada. Claro que era extranjero y sus costumbres un poco diferentes. Sin necesidad de declaración se fue haciendo habitual el que le contara sus luchas diarias en busca de empleo y las injusticias que le hacían en la oficina —una vez que lo encontró—, sus dificultades y sus ambiciones... Era mucho más joven que ella, pero nunca pareció darle importancia a aquel detalle. Algunas veces la invitaba al cine y en diversas ocasiones tuvo la deliciosa sinceridad de pedirle dinero prestado, que casi siempre le devolvía.

Al regresar Blanquita al redil, Arminda tomó toda clase de precauciones para que ignorase que el alojado no pagaba generalmente el alquiler del cuarto, ni su comida, a pesar de que engullía con un apetito feroz los guisos especiales que Arminda le preparaba.

En aquella época empezó a estar en auge otra vez la Agencia de matrimonios, que había decaído tras la muerte de su madre. El negocio desvió algo el interés de Blanquita sobre «el asunto Stéfano», que, sin embargo, continuó siendo como una bomba de explosión retardada.

Arminda comenzó a insinuar a Stéfano lo práctico y cómodo que sería para él casarse con ella. Tenía un buen piso, un buen negocio y algún dinero en el banco. Pero Stéfano se ofendió y lleno de grandilocuencia aseguró que no permitiría que una mujer le mantuviera —aunque en realidad era lo que estaba ocurriendo hacía meses— y que pensaba irse a Venezuela, donde tendría probabilidades de hacerse rico rápidamente, para regresar y depositar una fortuna a sus pies.

Al principio, Arminda se rebeló ante la idea del viaje. Después, conforme el tiempo

iba pasando, Stéfano se tornó impaciente y malhumorado. Por temporadas, apenas le dirigía la palabra y en cierto día cruel le dijo cosas desagradables y le dejó los dedos señalados en el brazo.

Terrible. Por fortuna, Blanquita tampoco lo supo.

Ni tampoco se enteró de que su hermana le prestó finalmente el dinero para que realizase su ambicionado viaje. Pero, a su vez, Arminda ignoró hasta mucho después que, en lugar de irse directamente a Venezuela, Stéfano había permanecido aún un año en Barcelona, tentando suerte y sin dar señales de vida.

Aunque, al fin, le escribió un día desde tierras lejanas dándole cuenta de que estaba luchando por ver realizados los proyectos de que hablaran.

Después... un silencio absoluto, que obligó a Arminda a dar por perdidos los miles de pesetas que había prestado y el amor que puso en el italiano.

Pero quizás ahora llegase el desquite. Un desquite que le costó otra bofetada de Blanquita, quien con expresión furibunda la amenazó con estas palabras:

—¡Si acudes a la llamada de Stéfano, juro que jamás volveré a considerarte hermana!

Arminda se había encogido de hombros. ¿De qué modo podía considerarse a una hermana sino como a una hermana?

Blanquita era decididamente tonta.

IX



IRENE

El desembarcadero era grande y tenía una especie de caseta en la que se guardaban botes y trajes de baño.

Irene pensó:

«En la primera oportunidad que tenga, bajaré aquí y me chapuzaré en el mar».

Lo había estado deseando desde que la bahía de Portofino, tranquila y azul como un lago, apareció ante sus ojos sorprendidos.

La encantaba todo: la limpidez del ambiente, la belleza del pueblo, las montañas salpicadas de chalets cubiertos de flores, los olivos agitados por el viento, las iglesias de San Giorgio y San Martino y la vista del golfo, con Rapallo al fondo.

«Quisiera estar tranquila para poder disfrutar de este ambiente de paz», pensó.

Pero no lo estaba. Sentía los nervios a flor de piel, mientras subía, detrás del secretario de Stéfano, los escalones que, abiertos en la roca viva, conducían a la casa. Detrás de ella podía oír las respiraciones agitadas de las otras mujeres, cansadas por el esfuerzo y por la emoción. Las compadeció, porque ella estaba libre de las dos cosas. Ni se sentía cansada ni estaba emocionada ante la idea de ver a Stéfano. Su nerviosismo tenía otro motivo.

A mitad del camino y para conmemorar los primeros veinticinco escalones alzabase una pérgola cubierta de rosas trepadoras que le hizo lanzar una exclamación de grata sorpresa. Desde allí la perspectiva aún parecía más bella, y un banco de madera rústica, colocado estratégicamente, invitaba a sentarse, a contemplar y a meditar.

Pero apenas se detuvieron porque sus compañeras no prestaban atención al paisaje, deseando llegar a la meta que se les ofrecía como un apasionante enigma.

¿Cómo encontrarían a Stéfano? ¿Cómo las recibirla? ¿A cuál acogería con mayor efusión? ¿Quién sería la favorita del harén?

Sonrió para sí misma. Todas las preguntas la divertían sin angustiarla.

Se avergonzaba de pensar que no acudió a Portofino para acompañar a un moribundo en sus últimos momentos, sino porque la carta mencionaba las palabras «testamento» y «dinero». Aquel dinero que tanta falta les hacía a Carlos y a ella para poder ser dichosos.

¿Qué importaba la procedencia de tal dinero? Carlos nunca lo sabría. Además, nada inconfesable hubo nunca entre Stéfano y ella.

Rezó mentalmente, posando los ojos en la capilla de San Martino, que se divisaba entre los chalets.

—Dios mío... No permitas que Carlos se entere jamás de este asunto... No permitas que esta aventura me cueste un disgusto... No permitas que...

—Ya llegamos —anunció el secretario, que no perdió ni su estereotipada sonrisa ni su aspecto tímido. Ahí está la casa.

Se alzaba sobre un llano en el que consiguieron crear un jardín de indescriptible belleza. Cipreses y abetos se entremezclaban, asomándose al mar, y planteles de flores diversas perfumaban intensamente. Había un bosquecillo de melocotoneros y cerezos cargados de fruto y una enorme terraza de mármol blanco, rodeada de estatuas, semejando turistas curiosos que no quisieran perderse el espectáculo sorprendente del golfo.

El sol del atardecer arrancaba reflejos rojizos de los cristales de las ventanas, como si la casa estuviese incendiada, y la enorme enredadera de buganvillas, de un tono carmesí, destacaba sobre la fachada blanca, trepando hasta el primer piso.

—Es una de las villas más agradables de Portofino —comentó el secretario, alentador.

—Agradable —repitió Irene con ironía, pensando en su «villa» de Sarriá, con los planteles de geranios y el almendro famoso, que empezaba a secarse ante la desesperación de la abuela.

A aquella misma hora, la abuela estaría sentada bajo su escasa sombra, haciendo punto de media y gritando de vez en cuando a Pepa que no se olvidase de lavar las camisas de Carlos, o que no dejase de comprar los huevos para el ponche de Carlos. Para la abuela, el discutir con Pepa era un placer de dioses. La divertía más que una sesión de cine. Decía a Pepa cosas horribles, la llamaba «carne de horca» y acababa invariablemente la retahíla con la frase de que «tener criados es meter al enemigo en casa».

Lo extraño era el que Pepa quisiese más a la abuela que al resto de la familia, que jamás la regañaba. A la abuela únicamente refería sus penas y la propia abuela era quien la cuidaba en cuanto Pepa caía en cama con una de sus inevitables crisis de

amígdalas. Quizá las generaciones anteriores supieran tratar a los criados con más acierto que las actuales... a pesar de lo de «carne de horca» y lo del «enemigo en casa», que a Pepa le entraba por un oído y le salía por el otro.

A aquellas horas Carlos estaría en la oficina, en la adorada oficina por la que se le desatara tan frenético entusiasmo, con el amigo Luis, a quien Irene, por fin, conoció, y con quien no simpatizaba lo más mínimo. Pertenecía a una clase de hombres para quienes las mujeres eran únicamente un confort doméstico al que no se debía conceder ninguna prerrogativa en la vida de «puertas afuera». Apenas le prestó la menor atención la tarde en que se reunieran en un café, absorbiéndose con Carlos en una apasionante cuestión sobre publicidad, en la que no le permitieron meter baza.

Sin embargo, había aceptado la invitación de Stéfano para ayudar a Carlos. Si consiguiera en realidad algún dinero, lo dedicaría a la cuota que Carlos necesitaba para asociarse con Luis en la empresa. Entonces Carlos ganaría mucho dinero y podrían casarse y vivir, ¡por fin!, como príncipes.

Y ella no tendría que volar más.

Volar... Hasta Génova había ido en un cuatrimotor de su propia compañía y por lo tanto no había pagado el pasaje. Como de todos modos el secretario se lo había enviado, lo vendió en Barcelona y con el dinero se compró un par de vestidos.

Conocía, lógicamente, a los pilotos y a toda la tripulación de a bordo, que le gastaron bromas sobre sus ocho días de vacaciones en la Riviera italiana, sin sospechar el motivo que le hizo escoger aquel lugar para su descanso. Confiaba en que nadie lo sabría nunca. Especialmente Jaime, que seguiría aquella semana haciendo el itinerario Barcelona-Marsella-Roma, preguntándose qué mosca le habría picado a Irene para pedir ocho días de permiso por motivos familiares.

La abuela y Carlos la creían en Madrid, acompañando a «la anciana señora a quien servía de secretaria». ¡Siempre mentiras! Estaba tan fatigada de ellas, que a veces le producían crisis de nervios.

Había salido de «Los Almendros» tres días antes, y se había refugiado en Barcelona en el piso de una amiga, para hacer sus compras y arreglarse unos vestidos. Tres días ya sin ver a Carlos.

Salieron dos criados de la casa, un hombre y una mujer que hablaban en italiano con el barquero y con el secretario, diciendo que había llegado el equipaje transportado por los mulos minutos antes.

Y con saluciones de *buona sera*, *signore*, y sonrisas amables, avanzaron por el espacioso vestíbulo, con suelo de pizarra blanca y negra, en donde estaba servido un refresco para la que quisiera tomarlo antes de dirigirse a los pabellones respectivos, que, desperdigados por el jardín, constituían sus alojamientos.

Irene no quiso beber nada y se limitó a contemplar los bellos muebles lujosos, sin estilo determinado, los lienzos que colgaban de las paredes y las alfombras que apagaban el rumor de los pasos. Decidió que la casa le gustaba.

¿En qué habitación estaría Stéfano escuchando quizá el eco de las voces de sus cuatro invitadas, «de las cuatro personas a quienes más amara en la vida», como un Barba Azul sentimental que, en lugar de sucumbir bajo los aceros de los valientes hermanos de su última esposa, tuviera tiempo de arrepentirse y de hacerse perdonar con un simpático gesto de contrición?

Le resultaba difícil imaginarse a Stéfano como a un peligroso Barba Azul. Para ella fue únicamente una buena persona sin grandes complicaciones y más bien inofensiva. Le conoció cuando acababa de cumplir los dieciocho años y tomaba clases de taquigrafía en una academia. No podía evocar el modo de conocer a Stéfano sin reírse, porque fue una situación bastante divertida. Ocurrió a las nueve de la mañana y bajo una lluvia torrencial.

Calada hasta los huesos, no había conseguido coger el autobús ni el tranvía que la llevaría a la academia, justamente el día en que tenía que examinarse. Exasperada, tuvo que tomar un taxi.

Subió al taxi, se sacudió como un perrillo mojado y contempló durante un buen rato las anchas espaldas del chófer, que, de pronto, volvió la cabeza, dejándole ver un perfil sorprendente, sonrió y comentó en un español casi perfecto:

—Esto es lo que en mi tierra llamamos *piovere a catinelle*... Llover a chaparrón.

Era Stéfano. El guapo Stéfano, por aquel entonces chófer de taxi.

Comenzaron a hablar, e Irene comprendió en el acto que no era un chófer corriente. Nada corriente. Hablaba de otros países, de otras gentes, de ambientes lujosos. Aseguraba haber vivido mucho y se quejaba de la mala suerte que le perseguía. Desde Sarriá hasta las Ramblas le contó parte de su vida, una narración que para sus oídos tenía aspectos de epopeya heroica. La niñez, en un idílico rincón de Italia, en una casa principesca. La repentina muerte de su madre, la ruina de su padre, la orfandad, la miseria, el abandono..., la lucha por obtener un mendrugo de pan, los empleos indignos de su alta categoría..., las lágrimas sorbidas en silencio.

Al llegar a la plaza de Cataluña, Irene ya no pensaba en el examen de taquigrafía, sino en aquel personaje casi legendario que salpicaba sus parrafadas con dulces palabras italianas.

—A menudo he visto a la *signorina* salir de casa, siempre a la misma hora. Encierro el coche muy cerca. Tengo también un cuarto alquilado por allí. Desde el primer instante me fijé en la *signorina*, tan seria y tan *pensosa*..., pensativa, quiero decir. Y tuve deseos de preguntarle:

Carina, sempre pensosa. Che cosa pensa?

Pronunciaba las eses con una suavidad escalofriante. Y así comenzó todo. Nunca más tuvo que tomar el autobús ni el tranvía para ir a la academia. Stéfano la esperaba con el taxi y la llevaba sin cobrarle nada, porque aseguraba que de todos modos tenía que ir hacia el centro. Solían reunirse en la plaza de la Bonanova, lejos de las miradas de la abuela, que jamás hubiese permitido su amistad con un chófer de taxi, por muy príncipe italiano que su nieta le considerara. Y así, sorteando el tráfico callejero, parándose ante las señales luminosas, atentos a las indicaciones de los guardias, comenzó aquella especie de absurdo enamoramiento, rodeado de un halo de romanticismo, de inquietudes y de novedad. Los dieciocho años de Irene convertían la gorra de taxista en el uniforme glorioso de un ser superior que soportaba el yugo de la vida con sonrisa desafiante. Escuchaba las quejas de Stéfano y su corazón sufría por él. Un domingo la llevó de excursión al campo, y allí le confesó su amor y su deseo de conseguir un importante puesto en el mundo para ponerlo a sus plantas. Evocando aquel lejano instante, Irene creía aún ver el rostro moreno de Stéfano bañado por el sol, sus ojos suplicantes y el oscuro cabello despeinado por el viento. Recordaba el contacto de sus fuertes dedos, apretándole un brazo.

Carina..., carina, sempre pensosa. Che cosa pensa?

¡Aquella infinita suavidad de las eses! Siempre conseguía ponerle la carne de gallina.

No pudo aceptar abiertamente su amor, comprendiendo que les quedaba aún un largo camino por recorrer, y acordó con Stéfano que iniciarían por un porvenir mejor, sin comprometerse en noviazgos.

En realidad, fue Stéfano quien en aquel amorío puso la mayor parte. Limitose ella a aceptar su apasionamiento, halagada de que un hombre tan interesante, con más de treinta años, pareciese tan entusiasmado. Invariablemente se veían por las mañanas al ir a la academia y a veces, si el servicio se lo permitía, también iba a recogerla. Por las tardes, cuando ella no encontraba algún pretexto para salir, veíalo pasar y repasar con el taxi, tocando el claxon para que se asomara a la ventanilla del desván y desde allí le hiciese algún gesto de saludo. Malgastaba la gasolina de su patrón rondándole la calle como un estudiante de pocos años que no tuviese nada mejor que hacer.

Irene, en aquel desván de casa de la abuela, lleno de trastos inútiles, muebles deteriorados, álbumes con fotografías amarillentas, maniqués de cartón con cintura de avispa y ampulosas caderas, un gramófono antediluviano, una radio de galena y mil rarezas más, veía pasar al romántico italiano de ojos negríssimos y voz acariciadora, y se consideraba heroína de novela. Fue de aquellos labios, sensuales y bien dibujados, de los que recibió el primer beso, un beso que la dejó trémula y

asustada, con un concepto nuevo de la vida, como si por el simple hecho de haber sido besada por un hombre, el mundo hubiese adquirido diferente aspecto. Un beso que simbólicamente rompió la urna de cristal en la que la abuela la había metido.

Comparándolo con el amor que ahora sentía por Carlos, se daba cuenta de que jamás estuvo enamorada de Stéfano, sino enamorada del amor, de la novedad que introducía en su existencia, e incluso enamorada de la dulzura de sus eses. Desde el principio había faltado algo. Stéfano necesitaba una oyente que le escuchase en éxtasis, una especie de muro de lamentaciones, pero jamás correspondía recíprocamente interesándose por los asuntos de ella, preguntándole detalles sobre su vida familiar, o sobre aquella academia de taquigrafía ante cuya puerta se detenía tantas veces.

Inesperadamente ocurrió la catástrofe. La abuela se enteró de todo gracias a los buenos oficios de una conocida, propietaria de la confitería de la plaza ante la que el taxi esperaba cada mañana la llegada de su romántica cliente.

En aquel tiempo, casi diez años antes, la abuela tenía todas sus energías intactas. El regaño que dedicó a su nieta tuvo características de terremoto, tifón o cualquier otra fuerza destructora de la naturaleza. Irene se vio obligada a suspender las clases de taquigrafía y a permanecer encerrada en casa, saliendo tan solo a misa o a alguna sesión de cine con la abuela, que, al comenzar la proyección, ponía en sus manos un cartucho con almendras garrapiñadas y se dedicaba a comer las suyas, con gran crujido de papeles y de batalladores dientes postizos.

Entre tanto, el claxon del taxi sonaba a lo lejos como un lamento sin esperanzas.

El encierro duró mes y medio. Más que la paciencia de Stéfano, que, tras escribir amenazadoras cartas asegurando que asaltaría la casa, para raptarla, se despidió, al fin, con una breve y desgarradora misiva, salpicada de faltas de ortografía, anunciando su marcha a Venezuela para ganar una fortuna que le permitiera regresar victorioso.

Irene vertió unas lágrimas y a la vez sintió una inconfesable sensación de alivio, porque el ambiente de su hogar habíase convertido por culpa de Stéfano en algo muy desagradable.

Mostró la carta de despedida a la abuela y le fue mostrando también las que fueron llegando con sellos americanos que hablaban de miseria, luchas, fracasos, esperanzas y pequeños triunfos. Durante dos años Stéfano escribió diariamente y la abuela llegó a interesarse de tal modo por aquellas narraciones que abrían ancho campo a su imaginación exaltada, que acechaba la llegada del cartero y se ponía furiosa cuando la correspondencia se retrasaba.

Más furiosa que su nieta, en quien el recuerdo de Stéfano se esfumó mucho antes de que cesara por completo la correspondencia.

Pero ahora, al cabo del tiempo, hallábase en Portofino, en respuesta a la llamada de un Stéfano millonario, que ya nunca conseguiría ponerle la carne de gallina con sus eses maravillosas.

El criado la acompañó por el jardín hasta uno de los pabellones de invitados. Una especie de chalet diminuto, completamente independiente, que la encantó.

—La cena se servirá a las nueve, *signorina*.

—Gracias.

Se quedó sola, en el dormitorio coquetón, encantada de disponer también de un cuarto de baño para su uso exclusivo. Sobre un sillón estaba su maleta y junto a ella, en una mesita, un gran jarrón lleno de rosas. Sobre ellas una tarjeta con unas líneas en las que reconoció la ya casi olvidada letra de Stéfano:

Carina, sempre pensosa. Che cosa pensa?

«¡Bien venida a la Casa della Rocca!»

X



ELENA

La sensación de odio era amarga y destructora. Se adhería a la piel como un gas pegajoso que lo envenenara todo. Odiábase a sí misma por estar allí, accediendo a los deseos de los dos hombres que jugaron un papel preponderante en su existencia.

Pensando en ellos sonrió con amargura mientras recorría el teclado del piano, arrancándole muy bajito las primeras notas del *Impromptu*. Había llegado con anticipación para la cena porque aún no eran las nueve. Pero abandonó el pabellón que le correspondía y había paseado por el jardín, entrando al fin en el vestíbulo de la casa y de allí al salón vacío.

El criado había acudido solícito a ofrecerle un Martini y con la copa en la mano salió a la terraza, pero no pudo soportar mucho tiempo el espectáculo de aquella bahía que le recordaba tantas cosas...

El mobiliario de la villa había cambiado, pero el jardín y la perspectiva continuaban idénticos. Mientras subía, a la llegada, los escalones que separaban el edificio del embarcadero, recordó una noche muy lejana en que los descendió con el corazón temblando de miedo y de esperanza. Una noche maravillosa. La única noche maravillosa de toda su vida.

Las notas del *Impromptu* parecían despertar ecos dormidos. En otra época, hubo también un piano en aquel mismo sitio. Pero, naturalmente, no era el mismo piano. Y también había un espejo veneciano, exacto al que ahora colgaba en idéntico lugar y que reflejaba su imagen, con el vestido topacio que había elegido para la cena.

La luna de aquel otro espejo reflejó la imagen de una adolescente que estudiaba trabajosamente a Chopin, dirigiendo furtivas miradas al jardín, tratando de vislumbrar la silueta del muchacho que llenaba su vida de fantásticos sueños.

Sí. La luna del espejo reflejó muchas fases de su vida de colegiala en vacaciones de verano, hasta llegar a aquel momento crítico en que se sintió locamente enamorada. Estúpidamente hechizada por Stéfano. Aquella fase en la que en la actualidad solo

podía pensar como quien evoca los episodios de una gravísima enfermedad casi mortal, que deja eterna huella en el cuerpo, invalidándolo para siempre. Dino había recogido, a cambio de dinero, los despojos de aquel cuerpo inválido.

Dino...

También la terraza bañada por la luna le hablaba de Dino y de la víspera de su boda, en la que ella le había gritado que jamás, jamás, jamás podría amarle, oyendo a continuación su risa y su voz burlona:

—¿Y para qué necesito yo tu amor, joya mía?

Al menos, Dino y ella no se habían engañado nunca. Sabían a qué atenerse el uno con respecto al otro. Y juntos arrastraron una existencia vil, mientras papá y mamá se frotaban las manos satisfechos por haber casado a la niña con un conde..., a pesar del escándalo.

Un conde arruinado, que recibió con alborozo la espléndida dote. Pero un conde, al fin, guapo y arrogante. Sí. Estúpidamente guapo y odiosamente arrogante. Recordando la tormentosa discusión sostenida en Río se sentía inmensamente avergonzada, sucia de odio por dentro y por fuera. Durante años y años vio a Dino cometer acciones bajas, pero aquella de obligarla con entusiasmo a aceptar la invitación de Stéfano, para que tratase a toda costa de sacarle algún dinero, superaba lo que creyera insuperable.

De mutuo acuerdo habían abandonado Río en dirección al «posible negocio de Europa».

En dirección a Stéfano.

Durante todos aquellos años, el recuerdo de Stéfano había sido como una herida candente en su corazón, un recuerdo que le creó el más cruel complejo de inferioridad, para librarse del cual se había complacido en jugar con los hombres, enamorándolos sin llegar a corresponderles jamás.

Dinero... Era curioso el importante papel que el dinero jugaba en su vida. Por dinero la había abandonado el muchacho a quien adoraba. Por dinero la convirtió en su esposa otro a quien jamás amó. Y todos los demás hombres que con mayor o menor intensidad se aproximaban a su vida, pusieron sus fortunas a sus pies, sin que tuviera para ellos el menor sentimiento de piedad o de afecto.

Maldito dinero...

La «Casa della Rocca» había pasado a poder de Stéfano por virtud también del odioso dinero. Precisamente la «Casa della Rocca», entre todas las casas del mundo. El desquite de Stéfano. Un gesto muy propio de él.

Hacía ya muchos años que la casa dejó de pertenecer a la familia. La muerte de los

padres había dividido la escasa restante herencia entre hermanos y sobrinos, perdidos por muchos países. La fortuna de los Silvani podía considerarse prácticamente desaparecida ya, en vida de ellos. Las deudas acabaron con el resto.

La «Casa della Rocca», residencia veraniega de la familia de Elena, fue vendida en unión de la casa de Génova y de la quinta piamontesa. El dinero que a Elena le correspondió fue malgastado por Dino en un desastroso negocio de fábricas de hielo en Panamá.

Un negocio fresco, que se derritió en pocos meses.

¡El delicioso conde Di Monti, tan inteligente y simpático!

Acabó el *Impromptu* y empezó con Liszt y su *Sueño de amor*. Músicas aprendidas entonces, cuya melodía le acariciaba la punta de los dedos.

Tenía gracia que los dos hombres de su vida —podía incluso definirlos como «los dos hombres que estropearon su vida»— fueran tan sorprendentemente bellos, con belleza de estatuas cuya contemplación fascinaba. Mucha gente abominaba del adjetivo «guapo» aplicado a los hombres. Y sin embargo... ¿de qué otro modo podían calificarse aquellos dos seres tan diferentes y tan parecidos, tan perfectos físicamente?

Cuando conoció a Stéfano, este era un muchacho salvaje y rudo, de cabello ondulado, rostro moreno y ojos llameantes. El primer día de sus vacaciones había bajado a la caseta de los botes con una de sus hermanas para ponerse sus flamantes trajes de baño y chapuzarse en la bahía. Recordaba, como si estuviese sucediendo, la discusión con su hermana sobre cuál de los dos trajes era el más bonito, si el de Ana, de color azul brillante, o el suyo, dorado como su cabello. Se trataba de la pobre Ana, que más tarde moriría de pulmonía.

Al salir de la caseta de los botes, parpadeando por la luz deslumbradora del sol, vio a Stéfano, surgiendo en aquel instante del agua, casi desnudo, como un extraño dios mitológico, bruñido hasta parecer de bronce, desafiando con su perfección física la perfección del paisaje, con cuya belleza se identificaba.

Recordaba que Ana rio ante la aparición, pero que ella se sintió bruscamente sobrecogida sin saber por qué y se retiró unos pasos, mientras su hermana le preguntaba quién era y por qué estaba allí.

Como si su nombre pudiese aclararlo todo, él repuso:

—Soy Stéfano —volviendo a zambullirse en el mar y buceando tan largo rato que temieron se hubiese ahogado y no respiraron tranquilas hasta verle reaparecer a muchos metros de distancia, sonriendo y lanzando gritos de satisfacción, consciente de la belleza del día, de la delicia del mar y de su provocativa juventud.

Ana y ella habíanse hecho infinitas ilusiones imaginando que Stéfano era un chico

veraneante, que viviría en alguna de las villas cercanas. Más tarde, mientras comieron, su decepción fue grande al enterarse de que se trataba del hijo de su nuevo jardinero, que vino aquel año a sustituir al antiguo. Una familia piamontesa compuesta por el padre, la madre y Stéfano, que ocupaban el pabellón destinado a ellos, en un ángulo lejano del parque.

—Un chico simpático el tal Stéfano —había comentado su padre entre bocado y bocado de ravioli. Simpático y servicial. Parecía listo, y en invierno iba a mandarlo a Génova para que estudiase unos cursos de mecánica. Si se aplicaba podrían tomarle como chófer. Era una buena familia, muy humilde y muy pobre. Habían sido recomendados por los Campari.

Los progenitores de Stéfano no poseían el menor vestigio de la abrumadora belleza del hijo. El por qué concibieran un hijo como aquel, constituía un insondable secreto de la naturaleza humana. Incluso era un hijo de su vejez, ya que ambos tenían en aquella época más de sesenta años y Stéfano no llegaba a los veinte. Quizá en los ojos de la madre, una anciana tímida, con un inevitable pañuelo negro anudado bajo la barbilla, podía encontrarse la expresión encantadora de la mirada del chico. O en los dientes del padre, blancos y sanos, a pesar de la edad, y cuya sonrisa constituía una agradable sorpresa.

Stéfano reinaba en el pabellón de los jardineros y también en Portofino, en el corazón de cuantas muchachas le contemplaban. Desde su cuarto, compartido con otra de sus hermanas, Elena oíale cantar por las mañanas mientras ayudaba a su padre a barrer el jardín. Ni siquiera el hecho de verle agarrando la escoba podía borrar el encanto de su voz y de su aspecto, con los pantalones arrugados y la camisa de cuadros escoceses abierta hasta la cintura con abandono.

El resto del tiempo, en cuanto conseguía escabullirse de la vigilancia paterna, Stéfano lo pasaba en el agua. Jamás Elena se bañó tanto como aquel verano, por el simple placer de contemplar a Stéfano aparecer y desaparecer con inalterable indiferencia, lanzando su eterno grito. Un Tarzán acuático que desafiaba a sirenas tritones. No tuvo para ella ni una sola mirada de especial interés, a pesar de que su belleza rubia atraía ya la atención de los muchachos veraneantes, haciéndola destacar entre todo el grupo femenino de Portofino.

Aquel invierno solo vio a Stéfano una sola vez, en Génova. Le halló tosco y vulgar, con su traje comprado en almacén y sus uñas renegridas por la grasa de los motores. Estudiaba mecánica y durante largo rato habló con su padre de coches, bielas y tornillos.

Pero de nuevo en el verano, y en la «Casa della Rocca», la atracción de Stéfano se hizo más patente, convirtiéndose en una fuerza destructora que anulaba el resto de sus deseos. Había cambiado. Estaba más alto, más serio y más musculoso, como si el invierno pasado en la ciudad le hubiese hecho madurar. Una estatua de bronce que

a Elena le recordaba a otra auténtica estatua alzada junto a la pérgola que desafiaba al mundo con su cabeza altiva y su sonrisa enigmática. En secreto llamaba «Stéfano» a la estatua, bajo cuya sombra se sentaba horas y horas a soñar.

Fingió aficionarse a la pesca y con dos de sus hermanas pequeñas se instalaba en la lancha cuyos remos llevaba Stéfano, abstraída al parecer en la captura de los peces que triunfalmente sus hermanas se obstinaban en ofrecer a la mujer del jardinero para la cena.

Ella odiaba a los infelices jardineros y no podía disimularlo. Odiaba su aspecto basto y su pobreza, sus trajes raídos y el servilismo de sus modales. Odiaba el olor de los guisos piamonteses que la vieja preparaba y odiaba la idea de que dos seres tan toscos fuesen los padres de su ídolo.

Gustaba pensar en él como en un dios pagano, nacido del matrimonio de una sirena con Neptuno. Pero allí estaban eternamente los dos horribles viejos para recordarle que Stéfano era solo «el chico del jardinero».

El primer contacto físico entre ambos fue originado por las púas de un erizo de mar. Habían ido a pescar pulpos por entre las rocas y el excesivo ardor del sol les obligó a lanzarse al agua para refrescar la cabeza. Al trepar a unas rocas, ella puso el pie sobre un erizo.

Stéfano acudió a sus gritos, la remolcó hasta una suave franja de arena y allí cuidadosamente fue extrayéndole las púas del pie, mientras las dos pequeñas volvían a chapuzarse alegremente.

La soledad de la caleta, abrasada por el sol, el dolor del pie y el contacto de Stéfano fueron motivos suficientes para que, sin saber por qué, comenzara a llorar llena de angustia, como si de repente un mundo pavoroso de sensaciones nuevas se hubiera volcado sobre ella. Stéfano, con su pie entre las manos, la miró sorprendido.

Un húmedo mechón de cabellos le resbalaba sobre la frente, que él trataba de atusar con sus dedos rugosos por el baño prolongado.

Con infinita suavidad se inclinó sobre el pie herido y lo besó largamente, haciendo presión con la mano sobre el tobillo para impedir que lo retirara. Luego la obligó a levantar la cara y echándole hacia atrás la larga melena rubia, la besó en la boca como si consumara un deseo largamente contenido en el subconsciente e imposible de dominar. Un beso rabioso, en el que se mezclaba el sabor salado de las lágrimas con la sal del agua del mar. Un beso que nunca supo si la premiaba o la castigaba por algo ignorado. Quizá por el hecho de ser hermosa y por atreverse a llorar delante de él desafiando su virilidad.

Fue un beso salvaje, que, como una fuerza destructora, amenazase con destruir a su propio creador. Exactamente igual que si dos pequeñas llamas se hubiesen unido

ignorantes de que pudiesen provocar un gigantesco incendio, sus bocas se encontraron y se reconocieron como dos antagonistas de la misma categoría que rindieran sus armas para crear, en colaboración, un mundo brutalmente glorioso.

Aquel primer beso tuvo el sabor fuerte de todos los besos del mundo reunidos. Muchos años después, pensó Elena que el beso de Stéfano le impidió para siempre gustar de los besos de otros hombres. Fue como una vacuna maldita que matara para siempre sus deseos, sus anhelos y sus emociones.

Al abrir los ojos, tras aquel beso que pareció durar una eternidad, sintió extrañeza de que todo continuase lo mismo: la pequeña playa, las rocas, la lancha balanceándose en la bahía, los aparejos de pesca y las alegres risas de sus hermanas, que seguían nadando y zambulléndose desde una roca más alta. También Stéfano estaba allí junto a ella, pero era un Stéfano diferente, de ojos brillantes y rostro cambiado. Un rostro vibrante de pasión y una voz ronca que decía:

—Sirena encantadora... Serás mía, solo mía, o te mataré. Lo juro.

Después, bruscamente, se incorporó y se lanzó al agua, como si volviera a su reino tras de sembrar el desconcierto en la tierra.

Así empezó todo. Así comenzó el incendio, y aún ahora, al cabo de tantos años, Elena no comprendía cómo los demás no se dieron cuenta de la salvaje pasión que enloquecía a dos seres que luchaban para poseerse y aniquilarse.

Portofino, con sus caletas escondidas, sus grutas abiertas en la roca, su clima ardiente que hacía circular la sangre en las venas como fuego líquido, sus fiestas nocturnas que inundaban la atmósfera de rumores de música, todo contribuyó a que el incendio fuese más voraz.

Ningún ambiente podría haber sido más propicio para un amor. Aquel verano quedó marcado con huella indeleble en sus vidas, y cuando llegó el invierno y tuvo que regresar a Génova con su familia, Elena sintió un terrible impulso de rebelión, un deseo loco de renunciar a todos con tal de permanecer al lado de Stéfano, de sus besos y de sus caricias ardientes.

Fue un invierno horrible, que trajo al fin un nuevo verano y a un Stéfano con librea de chófer, a la que él daba cierto aspecto de uniforme operetesco. El encuentro entre ambos echó por tierra toda clase de razonamientos y de prejuicios, arrojándolos de nuevo en brazos el uno del otro, entregándose plenamente a un amor lleno de sobresaltos, de risas y de lágrimas, de arrebatos de rabia y de pasión. Cierta noche en la que Elena se vio obligada a ir a una fiesta con sus hermanas, Stéfano, enloquecido de celos, la había abofeteado, pegándole con tanta fuerza en la boca, que un chorro de sangre caliente había manchado su vestido de raso blanco y también los dedos de Stéfano, que se arrodilló pidiendo perdón, insultándose a sí mismo y jurando que se mataría por haber cometido tan nefando crimen.

No podía volver a su habitación con el vestido en aquel estado. Se lo quitó en la caseta de los botes, tratando de lavar la mancha. Aquella caseta de los botes en la que reinaba completa oscuridad y un calor de horno. Podía evocar perfectamente el olor peculiar de las maderas recién pintadas, de las ropas puestas a secar y el ruidoso canto de un grillo que ni un momento dejó de sonar mientras Stéfano...

Pero... ¿por qué acusar a Stéfano? ¿Por qué no acusarse a sí misma, incapaz de defenderse de sus brazos, de la voluptuosa oscuridad y del ardor de la noche de verano?

De madrugada, cuando empezaba a despuntar el sol, pudo regresar a su cuarto sin ser vista. La caseta de los botes conoció a partir de entonces varias entrevistas semejantes hasta llegar a aquella otra noche en que, exasperados por las dificultades y disimulos, que constituían una horrible tortura, decidieron huir juntos a Génova, para casarse. Estaban seguros de que una vez afrontado el escándalo, la familia no se atrevería a poner dificultades.

¡Cuánto le latía el corazón al descender los cincuenta escalones que conducían al embarcadero en aquella madrugada del mes de agosto, esperando encontrar abajo a Stéfano, que la llevaría a Rapallo o a Santa Margherita, para tomar un autobús desde allí!

Pero en el embarcadero, junto al agua, no estaba Stéfano ni había lancha alguna. Solo se hallaba el padre de Elena y una figura sollozante, en la que adivinó a la madre de Stéfano, con su pañuelo negro anudado bajo la barbilla y su acento piamontés que sonaba raro en la apacible serenidad de la noche.

—... hacía tiempo que yo sospechaba, señor. Y que Dios me castigue si iba a permitir... que una niña como la *signorina* Elena...

Temblando, se enfrentó Elena con la mirada severa de su padre. Una mirada fría como el hielo, exenta de piedad. Con un gesto le indicó que volviera a casa, lo que ella hizo tiritando de terror, tambaleándose con sus sandalias, que se escurrían sobre la grava suelta. Detrás oía los pasos de su padre y los quejidos de la vieja, que, como una maléfica bruja de Macbeth, cruzaba con los latigazos de sus frases la atmósfera tranquila, llenándola de presagios de tormenta.

«Noche tras noche..., caseta de los botes..., terrible inquietud... Stéfano no es malo..., solo le gusta divertirse...».

Divertirse. ¿Creía aquella estúpida que Stéfano se había «divertido» simplemente...? ¿Ignoraba que los dos se adoraban con un amor capaz de todas las locuras... de todos los sacrificios...?

La escena en el despacho de su padre tuvo ribetes de pesadilla. Aún se estremecía al recordarla. Su fría cólera, su insensibilidad ante las lágrimas, sus terribles preguntas, que la obligaban a terribles respuestas... Y el horrible comentario, ante

sus súplicas, para que la permitiera casarse con el chico del jardinero:

—¿Ignoras, pequeña imbécil, que tu Stéfano se ha dedicado a la misma clase de aventuras durante todo el verano con diversas chicas del pueblo? ¡Mi propia hija convertida en una mujerzuela para entretenimiento del Don Juan de Portofino...! ¡Fuera de mi vista, estúpida! Sube a tu cuarto y no salgas de él hasta que yo te lo ordene.

—¡Stéfano me quiere! Nos casaremos....

—¿De veras...? ¿Estás segura de eso?

—Tan segura como de que... ahora es de noche.

Pero a través de los cristales de la ventana observó que precisamente estaba ya amaneciendo y que una débil luz comenzaba a iluminar el jardín y la bahía.

Nunca volvió a ver a Stéfano. Al día siguiente supo que se había marchado. A su vez, ella fue enviada a un internado en Inglaterra. Los jardineros fueron despedidos. Solo al cabo de varios meses una de sus hermanas le entregó una carta que Stéfano consiguió hacer llegar. Una carta razonable, hablando de olvido... Una carta que acababa con frases de gratitud:

«... adiós, sirena encantadora..., me alejo de Italia para tratar de olvidarte. Eres una estrella demasiado alta para mí... Gracias por las horas de amor que me diste... Y gracias..., mil gracias, por tus besos...».

Se alejó de su vida... para olvidar. Pero nada decía del cheque generoso que recibiera del amo, a condición de que se marchara lo más lejos posible y de que renunciara a sus propósitos hacia Elena. Un cheque más apetitoso que cualquier sirena del mundo, que le permitiría irse a París, donde según tenía entendido existían muchas sirenas.

«Y gracias por tus besos...».

En realidad debió escribir:

«Gracias por el cheque».

SEGUNDA PARTE



XI



DOCTOR LEÓN COSTA

—¡Basta! —hubiese gritado Stéfano de haber estado en la habitación. Siempre le obligaba a detener el *pick-up* en la parte más grandiosa de la sinfonía. Decía que el *crescendo* de las orquestas le volvía loco, pero el pobre Stéfano era una calamidad para la música. Los sonidos más perfectos no hallaban eco en sus oídos, ni mucho menos en su espíritu.

Como Stéfano no estaba en la sala, sino que dormía apaciblemente en su cama después de tomar las gotas, León continuó de pie ante el costoso aparato automático, con los brazos extendidos y la partitura abierta en el atril, dirigiendo a la Sinfonía de Filadelfia en unión de Stokowsky.

Le encantaba pasar las horas así, a solas, dirigiendo a las mejores orquestas del mundo con la imaginación y con movimientos auténticos. En ciertos pasajes estaba seguro de que hubiera matizado mejor que el propio Stokowsky. Desgraciadamente, los profesores encerrados en el microsurco no podían ver sus manos sensibles, nerviosas, atentas a la menor sugestión melódica, ni tampoco un público inteligente le aplaudiría al final, cuando quedase exhausto, pero feliz.

«Toda mi vida deseé dirigir una gran orquesta —pensó—. Quizá porque jamás dirigí nada».

Suponía que no podía existir embriaguez comparable a la del maestro que conseguía arrastrar al conjunto de músicos hacia una identificación absoluta, obligándolos a caminar con él a través de un mundo de sonidos casi inéditos, de puro perfectos.

De reojo se dio cuenta de que Toni entraba en la sala, pero no le importó ni interrumpió su tarea. Toni no solía molestar. A veces pensaba que el muchacho poseía solamente el cincuenta por ciento de la vitalidad que correspondía a cualquier ser humano. Quizá hubiese habido una confusión en la naturaleza y fuera la intención primitiva el que Toni se engendrara como perro. Un perro de raza mezclada, melancólico y sin brío. Un perro que ni siquiera tuviese pulgas, porque

hasta para gustar a las pulgas era preciso tener sangre sabrosa.

Pero Toni fue engendrado como hombre y no se adaptaba al papel. Allí estaba, hundido en un sillón, con una copa de algo en la mano. No sería alcohol, pues jamás lo probaba, sino uno de aquellos extraños jugos que se preparaba en la batidora. Jugo de zanahorias o de rábanos o cualquier porquería semejante. ¿Qué animación podía tener un hombre bebiendo como aperitivo un zumo de rábanos...?

Dejó de pensar en Toni para regresar a la sinfonía, sin abandonar su puesto hasta la última nota. Al acabar dio un gran suspiro y se dejó caer en un sillón. Hacía un poco de calor y se sentía fatigado por el esfuerzo.

—¿Whisky? —preguntó Toni alargándole un vaso donde tintineaba el hielo.

—Gracias. Tienes una intuición perfecta. Siempre sabes lo que uno necesita.

Intuición perruna, pensó con su cinismo inevitable. Y miró a Toni, sorprendiéndose una vez más de sus ojos tan oblicuos. Ojos de chino.

—Y ahora, hablemos, Gengis Kan —dijo, bebiendo el primer sorbo—. ¿Cuáles son tus impresiones?

Sabía que no tendría impresiones que referir, porque carecía de ellas, y sabía también que odiaba el ser llamado Gengis Kan. Pero le gustaba excitarlo, confiando en que algún día el secretario de Stéfano diese un estallido interesante, digno de ser contemplado.

—Las señoras están todas abajo, dispuestas para la cena —dijo escuetamente, ofreciéndole lumbre con su encendedor. Un encendedor muy raro, de plata antigua, que simulaba un dioscecillo indio.

—¿Dónde compraste esto, Toni? —preguntó por centésima vez, con malicia. Y antes de que respondiera fingió recordar lo que ya le había explicado repetidamente: que se trataba de un regalo de Stéfano, su jefe. El dioscecillo siempre conseguía sorprenderle—. ¡Ah! Sí... Ya sé. Perdona. ¿De modo que están abajo? ¿Saben que Stéfano no las recibirá hoy?

—No he dicho nada.

Claro. Podía confiarse en que Toni no pronunciaría ni una palabra más de las estrictamente indispensables.

—Bien. Yo lo explicaré.

Le encantaba aquel papel de... «anfitrión sustituto». En realidad, siempre soñó con sustituir a Stéfano en todo, pero no pasó de un irrealizable deseo de su subconsciente. Analizando el tema, estaba seguro de que descubriría el brote de aquel deseo en la primera mirada que cruzara con él, en plena selva venezolana, hacía ya bastantes años. Pero... ¿cómo podría nunca sustituir un tipo como él, de

rostro vulgar y escaso cabello canoso, ojos pequeños y acerados y sonrisa difícil, al apolo moreno y atlético que Stéfano siempre fuera? Incluso ahora conservaba un aspecto arrogante, a pesar de su enfermedad.

—¡Poseer el don fantástico de la belleza! —suspiró con añoranza. Porque adoraba todo lo bello que jamás poseyera. Tan solo durante un corto lapso tuvo algo bello en su poder. Y lo perdió por causa de Stéfano.

Hacía ya tanto tiempo, que casi no se acordaba. O se acordaba solo a ratos, en uno de aquellos intervalos de rabia loca que le acometían inesperadamente.

Se miró en un gran espejo veneciano y se acarició el bigote, bien recortado. Había algo que nunca querría cambiar con Stéfano: su inteligencia. Poseía un cerebro privilegiado, aunque aquel cerebro no le hubiese llevado aún a ninguna parte. En cambio, despreciaba la mentalidad del otro, con el desprecio de los superdotados hacia los que carecen de la más elemental masa gris.

El propio Stéfano aceptaba esta superioridad. Habíala aceptado siempre. De lo contrario no le habría entregado su vida confiadamente, como lo estaba haciendo.

«Tiene gracia que confíe en mí ciegamente como médico —pensó arreglándose el nudo de la corbata, una corbata de seda natural del guardarropa de Stéfano—. Precisamente como médico fui siempre una calamidad».

Evocó vagamente sus estudios en la Facultad de Medicina madrileña y el escandaloso fracaso profesional que le obligó a emigrar a Venezuela a curar fiebres malignas y mordeduras de serpientes. Rechazó el recuerdo porque aún, al cabo de veintitantos años, le mortificaba.

Sin embargo, Stéfano preferíalo a cualquier celebridad mundial, seguro de que «su fiel León» le prolongaría la vida utilizando su ilimitada ciencia y todos los medios a su alcance.

Su fiel León...

Sonrió. La imagen del espejo le devolvió aquel gesto extraño que era preciso calificar de sonrisa, porque no podía dársele simple calificación de mueca. Jamás había sospechado Stéfano el inmenso odio almacenado en su corazón.

«Odio —repitió mentalmente. La palabra le gustaba. Una palabra corta y suave—. Odio..., odio...».

Había palabras estéticas y otras terriblemente antiestéticas. Odio era una palabra bella. Cuando encontraba una palabra bella y cómoda de pronunciar, la almacenaba en su pequeño stock de vocabulario grato.

Con delicadeza cortó un jazmín del jarrón *famille* emplazado sobre la consola y se lo puso en la solapa.

«Mujeres...», pensó con la versatilidad mental que le dejaba fatigado a veces. El perfume de jazmín hizo acudir a su cerebro una galante asociación de ideas hacia la mujer, en general, y hacia las cuatro mujeres en particular que esperaban abajo.

Mujeres... Allí estaban esperando, tal y como él lo predijo. Solo faltaba una... porque estaba muerta. Se la imaginó removiéndose de impaciencia en su tumba.

Conocía bien a las mujeres, aunque no hubiese poseído muchas. Sus experiencias personales podían calificarse de vulgares. Era absurdamente tímido en aquel aspecto, timidez que trataba de disimular con palabras audaces. Pero no existía nada más apasionante bajo la capa del cielo que el alma de una mujer. Y él había estudiado aquellas almas con la facilidad y el poder de observación de espectador inteligente que no toma parte en las representaciones de los dramas y comedias humanos, poniendo tal interés en el estudio como si el resultado fuese a descubrirle la clave del enigma universal. O de su enigma particular. El por qué determinada mujer, en determinada oportunidad, hizo aquello que le partió el corazón.

No había hallado aún la respuesta a aquel porqué. Y temía no hallarla jamás. Las esfinges guardaban sus secretos.

Al menos, satisfaría la ardiente curiosidad de conocer a «las mujeres de Stéfano». O, para ser exacto, al pequeño grupo de mujeres que dejaron más huella en su vida. Sutilmente buceó en los recuerdos del otro hasta averiguar sus nombres. Toda la idea de aquel asunto le pertenecía. Stéfano no hizo más que aprobarla calurosamente, creyéndose su autor en seguida. Pero hasta el último instante dudó de su feliz realización. Ignoraba el inmenso poder del dinero, quizá porque adquirió el suyo de aquella manera estúpida y afortunada, dando la impresión de no haberse repuesto aún de la sorpresa.

León inventó la nueva distracción para él, cuya enfermedad impedía ahora tomar parte activa en la vida. Organizó un pequeño congreso femenino alrededor de Don Juan, como un general que postrado en su lecho de campaña reuniera a sus oficiales después de la batalla a la que por su propia mano los lanzara, para irles preguntando, uno a uno, cómo consiguieron sobrevivir.

Miró a Toni, que agotaba su último trago de zumo de rábanos, y le hizo un guiño amistoso, al que, por supuesto, él no correspondió.

—Creo que no debemos hacer esperar más a esas románticas damas... —dijo—. Confiemos en que Giulia se haya superado en el menú. Vamos, amigo. Ha caído sobre nuestros hombros la grave responsabilidad de distraer a cuatro señoras. Espero que estarás a la altura de tu papel.

Toni no contestó. Anduvo tras él por la galería en dirección a la amplia escalera con barandilla de madera labrada.

—Quisiera saber... —habló de pronto. Y León se detuvo sorprendido y alzó una

ceja.

—¿El qué... Gengis Kan...?

Toni se pasó la mano, que temblaba levemente, por su cabello brillante.

—... quisiera saber si esto es una de sus bromas malignas o si hay algo de verdad en el asunto del testamento.

León le miró atónito, realmente estupefacto por su atrevido comentario.

—¿Una de mis bromas malignas? —repitió fingiendo ofenderse—. ¡Qué extraña expresión! Cualquiera diría al oírte, mi querido Gengis Kan, que soy un Maquiavelo de tercera categoría, dispuesto siempre a burlarse de la humanidad.

—Yo no dije que fuese usted de tercera categoría —atajó con sequedad—. Solo deseo saber si es cierto que Stéfano piensa hacer un nuevo testamento beneficiando a esas señoras, o si las ha traído aquí únicamente para reírse de ellas.

León le miró curiosamente. Sacó un immaculado pañuelo del bolsillo, que esparció intenso aroma de loción, y se secó las palmas de las manos con delicadeza.

—Hace calor —explicó. Aún no se ha descubierto nada que evite el sudor de las manos. Este odioso sudor, tan poco elegante. —Guardó el pañuelo y sacudió una invisible mota de polvo de su solapa—. Querido Gengis Kan, voy a darte un consejo. Acepta las cosas de la vida tal y como se presentan y nunca hagas preguntas demasiado directas. Ten un poco de sutileza, por favor...Y no temas. Si por casualidad en el testamento anterior Stéfano te legaba alguna cantidad respetable, ratificará el legado en el próximo..., suponiendo que lo haga. Ea, sonríe, Gengis Kan. ¿Nunca te ha gustado hacer bailar a las marionetas del Gran Guiñol...?

Oliscó el jazmín de su solapa con voluptuosidad.

—Mujeres... —murmuró sonriendo y atusándose el bigote otra vez con exquisito cuidado. Luego, aquejado de una nueva idea contradictoria, arrancó el jazmín de su solapa y lo tiró.



Giulia, la cocinera, habíase superado realmente. El *soufflé* resultó perfecto y los vinos excelentes. León se sintió satisfecho de sí mismo como anfitrión sustituto. Miró uno a uno los rostros de las invitadas y observó que todas estaban algo más animadas que al comenzar la cena, gracias al delicioso champaña, seco, helado y estimulante.

Tenía a su derecha a Arminda, en atención a su edad, distinción que no hubiera agradecido de conocer el motivo. A su izquierda se sentaba la *contessa*, quien a primera vista habíale deslumbrado, considerándola la reina del grupo. A derecha e

izquierda de Gengis Kan estaban la muchacha joven que calificaba de «sedosa» y la francesa de aspecto gastado aunque atractivo que respondía al nombre de Nicole.

Había pasado momentos deliciosos cuando al entrar en el salón y contemplar los cuatro pares de ojos reflejando ansiedad, les comunicó que Stéfano no podría saludarlas personalmente aquella noche.

Las reacciones fueron diferentes. La *contessa* había suspirado, dando escape quizás a una tensión de espíritu excesiva. La francesa sonrió, encogiéndose de hombros; la muchacha de piel marfileña había preguntado algo sobre si Stéfano estaba realmente tan grave, y la bruja repintada se enfureció, murmurando que no había ido a Italia a perder el tiempo y que estaba acostumbrada a cuidar enfermos, por lo que podía hacerse cargo del muchacho.

A León le hizo gracia aquello de «muchacho», teniendo en cuenta que Stéfano había ya cumplido sus cuarenta y cinco años. Pero la vieja repintada debía de tener diez o doce más. Y sin duda recordábale aún como en la época absurda en que pasara por su vida, llevándose sus ahorros. Stéfano también le refirió aquello e incluso la paliza que se pegaron las dos hermanas por su culpa. Era la nota más cómica de la brillante representación guiñolesca.

Naturalmente, fue preciso hablar de Stéfano mientras servían el consomé helado. Y continuaron hablando de él al servirse el *vol au vent* y la langosta. Tuvo que aclarar que era su médico de cabecera, que siempre le acompañaba, y les habló del gastado corazón de su anfitrión, mencionando la posible trombosis coronaria, que no se atrevía a descartar.

Fue la *contessa* quien hizo la pregunta directa:

—¿Hace muchos años que conoce a Stéfano?

Su vestido color ámbar, de escote audaz, dejaba vislumbrar al menor movimiento el comienzo de sus senos. Despedía un penetrante perfume que evocaba a las gardenias o quizás a cualquier otra flor desconocida y aún no catalogada. Llevaba una sarta de perlas auténticas en la garganta. En la muñeca, unos brazaletes deslumbradores de bisutería engañosa. Los brazaletes falsos aclaraban, quizás, el motivo de que hubiera acudido a la «Casa della Rocca».

—Conocí a Stéfano cuando llegó a América a trabajar como chófer en la factoría de caucho de la que yo era médico —explicó, tratando de no mirar el fascinador escote de la *contessa* y hablando indistintamente en español o italiano—. Quizás ustedes se imaginen que yo poseía una clínica bien acondicionada, pero lo cierto es que se trataba de una cabaña horrible. Teníamos que salir al aire libre protegiéndonos con una especie de máscaras contra los insectos.

—Siempre le aconsejé a Stéfano que no se fuera —interrumpió agriamente Arminda, que no cesaba de repetir de todos los platos y se servía langosta por

tercera vez—. Podía haber encontrado en España un buen empleo.

«El de marido suyo... por ejemplo», estuvo a punto de decir León. Pero no lo dijo. Era pronto todavía y tendría muchas oportunidades de enfurecer a aquella víbora y a las otras viborillas, azuzándolas entre sí. Se sentía excitado por la divertida situación. Había sido una idea estupenda la de hacer tomar las gotas a Stéfano para que descansara tranquilo, cediendo la gloria del recibimiento a su sustituto. Dormiría con sueño profundo y al siguiente día se encontraría mejor.

¡El bueno de Stéfano con sus absurdos millones caídos del cielo! O, para ser exacto, surgidos del fondo de la tierra.

También tuvo que explicar lo de los pozos de petróleo. Como ahora no estaba Stéfano delante, se limitó a decir la verdad, sin los habituales comentarios sobre su sagacidad de hombre de valía...

—Estaba harto de conducir camiones por aquellos caminos selváticos y cumplía mal con su obligación. Le ofrecieron transportar un cargamento de trilita y se negó..., no queriendo exponer su pellejo.

—Cosa muy natural —apuntó Arminda bebiendo la quinta copa de champaña.

La contessa sonrió, cruzando su mirada con la de Nicole, como si durante unos segundos surgiese una ráfaga de comprensión femenina entre ambas, ahogada con rapidez con el abismo social que las separaba y del que se sentían conscientes.

—¿Perdió el empleo...? —preguntó ingenuamente Irene, la muchacha-magnolia.

—Por descontado. Le echaron... En aquel lugar no se podía ser... —la palabra cobarde no fue pronunciada, pero, sin embargo, quedó flotando en el aire— desobediente —concluyó acariciándose el bigote.

—*Le pauvre gosse!* —comentó Nicole con ironía mirando su champaña al trasluz. También había bebido mucho y tenía las pupilas dilatadas y una fijeza extraña en la mirada. Luego repitió en italiano—: *Povero ragazzo!*

«Aún recuerda frases sueltas del idioma de Stéfano», pensó León, risueño. La francesa también le parecía interesante, a su manera. Interesante y peligrosa, haciéndole pensar en una pantera malherida que no tuviese ya nada que perder, lo que la tornaba audaz.

—Si me lo hubiese contado por carta, le habría hecho regresar —murmuró Arminda, como si el vino le impidiese contener las palabras. Miró a las otras mujeres desafiante—. Sí. Le habría obligado a volver —subrayó, dejando bien sentado que su poder sobre Stéfano era ilimitado.

—Le habría usted hecho un flaco servicio, querida señora —decidió el médico. Porque fue entonces cuando la casualidad le hizo rico.

Había llegado al punto difícil de la narración. Dificultad solo por él conocida, ya que al pensar en aquella época tenía que evocar lo que clasificó hacia tiempo como «mi pequeña desgracia particular» o «mi dolorosa aportación a la carrera sentimental de Stéfano». Conseguía pensar en aquello con frialdad, pero jamás podría referirlo a nadie y por fortuna todo el mundo lo ignoraba, a excepción del *povero ragazzo* que dormía en el piso de arriba en su lujoso dormitorio, que, por curiosa coincidencia, alzabase precisamente encima del comedor.

«Sobre nuestras cabezas», pensó con vaguedad. Miró hacia arriba y volvió a pensar en Amalia, en sus trenzas negrísimas y en como nadie había sospechado que le abandonara por seguir a Stéfano, la famosa noche en que el italiano se despidiera de todos para tomar posesión de la pequeña chacra que había comprado en el interior.

—Adquirió un terreno por muy poco dinero —explicó, cruzando los pulgares bajo su barbilla—. Se trataba de un lugar malo, sin comunicaciones e infestado de serpientes. Lo compró por un puñado de bolívares y decidió, osadamente, instalar allí un negocio propio, una explotación de caucho en pequeña escala.

Se encogió de hombros, dando más fuerza a la frase. Su tono hizose duro y amargo y trató de borrar la mala impresión dirigiendo a sus oyentes una sonrisa circular.

—Se fue —resumió, abriendo las palmas de las manos como si con el gesto echase a volar algo aprisionado—. Se fue y no volví a verle durante algún tiempo..., hasta que corrió la voz de que se había descubierto petróleo en su chacra.

Nadie supo que Amalia se escapó con él, ni tampoco que horas después regresaron ambos a la clínica con Amalia en estado comatoso a causa de la mordedura de una serpiente, sin que ella hubiese tenido tiempo siquiera de visitar la chacra que probablemente Stéfano le describiría como una tierra de provisión. En el camino encontró su castigo por abandonar al hombre para el que significaba todo.

Por ser el único médico de los contornos, Stéfano tuvo que acudir a él en busca de auxilio, asegurando que pensaba llevarse a Amalia solo por unos días para que le organizase su casa y enseñara a las indias su trabajo. Una especie de contrato por el que proyectaba pagarle un buen sueldo.

—Ella no necesitaba sueldo —fue el único comentario de León—. Iba a casarse conmigo.

Pero fingió aceptar la burda mentira y presenció junto al camastro la agonía y el fin de aquella belleza extraordinaria, a quien los hombres de la factoría llamaban «La Perla». Una perla que perdió su oriente, convirtiéndose en un estúpido trozo de vidrio sin valor.

Cuando Amalia abrió los ojos por última vez buscando su mirada, él había escupido, llamándola mestiza.

Fue la primera y la última palabra mala que dirigiera al ser más querido de su corazón.

Stéfano volvió a marcharse una hora después y ambos guardaron aquel secreto, ignorando en realidad si el otro «sabía que sabía».

Y cuando el italiano se convirtió repentinamente en millonario inició un tímido acercamiento, arrastrándole hacia su prosperidad que a él mismo le asustaba, como si de aquel modo pudiera compensarle de la traición. León se dejó adular y seducir, aprovechando el complejo de inferioridad intelectual de Stéfano, convirtiéndose en el cerebro conductor e iniciando una morbosa amistad basada en el rencor, en el acusador silencio y en una incógnita que, al cabo de los años, acabó por perder también su interés.

A partir del instante en que Stéfano padeció el primer ataque cardíaco, por culpa de su vida disipada, rogó a León que se convirtiera en su sombra inseparable.

Él aceptó. Si hubiese deseado venganza, habría podido satisfacerla, ya que en cualquier instante del día o de la noche la existencia de Stéfano estaba prácticamente en sus manos. Hubiera sido facilísimo aumentar la dosis de las gotas... o suprimirlas totalmente, lo que de un modo u otro le produciría la muerte. Y aquella sensación de terrible poder sobre su antiguo rival victorioso constituía una perpetua embriaguez, una especie de delirio estimulante que le mantenía el espíritu alerta y contento. Defendía la vida de Stéfano como la suya propia para que el juego no acabara y se prolongara indefinidamente.

La muchacha-magnolia interrumpió sus pensamientos para preguntar sin rodeos si el petróleo descubierto era abundante y si Stéfano tenía mucho dinero.

Le gustó su franqueza. Cruzar la mirada con la de Irene producía la sensación de bañarse en agua muy limpia.

—Sí —afirmó—. Había petróleo suficiente para hacer navegar muchas escuadras. El antiguo chófer se convirtió en un envidiable millonario.

Irene contempló la mesa, adornada con porcelanas de Capo di Monti, frágiles y deliciosas, la plata abundante, la cristalería veneciana, y apreció el lujo costoso y bello suspirando con deleite.

—Creo que el pobre Stéfano merecía esa compensación —dijo con absoluta sinceridad.

Y se quedó desconcertada al ver que todo el grupo, a excepción de Arminda, rompía a reír como si su comentario tuviese mucha gracia. Enrojeció, confusa.

—Quizás ustedes no conozcan su historia ni la ruina de su familia —aclaró, un poco irritada—. Se trataba de una gran familia de la nobleza italiana. Debió de ser muy duro para él, acostumbrado a... Por favor. ¿Qué les causa tanta risa?

La *contessa* sacó un pañuelito y se limpió los ojos, evitando que se le corriera el *rimmel*.

—Discúlpenos —dijo, pero volvió a reír—. Discúlpeme sobre todo. Conocí a la familia de Stéfano, ya que puede decirse que él y yo crecimos juntos aquí en Italia. Incluso en esta misma casa que perteneció a mis padres. Los suyos trabajaban a nuestro servicio como jardineros. Era una pobre gente humilísima. —Desafió a todos con la mirada y León consiguió retener sus ojos burlones—. ¿Acaso lo ignoraba usted, doctor?

León no lo ignoraba, pero expresó su muda admiración. Si había acudido a la llamada de Stéfano a causa del dinero, aquella frase en la que adivinaba infinito desprecio podía hacer peligrar el supuesto legado, ya que cualquiera de las otras mujeres o incluso el mismo Toni podía hacer llegar la frase a sus oídos.

¿Qué se proponía la bellísima *contessa*? Quizá no se propusiera nada y aprovechara únicamente la oportunidad brindada para tomar su pequeña venganza..., aunque pudiera costarle cara.

—Placer de dioses... —dijo en voz baja para que ella sola le oyese. Y repitió en italiano—: *La vendetta, é il piacere dei dei...* ¿Qué se siente tras derribar un ídolo, *contessa*?

La interpelada le dirigió una fascinadora sonrisa.

—Ansias de beber café, doctor. ¿No va a ofrecérmelo? En mis tiempos se tomaba en el saloncito azul, o también en la terraza los días cálidos. ¿Qué le parece la idea...?

Nuevamente se sonrieron.

—Stéfano recordaba bien las antiguas costumbres. El café nos espera en la terraza, a indicación suya. De paso podremos presenciar los fuegos artificiales que se celebrarán en la bahía. Hoy es la fiesta en el pueblo.

—Sí. La *fiesta*. No he dejado de escuchar durante la cena el ruido de los *mortaretti*. ¿No despertarán a nuestro pobrecito enfermo?

—No es fácil. Duerme con el sueño profundo de los justos que tienen la conciencia muy tranquila. Pero antes de levantarnos de la mesa quiero entregarles un pequeño obsequio. —Hizo señas a Toni de que fuese a buscar un sobre grande y abultado, previamente dispuesto sobre una consola—. Gracias, Toni. —Parsimoniosamente, extrajo uno a uno cuatro pequeños discos de gramófono. Stéfano los imprimió esta mañana para cada una de ustedes, temiendo no poder saludarlas personalmente

por la noche. Podrán oírlos en el *pick-up* de sus respectivos pabellones. Supongo que se trata de un galante mensaje afectuoso. Veamos. —Leyó los nombres escritos en una etiqueta adherida—. Para usted, *contessa*. Este es suyo, *mademoiselle*.

—Tengo la impresión de que se trata de un reparto de premios en el Liceo —ironizó Nicole—. Mil gracias, *monsieur le docteur*.

—Paparruchas —contestó Arminda cogiendo el suyo con tanta brusquedad que se escurrió al suelo y se partió en dos—. ¡Oh! —se lamentó instantáneamente, mirando desolada los pedazos con sus ojos ribeteados de negro—. ¡Qué lástima! —confesó casi llorando—. Ahora no sabré lo que... Quiero decir que... —Se rehízo a duras penas—. Bueno, de todos modos era una estupidez. Sí. Una absoluta estupidez. Mañana por la mañana hablaré con él aunque me aseguren que está agonizando. Me lo llevaré a Madrid, a mi casa, a cuidarle yo misma. Ya verán como le convenzo con dos palabras y sin recurrir a discos.

Irene cogió el suyo con una sonrisa, como si le hubiesen entregado otro ramo de flores.

—Lo oiré en seguida. Si me lo permiten, iré ahora a mi pabellón. Nunca tomo café por las noches y tengo ganas de acostarme. Sentiría parecerles poco sociable...

—Nada de eso. Es justo que las colegialas se acuesten temprano.

—¿De veras le parezco una colegiala? Gracias por su piropo, doctor. Buenas noches a todos. Confío en que no me perderé por el parque.

—La acompañaré —se ofreció Toni, el secretario.

—No. Mil gracias. Tome su café con tranquilidad. Creo que hasta sería bonito perderme. *Addio, buona sera, signori*. ¿Verdad que es estupendo mi italiano? Hasta mañana.

Se alejó por la terraza hacia las escaleras en el preciso instante en que los fuegos artificiales dejaban ver sus primeras luces en mitad de la bahía. Pequeñas bengalas rojas y azules que estallaban en lo alto, desintegrándose en diminutas cascadas de chispas.

Salieron todos al aire libre, saturado del perfume de la primavera y de la humedad del mar.

—Siempre me han gustado los fuegos artificiales —comentó León, acodándose en la balaustrada de piedra, mientras Toni se ocupaba del café, que humeaba en la enorme cafetera de plata.

—A mí también —murmuró Elena como si pensara en alta voz, buscando entre la oscuridad nocturna la silueta blanquecina de una de las estatuas. Acarició su collar de perlas con extraña suavidad—. Los fuegos artificiales son como el amor. Aturden,

deslumbran, enloquecen. Una maravilla... mientras duran. Luego, solo quedan los cartuchos vacíos y un desagradable olor a pólvora.

—Y la oscuridad parece más densa que antes de que comenzaran... —concluyó León redondeando su pensamiento con aguda comprensión.

XII



NICOLE

Caminaban en silencio por el parque, iluminado a intervalos por la luz de algún *mortaretto* solitario. El crujido de la grava bajo sus pies era como una música de fondo en la escena muda de una película. Sus sombras alargadas les seguían a prudente distancia, igual que dos vigilantes discretos que no quisieran interrumpir la supuesta intimidad de la pareja.

—Perdone que esté tan callado —se excusó Toni, armándose de valor—. No lo tome a desaire. Generalmente no se me ocurren muchas cosas que decir.

Nicole le sonrió.

—Su silencio es reconfortante. Además, a mí me pasa lo mismo. Tengo la impresión de que ya he dicho cuanto tenía que decir en el mundo.

—¿De veras? Igual pienso yo. Pero lo cierto es que jamás he dicho nada.

Volvió ella a reír. Tenía una risa suave, sin estridencias, muy femenina, pero carente de alegría.

—Así no tendrá grandes cosas de qué arrepentirse.

—Su pabellón está en este lado —indicó él tras una pausa.

—Sí. Ahora ya lo veo. Pero... ¿es preciso que vayamos a mi pabellón? Él se sobresaltó.

—¿Cómo...?

—Es muy temprano. La noche es joven aún. Y nosotros también lo somos..., teniendo en cuenta que todo es relativo en esta vida. Me gustaría bajar hasta el pueblo y pasear por la bahía en una de esas lanchas iluminadas. Me gustaría cualquier cosa... con tal de no meterme en la cama para pensar y no dormir hasta que amanezca.

—¿Sufre de insomnio? Yo también. Y es una de las cosas más terribles que... O quizá no. —Vaciló—. ¿De veras desea que la acompañe al pueblo? ¿No se aburrirá

conmigo?

—¿Por qué habría de aburrirme? Es usted la persona más agradable que hay en la «Casa della Rocca».

Él la miró, sin saber si reír o enfadarse, porque ignoraba si se burlaba o si era sincera.

—Nunca nadie me ha llamado agradable —protestó con puerilidad.

Y Nicole sintió el impreciso deseo de acariciarle una mejilla como si fuese un niño.

—Pues lo digo yo. Permítame un minuto, que me cambie de zapatos y que deje el disco a salvo. No quisiera que se rompiese sin satisfacer mi curiosidad como le ha ocurrido a esa pobre señora. Tampoco me gustaría que se partiese uno de estos altos tacones que calcé en honor de Stéfano. Me pondré unos zapatos más cómodos. ¿Esperará un momentito?

Regresó en seguida, antes de que Toni hubiese tenido tiempo de poner en orden sus ideas, que se agitaban en una confusión más aguda que de costumbre.

—*Me voilà*. Dispuesta para el paseo. ¿Vamos?

En silencio otra vez, comenzaron a descender el camino escalonado. La calma de la noche era absoluta y las voces de la gente que se divertía en la *festa* llegaban a través de la distancia con diáfana claridad.

«Me alegra haber venido —pensó Nicole, contagiada de aquella paz—. Es un buen cambio. Nunca regresaré a París. Jamás, pase lo que pase. Si no puedo volver a bailar, buscaré un empleo cualquiera lejos de Francia. Lejos de todos los lugares que visité con Pierre. Iré a Génova y buscaré a... ¿cómo se llamaba el maestro? Gaetano... Gaetano Ponti. Ya no se acordará de mí probablemente. No importa. Le refrescaré la memoria. Tiene que buscarme algo, aunque no sea un primer puesto. Ya no tengo ambiciones. Solo deseo vivir olvidada... y olvidando».

Era gracioso que no sintiese el menor interés en ver a Stéfano ni por nada de cuanto pudiese ocurrir en la «Casa della Rocca». Aceptó aquello como unas vacaciones pagadas que le permitirían pensar y decidir el nuevo rumbo necesario para subsistir. Por lo demás, Stéfano había salido de su vida y jamás volvería a entrar. No interesaba ya un amor completamente muerto.

Pero al recordar amores muertos, pensó en Pierre y el recuerdo tuvo el efecto de un latigazo, pues Pierre estaba muerto de verdad. Muerto... con todo el auténtico significado de la palabra. Tropezó y tuvo que agarrarse a Toni para no caer. Su contacto le hizo volver a la realidad del paseo nocturno, de la cercana fiesta y de la perfumada bahía, salpicada de lanchas iluminadas.

—Los pies de las bailarinas no siempre son seguros —se excusó sin soltar su brazo,

que, cosa absurda, empezó a temblar. Sospechó que temblaría de pura timidez.

—¿Pies de... bailarina?

—Sí. Esa es mi profesión. ¿Le gusta el ballet?

—Yo... creo que sí... Es decir, nunca lo vi —tartamudeó, e ingenuamente le miró los pies, como esperando encontrarlos distintos a los de todo el mundo.

—¿Nunca? Tiene gracia. Para mí, que he vivido siempre del ballet, me resulta tan extraño como si le oyese decir que jamás ha bebido agua.

—Creo que... beber agua es lo único que realmente he hecho. Agua y siempre agua. Pero desgraciadamente... agua turbia.

Nicole le miró, sorprendida por la sutileza.

—¿Por qué agua turbia?

—Es una imagen como otra cualquiera. Suelo definir a veces a las personas asociándolas con las bebidas. A mí me veo como a un bebedor de agua turbia.

—¿En serio...? ¿Y con qué me asociaría a mí?

—Café. Café negro y fuerte, tomado a cualquier hora, frío o caliente.

Nicole sonrió.

—¿Sabe que... en efecto, soy una gran bebedora de café?

—Lo suponía —repuso muy serio.

«Es difícil lograr que sonría», pensó ella. Parecía una inanimada figurita de bronce. O quizá de madera, cuidadosamente tallada por un oriental.

—Vamos a ver. ¿Con qué asocia a la bella *contessa* Di Monti...? ¿Champaña?

—Champaña, sí. Pero en coctel. Mezclado con alguna otra cosa más fuerte.

—Y... ¿a la muchacha?

—Leche fresca, sana, de confianza, con un dedo de nata.

—Respecto a la gárgola...

Él aceptó el calificativo sin sonreír ni preguntar, sabiendo que se refería a Arminda.

—Un cocimiento de hierbas. Manzanilla amarga, por ejemplo.

—Sí... Cualquier cosa para revolver el estómago —aceptó Nicole. Tras una pausa murmuró—: Me gustaría saber con qué asocia usted a Stéfano..., si no es indiscreción.

Él guardó silencio durante tanto rato, que Nicole temió que no hubiese oído su

pregunta o que no quisiera contestarla. Al fin se detuvo, para seguir con la mirada la ascensión de un cohete que se deshizo en chispas rojizas.

—Ocurre algo singular con ciertas bebidas —habló al fin, pensando en voz alta—. Tratamos de mezclar diversos licores en la coctelera para conseguir algo fuerte y original. Pero cuando se ha logrado la mezcla, se excede uno en la dosis de hielo y al ir a saborearlo comprueba que no sabe a nada. Solo a hielo. Me comprende... ¿verdad?

—Perfectamente. Y hay que agradecer la equivocación del «barman» que evitó con su hielo el que la bebida fuese mortal. Pero ahora, déjeme que califique yo al simpático y sofisticado doctor: vitriolo. Y no diga que no, porque no le creeré.

Pero Toni no dijo nada. Habían llegado a las primeras casas del pueblo, en el que aquella noche nadie dormía aún. Las calles que descendían hasta la *piazza* aparecían llenas de una multitud alegre y endomingada que se divertía ruidosamente. Ante las puertas de sus hogares, los más viejos, fatigados ya de tanto ir y venir, sentábanse en bancos de madera o en anticuadas mecedoras, abanicándose con unos «paipais» de cartón, regalados por un vendedor de helados que se anunciaba al dorso. Los niños gritaban persiguiéndose, la banda de música sonaba en la *piazza* y los altavoces de algunas radios dejaban oír melodías distintas que formaban un conglomerado de extraños sonidos. La atmósfera estaba impregnada del humo de la pólvora, del aceite del puesto de rosquillas y del olor salino del muelle, con sus barcas manchadas de alquitrán.

En un grupo, los *ragazzi* cantaban y bailaban al son de una canción antigua que aún los divertía, mientras a cada frase intercambiaban con rapidez de mano en mano los objetos más heterogéneos que conseguían encontrar: una rosquilla, un pañuelo, una llave, una flor, incluso una concha de la playa.

*Io ti do una cosa a te,
tu mi dai una cosa a me...*

Una pareja de carabinieri paseaba por entre los grupos, aceptando algunas bromas con dignidad. Los músicos de la banda, situados sobre una tarima junto al café, sudaban y bebían a intervalos los refrescos que se les ofrecían, con objeto de que continuasen tocando con brío. De vez en cuando, el director, con espíritu de superación, iniciaba los primeros compases de una romanza de ópera, que era instantáneamente abucheada por los jóvenes. Furioso, se interrumpía, tiraba al suelo la gorra y afrontaba a la multitud:

—Ma... *ragazzi*. *Che cosa volete...?*

—*Danzare, caro maestro. Danzare. Musica moderna, per Dio...*

Y el director, sin saber si reír o enfadarse, volvía a ponerse la gorra e iniciaba los

primeros compases de cualquier ritmo loco, mientras agitaba la cabeza y gruñía:

—*Pazzi e legare... Sempre a danzare come i pazzi...*

—*Pazzi... pazzi...* —coreaban a compás las parejas, riendo, sin preocuparse de que el maestro los calificase de «locos de atar» por su afición al baile.

—¿Quiere que nos sentemos en el café? —sugirió Toni en un rasgo de audacia. Entre el alegre gentío, él conservaba su inalterable serenidad, como si el exuberante espectáculo no le excitara lo más mínimo.

—Están todas las mesas ocupadas.

—Nos harán sitio.

En efecto, il signore Filippo, el propietario, sacó del interior una minúscula mesa y dos taburetes y los colocó en un ángulo, casi junto al malecón que bordeaba el muelle.

—*Stà bene, signori...?*

—*Benissimo, grazie. Caffé e acqua minerale, prego.*

Nicole rio.

—Café y agua. Sí.

Él inició un asomo de sonrisa y sus ojos se pusieron más oblicuos.

—¿Deseaba quizás un helado...?

—No, claro que no. Siempre café.

—Yo siempre agua mineral. Agua turbia.

—Pero con burbujas. ¿Por qué las burbujas serán una cosa alegre...?

—¿Alegre...? Es cierto. Nunca lo había pensado.

«Debe de haber millones de cosas en las que nunca ha pensado», se dijo Nicole mirándole con nueva curiosidad. Sin saber por qué, tuvo pena de él. Una pena confusa e injustificada.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó sin poder contenerse. Y en el acto se avergonzó—. Perdona. Soy muy mal educada.

—¿Por qué? Cumpliré veintisiete el mes próximo.

«Diez menos que yo —pensó ella—. Pero casi diez siglos menos en experiencia».

—¿Hace mucho tiempo que trabaja para Stéfano?

—Desde que llegó a Venezuela. Era yo un chiquillo.

Y continuaba siéndolo, pensó Nicole. Estaba casi segura de que jamás tuvo entre

sus brazos a una mujer.

—¿Qué hacía en Venezuela?

Él no vaciló un momento en la respuesta.

—Robar —declaró.

Nicole le miro aturdida.

—¿Robar...?

—Sí. Mi madre había muerto poco antes de que Stéfano llegase. Era india boliviana. Mi padre, un emigrante húngaro o algo por el estilo. Exactamente no lo sé. Yo nací en Venezuela. Robaba para vivir. O quizá robaba por el placer de robar. Le cuento esto porque de todos modos Stéfano se lo referirá en la primera oportunidad. Soy «su experimento».

—¿Su... experimento?

—Sí. Le gusta referir a sus invitados, delante de mí, cómo me pilló robándole y cómo fue tan altruista que me tomó a su servicio e hizo de mí un gran hombre. —Sacó el paquete de cigarrillos—. ¿Quiere fumar? —Le mostró el encendedor—. Se lo robé. Por ahí empezó todo. Después él mismo me lo ha regalado. A veces se enfada y me lo quita. Pero yo descubro el lugar donde lo esconde y lo vuelvo a robar para darle gusto. Es un juego que le divierte y que nos convence a los dos de que no he perdido facultades.

—Pero..., pero... —estaba tan terriblemente confusa que no sabía qué decir.

Il signore Filippo trajo el café y el agua mineral. Era un café fuerte y negro. Rechazó el azúcar y bebió un sorbo casi ardiendo.

—A veces..., cuando tiene invitados, les refiere mi divertida historia y me desafía a quitarles de los bolsillos toda clase de cosas, sin que lo adviertan. Un juego de sociedad que tiene gran éxito. Pero en cierta ocasión quité del bolso de una señora una carta que Stéfano acababa de darle y el marido se enfureció. Todos los juegos tienen sus peligros.

Nicole aspiró con avidez el humo del cigarrillo.

—¿Cómo soporta una situación tan horrible? —le increpó.

—¿Horrible? —repitió con ironía—. Vivo como un príncipe. Apenas hago nada. Solo los recados molestos. Además... ¿en qué otra cosa podía trabajar...? —Tragó saliva y concluyó: No sé leer ni escribir.

Nicole abrió la boca estupefacta. Emitió un sonido ininteligible y la volvió a cerrar sin saber qué decir.

—Stéfano no quiso nunca que aprendiera. Irónicamente me llama «su secretario».

Un secretario que no lee ni escribe. Esa es otra de las anécdotas que divierten mucho a sus invitados.

—Pero... Dios mío... ¿Usted cómo soporta eso...?

—Vivo aceptando mi papel de bufón. Un bufón triste como esos payasos serios que provocan carcajadas. ¿Está bueno el café? Filippo lo hace muy bien.

—Por favor, no cambie de tema. Conozco a Stéfano y recuerdo lo mucho que le gustó siempre jugar al ratón y al gato..., reservándose, por supuesto, el papel de gato. ¿Cómo no ha intentado sacudirse el yugo..., aprender a leer..., libertarse? ¿Se da cuenta de que usted vive aún como en los tiempos de la esclavitud...?

Toni bebió un sorbo de agua mineral.

—Cierta vez, en Río de Janeiro, intenté marcharme de su lado. La policía me devolvió a mi «dueño» a las pocas horas, por haber sido acusado de un robo inexistente. En otra ocasión, en La Guaira, repetí el intento. Permitted que estuviese dos semanas encarcelado por el robo de este encendedor que él me había dado. Es un objeto de mucho valor, al parecer... No imagina usted lo que es una cárcel en el trópico...

«Una cárcel... es siempre una cárcel, en cualquier sitio...», pensó Nicole con amargura. Pero no le interrumpió.

—Al venir a Italia me escapé a Roma y me empleé de camarero en un restaurante. Los *carabinieri* me devolvieron al amo, quien benévola mente retiró la acusación de robo de cierta cantidad de dinero..., acusación que me ha costado estar fichado como ladrón aquí también. Por supuesto, no le había robado un céntimo.

Nicole apretó las palmas de las manos contra sus ojos, en un gesto que le era habitual y que descansaba. Luego volvió a mirarle incrédula.

—Todo eso es... absurdo.

—Sí. Todo es absurdo en este mundo. Usted... yo... esta gente que baila... los músicos y el *signore Filippo*, que tiene hidropesía y sin embargo parece muy contento siempre.

—¿Por qué no le pide ayuda al doctor León? —sugirió ella.

Y él la miró con burlona conmisericordia, como si acabase de decir una locura.

—¿Al doctor? Su cerebro es el inspirador de todas estas pequeñas diversiones. Él es, en realidad, quien se las dicta a Stéfano.

—¿Con qué objeto? No me hará creer que la humanidad entera está en contra suya y que es usted un pobre muchacho perseguido por odios infundados.

—El doctor no me odia personalmente. Es decir, no me odia más que al resto de

los mortales. Azuza a Stéfano contra mí porque imagina que algún día enloqueceré de rabia y le mataré. Espera ese instante con verdadera fruición. Adora las situaciones peligrosas.

Nicole se recostó en la silla, anonadada.

—¡No...! —dijo—. No puedo creerlo.

Toni se encogió de hombros.

—¿Hay alguna razón para que lo crea? Beba su café tranquila. Eso le enseñará a no hacer preguntas. Generalmente hablo poco. Usted me ha parecido una de esas personas que parecen conocerlo todo... y disculparlo todo. Me gusta mucho —dijo con ingenua puerilidad—. Me gustó desde que la vi en el aeródromo. Perdóneme si le he dado la lata con mis historias.

—Disculparlo todo...—repitió Nicole en voz baja. Jamás podría volver a disfrutar de la luz del sol sin recordar que había privado de ella para siempre a otro ser humano. A una persona como Pierre cuya vitalidad parecía absorber aquella luz y devolverla aumentada. Bebió los posos del café, terriblemente amargos. Sus manos temblaban al sostener la taza.

—Es preciso que se marche de la «Casa della Rocca» —dijo con repentina angustia—. Antes de que sea tarde. —Sin poder frenar el impulso, hizo la oferta generosa que tan solo sería capaz de hacer una persona maltratada por la vida, rica en experiencias y en comprensión humana—. Venga conmigo cuando yo me vaya. Le ofrezco trabajo.

Toni volcó el vaso de agua mineral, que formó un pequeño charco en el suelo, rápidamente absorbido por la tierra reseca.

—¿Con usted? ¿Irme con usted? ¿Yo...?

Había tanta humildad y sorpresa en aquel pronombre, que Nicole sonrió a pesar suyo y le acarició levemente los dedos, mojados por el agua.

—Usted mismo. Toni... el ladrón. ¿Por qué no? Podrá robarme de vez en cuando las cajas de cerillas si eso le divierte —bromeo—. Pero estoy segura de que no lo hará...

—Pero... ¿qué trabajo va a ofrecerme? No sé hacer nada...

—Aprenderá. Le enseñaré a leer y a escribir. Y será mi representante. No crea que es un empleo tranquilo... Tendrá que discutir ferozmente con los empresarios, ocuparse de mis itinerarios y de que mi cuarto del teatro sea siempre mejor que el de mis compañeras. También procurará que mi nombre destaque con letra grande en los carteles.

Conforme iba hablando se animó, imaginando su nombre en luces de colores,

anunciando un *ballet* cualquiera. Trabajo. Aquel era el único camino posible. Trabajo extenuador que hiciera olvidar. Ensayos, representaciones, viajes, comidas rápidas... Nuevos ensayos... Nuevas caras... Un vértigo que posiblemente calmaría los nervios... impidiendo pensar.

Alzó la cabeza y vio los ansiosos ojos de Toni que la miraban con expresión indefinible. Casi se sorprendió de verle allí, porque durante unos segundos había olvidado todo, volando lejos.

Lo ayudaría. ¿Por qué no? No existía gesto más bello en el mundo que aquel de tender la mano a otro ser necesitado de apoyo. Le ayudaría hasta que él pudiese caminar a solas.

De repente se impuso la realidad y se echó a reír con amargura. Toni enrojeció bajo su piel morena.

—Se ríe de mí, ¿verdad...?

—No. Me burlo de mí misma. Le ofrecí trabajo..., olvidando decirle que yo tampoco lo tengo. Ni grandes esperanzas de que me contraten.

Los ojos de Toni expresaron ahora desolación y se convirtió otra vez en el inexpresivo muchacho que parecía tallado en madera.

—Ya suponía que hablaba en broma. No se apure. Estoy acostumbrado a soportarlas. ¿Quiere otro café?

—No. Gracias. Regresaremos ya a casa. Y no hablaba en broma, Toni. Simplemente «hablaba». Pero mi situación es tan desesperada como la suya. Aunque... ¡quién sabe! Aún tengo un disco.

—¿Un disco...?

—El de Stéfano, ¿no se acuerda? Él me mandó venir... cariñosamente. Quizá tenga algo interesante que ofrecerme. No deseaba aceptar el convite, pero aquí estoy, exactamente igual que si le hubiese robado el encendedor.

Pasaron de nuevo ante el grupo de muchachos que otra vez, a petición propia y desesperando al maestro, bailaban y cantaban la tonada napolitana:

*Io ti do una cosa a te,
tu mi dai una cosa a me...*

Los *mortaretti* subían y bajaban en el cielo.

—¿Quiere que regresemos en barca? —sugirió Nicole—. En una de las barcas iluminadas.

El barquero, alegre por el vino y por el buen negocio nocturno, los hizo acomodarse en la popa, donde las luces de los pequeños globos de colores les

prestaban apariencia irreal.

En total silencio, atravesaron la fantástica bahía, cruzándose con otras embarcaciones iluminadas, llenas de gente que bebía, cantaba y se hacía el amor.

«Es bonita la letra de esta canción» —pensó Nicole subconscientemente—. «Yo te doy una cosa a ti..., tú me das una cosa a mí...» —Era bello dar y recibir. Tener alguien a quien dar... y alguien que nos diera algo...

Sonrió a Toni, cogió una de sus manos y enlazándola a la suya las hizo sumergirse en la estela de agua dorada por el reflejo de la luz.

—Siempre me gustó hacer esto —explicó tratando de reanimarle—. Uno piensa que el agua va a quemar... o que vamos a extraer oro líquido.

Toni la miró un instante y sonrió al fin con aquella sonrisa trabajosa que le transformaba.

—A mí también me gusta —admitió escuetamente.

Y agitó el agua iluminada, sin soltar su mano.

XIII



ARMINDA

Se sentía enferma, con el estómago y el hígado en plena rebelión. No debió comer tanta langosta. Ni beber en exceso. Los vinos producíanle una sensación de irrealidad que le obligaba a preguntarse qué estaba ella haciendo allí, en aquel pequeño pabellón con aspecto de haber sido un garaje, transformado y convertido en departamento para invitados. Un departamento en el que ningún confort faltaba, pero cuya soledad le producía opresión y angustia. Desde la ventana, adornada con cortinas de cretona, no se veía el mar, sino el parque de la finca, y frente a la entrada, como si montase guardia, una venus de piedra parecía esperar su iniciativa para entablar conversación.

La molestaba la impúdica desnudez de la estatua y sus senos perfectos que le hacían pensar en los de la *contessa*, tan generosamente exhibidos. De las tres mujeres que la acompañaban, esta era la más insoportable en su opinión, quizá porque aparentaba ignorarla desde su altura, como si fuese un ser de otro planeta con el que hubiera imposibilidad física de comunicarse.

Una vez más, abominó íntimamente del hecho de que Stéfano la hubiese humillado, invitando también a «aquellas otras», equiparándola con tres personas que, estaba convencida de ello, eran tres seres indeseables. No exceptuaba ni a Irene, que posiblemente con sus aires de mosquita muerta sería la peor del grupo. Irritábale Irene porque era la única a quien Stéfano conociera «después» que a ella, una vez que hubo abandonado Madrid y el hogar en el que tanto se le cuidara para dirigirse a América, gracias a sus ahorros..., pero deteniéndose en Barcelona durante muchos meses y gastando parte de ellos en hacer el amor a una muchacha que hubiera podido ser su hija. Nada le importaba, en el aspecto sentimental, ni Elena ni la francesa, a quienes Stéfano había tratado consecutivamente en su primera juventud. Pero la existencia de Irene suponía una traición.

El pabellón contaba con una pequeña salita, un dormitorio y un cuarto de baño color azul. ¡Si Blanquita pudiese verlo! A Blanquita le encantaban los cuartos de baño porque era muy aseada. Ni un solo sábado dejaba de tomar su baño caliente,

que le mejoraba del lumbago crónico.

Pero no debía pensar en Blanquita porque su recuerdo la atormentaba, rebajándole la moral. ¡Blanquita... con su cara de gata de Angora, hinchada de tanto llorar y sus ojos llameantes de odio! La semana anterior a la partida fue horrorosa, cuando Blanquita se convenció del todo de que su hermana se marchaba. Hasta las últimas cuarenta y ocho horas no tuvo la certidumbre, como si la idea fuese demasiado fantástica para aceptarla. ¡Arminda, que jamás salió de Madrid y que jamás se separó de ella, aceptar la invitación del hombre que sembró la discordia en sus vidas y volar hacia Italia en su busca...! ¡Volar!

A la propia Arminda le parecía un sueño, del que quizá se despertaría en cualquier momento para encontrarse en su mullida cama de dos colchones que perteneció al pobre papá. Un sueño el viaje en avión con su horrible sensación de inestabilidad y los terribles sobresaltos cada vez que el trepidar de los motores alteraba su ritmo. Una pesadilla aquella increíble sorpresa de ver aproximarse por la ventanilla las amenazadoras nubes y atravesarlas... dejándolas completamente humilladas.

Si Blanquita hubiese volado con ella, ¿qué sobresaltos no hubiera pasado? Su estómago no habría resistido el primer bache.

Al pensar en baches y en estómagos tuvo miedo de que el suyo no resistiera tampoco la copiosa cena, y volvió a sentirse mareada, con sudores fríos.

Una oficiosa doncella abrió sin duda su maleta, colocando las cosas en el armario. La fastidió el detalle, porque no le gustaban las intrusiones ajenas en su intimidad. Quizá no debió coger el quimono violeta que fue de su madre y que en realidad pertenecía a Blanquita, ya que a cambio de él, en la época del reparto de bienes maternos, ella se quedó con el chal de piel de marmota.

Blanquita se consideró injustamente tratada en aquel entonces, pero lo cierto fue que supo conservar envuelto en papeles de seda el crujiente quimono japonés, mientras que el chal de marmota usado por Arminda invierno tras invierno era ya solamente un provocante desafío a las polillas, de puro ajado y maltrecho.

Metió el quimono en la maleta sin que su hermana lo sospechara, claro. Y allí estaba ahora, a los pies de la cama, luciendo el asombroso esplendor de sus enormes crisantemos bordados en blanco. Lo tocó con respeto... y con algo de miedo, como si Blanquita pudiese asomar la cabeza de un momento a otro para reprochárselo.

El camisón sin estrenar que adquiriera dos días antes, estaba también extendido junto al embozo de la cama. Un camisón discreto y decente, como debía serlo el de una señora. Mientras se desnudaba mecánicamente, empezó a pensar en cómo serían los camisones de «las otras tres» y en si alguna poseería un quimono de seda japonesa auténtica. Imaginó que Elena llevaría uno de aquellos camisones de nylon

transparente que la vendedora pretendió en vano que ella comprase también, con el pretexto de que se lavaban fácilmente, pero que eran de una indecencia ofensiva.

Se puso el suyo, de seda lavable color limón con bodoques bordados junto al escote, y encima, con la solemnidad de un samurái, vistió el crujiente kimono que la convertía en una especie de ídolo primitivo de una religión fantástica. Al verse en el espejo sintió el impreciso deseo de hacer genuflexiones en cualquier dirección, como ocurría en las películas.

Decididamente estaba mareada, con ganas de vomitar y sin ningún paquete de bicarbonato del que echar mano. ¿Cómo no se le habría ocurrido meter bicarbonato en la maleta? En cambio, llevaba tres tubos de aspirina, previendo que las entrevistas con Stéfano le producirían grandes dolores de cabeza.

Regresó a la sala y vio los pedazos del disco roto que dejara sobre la mesa. Cogió el más grande y lo miró con ansiedad, furiosamente irritada por haberlo roto y furiosa también contra Stéfano, que hacía cosas tan estúpidas como aquella de impresionar discos de bienvenida para escamotear entrevistas indispensables y urgentes.

Sin saber por qué, no creía que Stefano estuviese tan enfermo como pretendía su médico, un personaje astuto que no le gustaba nada. Miraba a la gente con sonrisa sardónica y una ceja levantada, bien diferente del bueno de don Melchor, su médico de cabecera, que desde niñas cuidara sus bronquitis y gripes recetando cosas que sabían bien, y refiriendo anécdotas simpáticas sobre las monjas del asilo cercano, a las que también visitaba.

El médico de Stéfano le pondría seguramente inyecciones extrañas para mantenerlo en un estado aletargado y que no pudiera disponer abiertamente de su fortuna, que él manejaría a voluntad, como sucedía en la última novela radiofónica que Blanquita y ella seguían con apasionado interés: «Ruina moral o el deshonor de un médico». De nuevo los folletines estaban de moda, lo que era una suerte, porque nada había en el mundo tan interesante.

Al pensar en las emisiones radiofónicas de las ocho de la noche y evocar el ambiente tranquilo de su hogar, con Blanquita acariciando al gato y el canario dormitando en su jaula mientras el fichero del negocio mostraba un aumento consolador, sintió un miedo punzante, porque temía que el aceptar la invitación de Stéfano hubiese arruinado todo aquello, el ritmo agradable de su vida, la ternura fraternal, la buena marcha de la agencia, e incluso su salud, porque se sentía cada vez peor.

La sensación de distancia se hizo angustiosa, agrandándose cada minuto, y la figura del absurdo mandarín que el espejo reflejaba le pareció también desconocida, una grotesca sinfonía de malva, limón y blanco que desvirtuaba su auténtica

personalidad de mujer sensata y sin fantasías.

Pero... ¿había sido sensata y sin fantasías acudiendo a la romántica llamada que, al haber sido prodigada a tantas mujeres, perdía todo su romanticismo? Más que un gesto delicado de Stéfano convertíase en una innecesaria humillación moral que debió evitar.

Con el trozo de disco en la mano, se preguntó qué le diría Stéfano, qué frases sentimentales o simplemente prácticas grabaría para ella, y trató de figurarse su rostro, aquel rostro perfecto que el paso de los años habría alterado tornándolo casi desconocido. Sintió los ojos húmedos de lágrimas, con pena de sí misma, quizá por efectos del champaña, pues Stéfano fue, en sus cincuenta y tantos años de existencia, la única cosa capaz de merecer que entornase los ojos y pensara en ella con el corazón latiendo de prisa... como el ritmo de una bella música.

Ahora que estaba borracha, francamente borracha, porque todo oscilaba ante su vista, sentía una lucidez sobrehumana que le hacía comprender cuánto debió sufrir Blanquita por causa suya, si ella también había pasado horas escuchando la bella música extraña con los ojos entornados y la imagen de Stéfano en el corazón.

Se asomó a la ventana para que el aire de la noche la reanimara, y los senos perfectos de la venus de piedra se le hicieron nuevamente odiosos, como un símbolo de algo precioso que jamás poseyó y que la colocó siempre en el mundo triste de las cosas feas y sin gracia.

Sintió un arrebató de loca irritación, y por unos minutos se vio a sí misma tal como era e imaginó lo ridícula que parecería una estatua que la tuviera por modelo y que exhibiese sus marcadas costillas, sus piernas esqueléticas, sus senos marchitos y casi inexistentes, y su rostro sin armonía.

«¡Basta, Arminda! —se recriminó retorciéndose de angustia y procurando poner fin a su propia vivisección—. ¿Qué te ha ocurrido? Tan solo unas horas antes te creías heroína de novela al subir a un avión, rumbo a Italia, donde te esperaba el elegido de tu corazón, un millonario bello y romántico que ansiosamente clamaba por tu presencia. ¿Qué ha sucedido para que todo se haya derrumbado?».

«Elena —pensó con amargura—. Elena y su belleza, su elegancia, su poder femenino. Nicole y su exotismo, su experiencia y su aplomo. Irene y su radiante juventud. ¿Qué significas junto a ellas? Pareces la madre de todas, una madre fea, quizás una abuela descubierta en el rincón de los trastos y desempolvada para ver si aún puede servir para su papel de rodrigón...».

—Pero yo le di mi dinero... —recordó con rabia. Y se dio cuenta de que lo había dicho en alta voz, casi gritando, y de que la estatua lo habría oído..., suponiendo que por obra de milagro pudiese oír.

Se cubrió el rostro con las manos y se notó el cutis áspero y rugoso.

«¡Santo Dios, qué borrachera tengo!», se avergonzó en su subconsciente, aunque el haberse emborrachado le pareciera el resultado lógico de la aventura iniciada por la mañana.

Ella le había dado sus ahorros a Stéfano, una cantidad respetable que hizo posible que él alcanzara América y la fortuna, meditó a continuación. Sin duda, Stéfano pensaba reintegrarle el dinero y un poco más, por lo que el viaje no se podría considerar inútil. Trató de pensar en qué emplearía el dinero y decidió que compraría una nevera eléctrica para hacer mantecado de postre todos los domingos, pues Blanquita deliraba por él.

Deseó ver a Stéfano y resolver la situación para no tener que soportar más tiempo la presencia del terceto enemigo. De repente se encontró en el umbral de la puerta, sin atreverse del todo a realizar lo que proyectaba.

Se decidió al fin, y lanzando una mirada despectiva a la estatua, echó a andar por el parque en dirección a la casa, que se vislumbraba apenas por entre los árboles. La noche estaba fresca, pero sentía un horrible calor en la cara, como si le ardiera.

Estaba ya resuelta a llevar a cabo el propósito de ver a Stéfano, cerciorándose del estado verdadero de su salud y averiguando lo que pensaba hacer respecto a su deuda.

Las luces de la planta baja se hallaban apagadas. Algunas brillaban en el primer piso. Subió los escalones de la terraza y temió que la puerta del vestíbulo estuviese cerrada. Estaba sujeta solo por el picaporte y se encontró de nuevo en el vasto «hall» de losas blancas y negras, preguntándose cuál sería la habitación de Stéfano y si no se metería por equivocación en el cuarto del odioso médico o en el del chino, que parecía sordomudo.

No era aún muy tarde, apenas medianoche. Quizá Stéfano estuviese despierto, leyendo. Años atrás le gustaba mucho leer en la cama novelas de Zane Grey. Ella entraba en su cuarto alguna vez, después de su enfermedad, para ver si necesitaba algo o para dejar en su mesilla el termo con cacao caliente, que le agradaba beber si se despertaba en cualquier momento. ¡Cuántos mimos y cuánta ternura había prologado! Se irritó, recordando que lo despreció todo para irse a Barcelona a hacer el amor a una zangolotina insignificante y luego a Venezuela, de chófer de una camioneta, en una selva infestada de peligros. Solo a una afortunada casualidad debía su riqueza. De no haber existido, seguiría empleado en una factoría de caucho, secándose el sudor y matando mosquitos.

¡Había rechazado su amor y el cacao por aquella vida! Significaba claramente que jamás apreció el cacao ni su cariño.

Subió las escaleras despacio, porque las piernas le pesaban y el quimono le estaba demasiado largo. El crujido de la seda parecía atronador y capaz de despertar a

todos los habitantes de la casa. Se recogió la falda con las dos manos, como una damisela antigua, y se detuvo en el rellano, en el que se abrían varias puertas.

Era una galería ancha, también con suelo de pizarra, amueblada con arcones antiguos y abarrotada de cuadros y de plantas. Trató de contar el número de puertas, pero los nervios se lo impedían. Dominó el impulso de gritar: ¡Stéfano!, como tantas veces hiciera cuando él salía a la calle y le detenía para preguntarle si llevaba pañuelo limpio. No lo hizo ante el temor de que todas las puertas se abriesen dejando asomar rostros desconocidos que la recriminaran por escandalizar a tales horas.

Súbitamente le pareció que alguien se movía a lo lejos, al fondo del pasillo, y contuvo la respiración hasta que se dio cuenta de que se trataba de su propia imagen reflejada en una enorme luna veneciana. Y al contemplarse vestida de aquella guisa se sintió ridícula de pies a cabeza. La impresión resultó anonadadora, tan dolorosa, que se apoyó en una consola, tirando al suelo una figura de porcelana que se hizo añicos.

Aterrada, se recogió de nuevo las faldas y descendió la escalera a una velocidad vertiginosa, jadeando. Tropezó con una silla y corrió hacia la puerta de entrada en el momento en que esta se abría para dar paso al chino.

Durante un breve intervalo, ambos se contemplaron con estupor y Arminda pensó subconscientemente que el chino contemplaba su quimono con nostalgias orientales... o quizá solo con asombro.

—¿Le... le ocurre alguna cosa, señora? —preguntó solícito. En realidad, era un muchacho cortés, tenía que reconocerlo.

—Gracias..., me... me encuentro un poco mal. Es el estómago... Necesitaba bicarbonato.

—Siento que le haya molestado. En el pabellón tiene teléfono directo con el servicio. Una línea que solo se comunica con los criados —puntualizó—. Pero yo se lo daré ahora mismo, si espera un minuto. Siéntese. Esta usted algo sofocada.

«Estoy horrible, lo sé», pensó Arminda sin contestar, con aquel nuevo complejo de fealdad y de vejez que la aquejaba desde hacía unas horas.

Volvió el muchacho al cabo de un momento, agitando la cucharilla dentro de un vaso con agua. Sobre la bandeja de plata estaba también la caja con el bicarbonato, que le rogó se llevara.

«Quién sabe si en lugar de bicarbonato me estará dando a beber cualquier brebaje oriental, de efectos incalculables...», pensó mientras lo tragaba osadamente, comprobando en seguida que solo era inocente bicarbonato.

—El criado me ha dado también esto, que llegó hace unos momentos para usted —

añadió Toni—. Deseo que sean buenas noticias.

Arminda palideció y enrojeció alternativamente y su rostro se cubrió de placas. Siempre la habían asustado los telegramas y no veía razón alguna para que Blanquita telegrafiase. Por un instante se vio a sí misma desmayándose en brazos del chino, tras de leer la noticia de la muerte de Blanquita, caída fulminantemente con un ataque cerebral.

Tuvo la fuerza de voluntad de guardar el telegrama sin abrirlo.

—Gracias. Serán noticias de mi negocio. Ya lo esperaba. Me siento mejor y no le molesto más.

—La acompañaré.

No supo cómo evitarlo. Se dejó acompañar, despidiéndose ante la estatua de la venus sicalíptica.

—Habrá sido un día fatigoso para usted —dijo el secretario con una afectuosa comprensión que la sorprendió—. Descanse bien y no pierda el ánimo. Hasta mañana. Buenas noches.

Consideró que el chino habíase vuelto más hablador y que su rostro estaba más animado, aunque no comprendía el porqué. Apenas entró en el pabellón, abrió el telegrama y leyó, con las manos húmedas de sudor frío:

«Disfruta tranquila, sin rencores. Me apropié esta tarde para siempre de la ficha del ferretero. Estamos radiantes. Innecesario vengas para boda. Devuélveme mi quimono. Abrazos. Blanquita».

Se dejó caer en un sillón, estupefacta. Aquel lenguaje cifrado «me apropié esta tarde para siempre de la ficha del ferretero» significaba que Blanquita había aprovechado su primera ausencia para cazar al más difícil de los clientes de la agencia, el dueño de una gran ferretería de Toledo, que cada vez que iba a Madrid en busca de tornillos y tuercas, aparecía por la agencia en busca también de una esposa ideal, revolviendo todo el fichero femenino sin encontrar nada adecuado. Era un hombretón de aspecto vulgar, risa ruidosa y modales bastos, que a Arminda la horrorizaba, pero que Blanquita siempre defendía, alegando que era muy varonil y bondadoso, virtudes ambas que jamás tuvo ocasión de comprobar.

La muy ladina había actuado con rapidez. Sí. Ahora recordaba Arminda que era día 15 y que él solía ir a Madrid los días 1 y 15 de cada mes. Imaginaba la entrevista y a Blanquita con su mejor aspecto de gata, haciendo gestitos y sirviéndole cerveza fresca al muy animal, cosa que ella tenía prohibida, porque la agencia no era una taberna y en casa de unas damas solo debía servirse té.

¿Qué habría encontrado él en Blanquita, en la fofa Blanquita que temblaba de emoción por cualquier cosa, que iba siempre con la cara ridículamente empolvada

como la de un payaso y el pelo teñido como ala de cuervo? Evocó su eterno vestido gris tan estrecho que se arrugaba en la cintura, las horquillas doradas que clavaba en su moño y el dije, regalo de su madrina, que se ponía por las tardes. Sintió un furor loco al pensar que su hermana habíala burlado, consiguiendo al fin lo que ella no pudo lograr, obsesionada por el espejismo de Stéfano: un marido honrado y tranquilo.

«Innecesario vengas para boda».

Claro que no era necesario. Ni su presencia volvería a ser deseada por Blanquita.

Al pensar en lo triste que en adelante sería su vida en el piso solitario, sin la estimulante presencia de su hermana, comenzó a llorar silenciosamente primero, ruidosamente después, con amarga decepción, pues el matrimonio de Blanquita destruía su hogar, condenándola a una dolorosa existencia de solterona avinagrada, que ni siquiera tendría sobre quién descargar su vinagre.

Descartó la idea de casarse también ella misma. Sabía que sería casi imposible. El «asunto Stéfano» fue algo excepcional que, analizándolo bien, solo pudo llamarse sentimental en lo que a ella respectaba. Y de un modo u otro había marchitado cualquier leve encanto femenino que pudiese poseer alguna vez, resecaando su espíritu a la par que su cuerpo.

Odió intensamente a Stéfano, deseó que estuviese grave y muriera, e incluso, vagamente, asesinarle con sus propias manos, vestida con aquel quimono, que resultaba un uniforme apropiado para sangrientas venganzas.

¡El quimono que tendría que devolver! Blanquita había descubierto su falta inmediatamente.

Imaginó a la muy tonta paseando por la ferretería toledana con el quimono fantástico y lloró más fuerte aún, pues el quimono estaba en buen estado y su chal de marmota era una irrisión que ya solo servía para abrigarle los pies en la cama.

Una irrisión... como ella misma, que se encontraba en Italia, en una finca romántica junto al mar, y había cogido prosaicamente una indigestión espantosa.

«...me apropié para siempre de la ficha del ferretero...».

¡Desastroso! Y esta vez no sería posible quitarle el novio. El ferretero tenía la tirria y la llamaba siempre doña Arminda, con tanto respeto como si se tratara de una octogenaria inválida.

«Estamos radiantes...».

Claro que lo estarían. Blanquita podría gritar: ¡Al fin!, y el ferretero suspirar satisfecho por encontrar una media naranja a su gusto...

¡Ja, ja, ja...! A su gusto... ¡Qué absurdo!

Se quitó furiosamente el quimono y lo arrojó sobre el sofá, quedando con su camisón color limón, de tela tiesa y dura.

—¡Con lo divertido que debe de ser vender tornillos! —sollozó cada vez más fuerte, imaginando el alegre tintineo de la caja registradora, marcando cifras más y más altas...

XIV



IRENE

Valía la pena haber hecho el viaje con tal de bañarse en aquella bahía de ensueño, pensó Irene sumergiéndose y volviendo a salir a flote, como una modernísima sirena que se hubiera puesto un *lastex* color coral.

—Divino —murmuró, con los labios y las pestañas llenas de sal.

Aún no eran las nueve de la mañana y en la finca todo parecía dormir. En el puerto, al otro extremo de la bahía, distinguíase algún movimiento de lanchas pesqueras, y en los jardines de las villas escalonadas por la montaña, las podaderas de los jardineros dejaban oír su alegre sonido metálico, cortando setos y apiñando ramas marchitas.

«Un día esplendoroso», pensó mirando el cielo azul, sin una nube. Un día perfecto para volar. Un día perfecto para nadar con Carlos en esta bahía o en cualquier otra del universo.

Recordó, sin embargo, que Carlos odiaba bañarse en el mar o en las piscinas y que no aprobaba sus gustos acuáticos, ni mucho menos sus trajes de baño indiscretos. Para ella, muchacha de sol y de aire libre, no existía la indiscreción en los trajes de baño, a condición de que no se utilizaran como exhibición especial.

Aquel *lastex* coral estaba ya muy usado y empezaba a perder su brillante tono, pues habíase tostado con él sobre muchas playas en compañía de Jaime. Jaime, cuyo cuerpo bronceado y atlético era un conglomerado de músculos siempre en plena forma.

¿Qué estaría haciendo en aquel instante? Desayunándose probablemente en el bar del aeropuerto, dispuesto a emprender viaje en cualquier dirección. Evocó el movimiento usual del aeródromo, con sus viajeros apresurados, sus altavoces prodigando instrucciones, los mecánicos de las pistas eternamente de buen humor, como si aquel trabajo fuese esencialmente alegre, y las dotaciones de pilotos y demás oficiales, que no prescindían de su copa de coñac antes de iniciar el vuelo. Pensó en el racimo de muchachas compañeras suyas, con sus bien planchados

uniformes, dispuestas para volar también, con la tranquilidad que proporcionaba la costumbre, sin que el hecho les produjese la menor sensación de arriesgada aventura.

Ojalá su compañera Adela se acordara de enviar las cartas que llegaron de Carlos. Fue preciso tranquilizar a la familia dándoles una dirección en Madrid, y tuvo que confiarse a Adela, que vivía allá y que era una chica discreta y comprensiva. Oficialmente Irene y «la señora para la que trabajaba» pasarían diez días en la capital, en casa de unos parientes de dicha señora. Aquella supuesta casa sería la de Adela y ella misma le reexpediría a la «Casa della Rocca» el correo, remitiendo a la vez las que Irene le enviase para Carlos y la abuela.

«Mentiras y más mentiras», pensó disgustada. Pero pronto acabaría aquello. Estaba segura de que Stéfano la ayudaría.

¡Qué extraña sensación la de oír su voz en el disco! Una voz que le resultó casi desconocida, pues, preciso era confesarlo, hacía mucho tiempo que había olvidado a Stéfano y todo cuanto a él se refiriese.

De vez en cuando algunas palabras le hicieron evocar vagamente la cara morena que bajo la gorra de chófer le sonreía cierta mañana lluviosa diciendo:

—Esto es lo que en mi tierra llamamos *piovere a catinelle*...

¡Pobre Stéfano! La vida había sido injusta con él. De nada le sirvió conseguir una fortuna si la falta de salud le impedía disfrutarla. En su cariñoso mensaje le hablaba de todo aquello y le pedía perdón por haberla molestado, haciéndole ir a visitarle. Después hablaba de dinero.

¡Dinero!

Se tendió boca arriba sobre el agua, para en aquella postura pensar mejor. Stéfano decía que pensaba hacer en seguida un nuevo testamento legándole una respetable cantidad, rogándole que la aceptara después de su muerte, en recuerdo de la amistad más pura y grata que tuviera en su vida.

Era en realidad un gesto espléndido y maravilloso, digno de figurar en la más estupenda película, pero ella no podía esperar hasta que Stéfano muriese. Necesitaba el dinero inmediatamente, para que Carlos resolviera la situación.

Estaba casi segura de conseguirlo. Aquella misma mañana hablaría con Stéfano para pedirle un anticipo sobre el legado. Sería una petición vergonzosa e incorrecta, pero ¿qué otra cosa podía hacer? El pobre Stéfano podría vivir aún años y años con su lesión y ella, en verdad, no deseaba en modo alguno su muerte.

Pero tampoco podía pasar la vida esperando y marchitándose. Entre otras cosas, porque Carlos sería capaz de hacer cualquier disparate estúpido que los separase para siempre.

No. Era preciso armarse de valor y convencer a Stéfano. Para eso había acudido precisamente a la «Casa della Rocca», formando parte de un harén cuya situación era bastante ridícula y violenta. Un harén que chocaba con sus ideas respecto a la dignidad femenina. Al formar el mundo, Dios había creado la pareja. No un terceto ni un cuarteto dirigido por el macho. Ella era una muchacha de su época que se ganaba la vida y se desenvolvía perfectamente sin ayuda ajena. No admitía supremacías en el sexo opuesto ni las disculpas ancestrales sobre supuestas debilidades masculinas.

Un hombre para cada mujer, una mujer para cada hombre. Aquello o nada. Era preferible vivir sola y tranquila, con la cabeza alta y el corazón vegetando, sin sobresaltos mezquinos.

Una pequeña barca pasó a su lado, y los dos chicos morenos que la tripulaban, dos pescadores que salían a la mar, fingieron torpemente no haberse dado cuenta hasta aquel instante de su presencia, como si el bañador color coral no les hubiese atraído como un imán.

—*Buon giorno, signorina.*

—*Buon giorno.*

—*L'acqua è fredda a queste ore...*

—*No. Stà benissimo.*

—*Arrivederci, signorina.*

—*Arrivederci.*

Se alejaron hacia la salida del puerto, cercado de montañas.

Salió también del agua, izándose hasta el desembarcadero de tablas entrecruzadas que comenzaban a recalentarse bajo los rayos del sol. Sin embargo, casi hacía frío. Se cubrió con el albornoz corto, también rojo, y descubrió en uno de los bolsillos un paquete de tabaco. Aún quedaban tres cigarrillos. Eran de Jaime, y recordó el momento en que él se los dio días antes, en la playa de Niza, donde tuvieron tiempo de darse un chapuzón.

Encendió uno, porque Jaime tenía costumbre de meter el sobrecito de fósforos entre el celofán y el papel cuché. En el sobrecito había algo anotado, unos números y unas iniciales ininteligibles. Jaime solía apuntarlo todo en los sobrecitos de fósforos de diversas nacionalidades, que coleccionaba. Aquellos eran portugueses, de color verde, y ostentaban la inicial «J» impresa en blanco sobre el cartón.

A la primera bocanada de humo recordó que estaba en ayunas y que tenía hambre. Arrojó el cigarrillo al agua y de dos en dos subió los escalones que conducían, primero, a la pérgola, y luego al parque. En la pérgola tomó aliento y cortó una rosa

de las que trepaban por la balaustrada. Una rosa color sangre, perfumada y húmeda de rocío. Le dio un impulsivo beso de gratitud por ser tan bella y por oler tan bien, y se la colocó sobre el tirante del bañador, junto al escote caliente de sol.

En la puerta del pabellón, el criado, con chaquetilla blanca, esperaba.

—Estaba buscándole, *signorina* —saludó sonriendo. La llaman al teléfono.

Irene sacudió su melena mojada.

—¿Al teléfono...? ¿A mí...? No es posible.

—A la *signorina* Irene Luque.

—No es posible —repitió para sí. A menos que..., claro..., tenía que ser Stéfano... desde su cuarto.

—¿Dónde está el aparato? ¿En el vestíbulo?

Corrió ágilmente hacia la casa y la rosa se cayó al suelo sin que se diera cuenta. Pero el criado, que corría tras ella, la recogió y se la entregó galantemente. Tenía unos dientes muy blancos y una mirada alegre, a tono con la radiante mañana.

Le indicó con un ademán la situación del aparato. Un gesto delicioso y teatral, terriblemente italiano.

—Ecco, *signorina*.

—¿Quién...? ¿Quién es? —preguntó Irene estrujando la rosa.

—¿Quién va a ser capaz de despertarte a estas horas? Solo un fresco como yo —dijo una voz bien conocida, en sonoro español. Y al escucharla, ella se quedó sin habla un segundo.

—Pero... ¿eres tú...? ¿Jaime...? ¿Cómo has podido averiguar...?

—Yo siempre sigo tu rastro, cielito. Por tierras y mares. Oye. Tenemos que vernos. Estoy aquí, en el pueblo. En un *albergo* junto a la carretera de Rapallo. ¿Has desayunado? ¿No? Lo haremos juntos.

—Pero es que... no puedo... Yo tengo que...

—¿No puedes? ¿Por qué...? Debo entregarte unas cartas.

—¿Cartas? ¿Para mí?

—Me las dio ayer Adela con el encargo de que te las trajese.

Adela... Ahora comprendía cómo Jaime consiguió su dirección.

—Bien. Iré en seguida.

—«*Albergo* de Santa Margheritta». Un nombre poético. No tiene pérdida. Sales de tu casa y echas a andar por la carretera en línea recta. Iré pidiendo el desayuno.

Café para mí y leche fría para ti, ¿no es eso? Fría, cruda y sin azúcar.

Rio, excitada sin saber por qué.

—Exacto.

—Con un *croissant*.

—Con dos. Tengo un hambre horrible. *Arrivederci fra poco, bambino...* Perseguidor de mujeres.

—Hasta ahora, tontita mía.

La rosa quedó definitivamente olvidada junto al teléfono, e Irene corrió hacia su pabellón, dándose la ducha más rápida de su vida. Se vistió un pantalón largo oscuro y un jersey blanco y decidió no pintarse tan temprano, limitándose a cepillar el cabello en la dirección requerida para que se fuera secando al sol, perfumado de colonia.

Al salir de la finca, pisando con sus sandalias nuevas la carretera bien asfaltada, tuvo deseos de cantar. En resumidas cuentas, no tenía por qué explicarle a Jaime quién era exactamente su anfitrión de la «Casa della Rocca», ni el verdadero motivo por el que acudiera allí. En cambio se alegraba de verle por unas horas y de que le trajera cartas de su familia. Carlos había cumplido su promesa, escribiendo en seguida.

—Carlos..., Carlos —comenzó a canturrear mientras andaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mirando con puerilidad sus sandalias nuevas. Se volvía loca por el calzado, sobre todo cuando era tan bonito y moderno como aquel. Tiras de piel blanca, enlazadas por una cadena dorada. Bonito y cómodo. Sin tacones, dejando los pies casi totalmente al aire.

Fue leyendo los nombres de las villas impresos junto a las verjas de entrada: «Villa Giulia», «Piccolina», «La Cascada», «Anunzziatta»...

Aquel edificio de la derecha era sin duda el *Albergo*. Un chalet de tres pisos, color de rosa, con toldos de lona rayada en las ventanas, rodeado de amplio jardín. Ante la puerta había varios coches estacionados y varias motos. Contemplando una de estas últimas, con el consabido interés masculino, estaba un muchacho alto, con pantalón y camisa blanca remangada, que alzó la cabeza al verla llegar.

—Hola, nena.

—Hola.

La miraba con absurda fijeza, como si la viese por primera vez, e Irene adivinó en el acto que, a pesar del amistoso saludo telefónico, se sentía intrigado e inquieto, aunque trataba de disimularlo.

—He escogido una mesa en un rincón estupendo. Los recién casados, que sin duda

la usufructúan diariamente, me han echado una mirada furiosa, pero no importa. Ven por acá, Irene.

Cuando la llamaba Irene solemnemente, era porque estaba enfadado. Sin embargo, luchaba consigo mismo por parecer amistoso.

La cogió de la mano para indicarle el camino, y su contacto resultó grato y confortador. Los nervios de Irene acusaron satisfacción y se dio cuenta de la tensión febril que venía soportando desde su salida de «Los Almendros», cinco días antes, decidida a correr el riesgo de la aventura.

Se instalaron ante la mesa, en cómodos sillones de lona. Ocupaban realmente una posición estratégica, en un ángulo sombreado del jardín, sobre la parte más estrecha de la bahía. El agua era tan clara que se divisaban perfectamente los guijarros del fondo, cubiertos de algas, y los ávidos peces que acudían para demorar los desperdicios que flotaban junto a las barcas. Se acodó sobre la mesa y desafió la escrutadora mirada de su compañero.

—Bueno. ¿Me das esas cartas?

Él hizo un gesto, como si hubiese olvidado todo lo referente a aquel detalle, y se llevó la mano al bolsillo posterior del pantalón.

—¡Ah! Sí. Tus cartas. Tómalas.

La letra de Carlos en uno de los sobres. La de la abuela, pequeña y firme, en el otro.

—Mil gracias. De ti puede esperarse siempre cualquier sorpresa. Como esta de aparecer en Portofino para actuar de cartero.

—No me des las gracias. En realidad no debiera haber venido. Estoy disgustado conmigo mismo por... —se detuvo y golpeó la mesa con el puño cerrado—... por perseguirte de esta forma ridícula, pero... —la miró y confesó con humildad que desarmaba—... ha sido más fuerte el deseo de saber el motivo de que hubieses pedido diez días de permiso para venir a este rincón de Italia a hospedarte en la finca de unos tipos raros.

No iba a ser tan fácil como creyera eludir la curiosidad de Jaime, pensó Irene suspirando mientras el corazón le latía más de prisa. Sin duda le había faltado tiempo en el pueblo para informarse acerca de los habitantes de la «Casa della Rocca» y del grupo de invitadas que llegaron el día anterior, entre las que ella se encontraba.

La aparición de la camarera con los desayunos interrumpió momentáneamente el diálogo. Mientras Jaime untaba con mantequilla los *croissants* de Irene, como solía hacer siempre que desayunaban juntos en cualquier restaurante o aeropuerto, trató de hilvanar una historia verosímil sin conseguirlo. Resultábale imposible mentirle a

Jaime, cuyos ojos adivinaban hasta sus más recónditos pensamientos. Decidió que la única salida posible era la de fingir enfadarse, tomando la iniciativa. Y no le costó trabajo, porque de repente se sintió irritada, sin poder analizar el motivo. Con injusticia muy femenina, comenzó a recriminarle irrazonablemente.

—...nunca imaginé que vigilaras mis movimientos sin el menor derecho... Lamento decirte que soy mayor de edad y de raza blanca...Y quiero recordarte que un hombre curioso es...

Estaba diciendo todo lo que no hubiese querido decir y él la escuchaba fingiendo prestar solo atención a su café con leche, tan cargado que casi parecía negro, mientras con la mano izquierda despedazaba furiosamente un inofensivo terrón de azúcar. Se detuvo Irene para tomar alientos y mordió el *croissant*, que tenía una capa excesiva de mantequilla, como si el subconsciente de Jaime le impeliese a sobrealimentarla. Era una mantequilla salada, fría y sabrosa.

—... creo que una chica puede tomarse unas vacaciones sin tener que explicar a diestro y siniestro...

—Siniestro. Has dicho bien —interrumpió él inesperadamente—. Una fuga siniestra. Una escapada absurda como la de cualquier mujer equívoca que no quisiera ser descubierta. Pero da la casualidad de que tú no eres una mujer equívoca y, por tanto, me consideré con derecho a averiguar...

—¡Derecho! ¡Ja!

—Derecho, sí. El derecho que dan la amistad y el... el gran cariño que te tengo. ¿O es que vas a fingir a estas fechas que no sabes que te quiero...?

—No intento fingir nada. Yo...

—Si pensabas tomar vacaciones, debiste hablarme de ellas.

—¿Por qué tengo que darte explicaciones...? ¿Por qué...? ¿Por qué...?

—No te excites. Bebe tu lechecita como un buen bebé.

Obedeció puerilmente y bebió la mitad del vaso, que era enorme y que tuvo que sostener con las dos manos. Al volver a dejarlo sobre el plato, observó que él sonreía de aquel modo tierno que calmaba sus arrebatos.

—¿De qué te ríes, tontísimo...? —le recriminó.

—De que eres y siempre serás un bebé muy rico. Con escapadas escabrosas a Italia y sin ellas.

—¡Qué manía de llamarme bebé! Tengo veintisiete años.

—Veintiocho —corrigió con malicia—. Los cumpliste el mes pasado.

—Está bien. Veintiocho. Lo mismo da. No soy un bebé.

—Claro que lo eres. Existen bebés de veintiocho, de cuarenta y hasta de ochenta años. Tú eres el bebé más apetecible, sonrosado y blanco que conozco. ¿Quieres que pida otro *croissant*...?

—Gracias, no. Ya he comido dos y una de tus tostadas.

—Deben de tratarte mal en la casa misteriosa. Tienes hambre atrasada.

De nuevo surgía el peligroso tema. La «Casa della Rocca». La Mansión del Misterio.

Jaime esperó que hablara, pero al no hacerlo explicó él:

—Cuando supe lo de tus diez días de permiso, temí que estuvieses mala. Entonces averigüé tu dirección y telefoneé a tu casa de Barcelona.

—¡A mi casa! —se alarma—. ¡Santo Dios! ¿Qué dijiste?

—Nada. Pregunté por ti. Se puso la criada, quien me indicó que estabas en Madrid y me dio tus señas. Como tenía que volar hacia allá, fui a la calle indicada y me encontré con que se trataba del piso de Adela, nuestra muy apreciada compañera. Le apliqué el tercer grado para que me descubriese tu paradero. No fue fácil y temo que la pobre chica no vuelva a dirigirme la palabra en el resto de su vida. Al saber que pensaba venir a verte, me entregó las cartas que llegaron para ti. Conseguí cuarenta y ocho horas de permiso alegando un repentino ataque de reuma articular y aquí estoy. Vine en uno de los aparatos de la Iberia, charlando con los pilotos.

Todo muy fácil, pensó Irene. Para un aviador no existían dificultades ni distancias, como si careciese del sentido de proporción y realidad del resto de los mortales. Pero posiblemente habría desencadenado una tempestad de curiosidad y alarma en «Los Almendros» cuando Pepa refiriese a la hora de comer que «un señor había telefonado preguntando por la señorita Irene».

Imaginaba el ceño de Carlos y sus frases sobre «las mujeres independientes que vivían una existencia poco clara lejos de su familia», y la confusión de la abuela mientras tragaba los gajos de naranja de tres en tres.

Pero allí estaban las cartas que hablarían del asunto, calificado probablemente por Carlos como «la sorprendente llamada masculina».

Jugueteó con los sobres, llena de febril curiosidad.

—¿No te importa que las lea ahora? —preguntó. Y Jaime hizo un gesto afectuoso con la mano, mientras dirigía los ojos hacia otro lado, recostándose en la silla para dejarla leer con tranquilidad.

Abrió primero la de la abuela, pues le gustaba dejar las cosas más buenas para lo último. La leyó de un tirón y la volvió a empezar porque, por leer tan de prisa, no había comprendido nada. Sentía una angustia inexplicable que fue aumentando

paulatinamente:

«...y en cuanto hablaste de pasar unos días en Madrid, Carlos decidió que aprovecharía tu ausencia para marcharse también, con objeto de que la despedida no fuera tan penosa...

»...puedes comprender la amargura que ha supuesto para mí el dejarle marchar tan lejos, pero a los hombres no es posible sujetarlos, ni hacerles perder las buenas oportunidades...

»...Sabíamos que eras contraria a la idea de hipotecar la casa, pero era la única salida posible para Carlos. No te dije nada, para no aumentar tus preocupaciones. Eres una buena chica que le gusta echar sobre sus hombros el peso de todas las responsabilidades de la familia. Pero eso no es lógico, hijita. Son los varones los que deben luchar, o al menos así era en mis tiempos, y Carlos trabajará en Cuba y me enviará el dinero para levantar la hipoteca...

»...se marchó veinticuatro horas después que tú. Tenía todo preparado ya y...»

Dejó el pliego sobre la mesa. Sus manos temblaban tanto, que no podían sostenerlo. Tuvo la impresión de que se había nublado el sol y de que el radiante panorama era ahora un caos de niebla y de oscuridad.

«...se marchó veinticuatro horas después que tú. Tenía todo preparado...»

Mecánicamente abrió la carta de Carlos, destrozando el sobre. Las letras bailaban una frenética danza ante sus ojos.

«...sé que te dolerá al principio, pero, nena querida, entre la abuela y tú me teníais esclavizado, condenado a una vida idiota que me enloquecía... No soy hombre para vivir echado boca arriba sobre un diván durante años y más años por el simple hecho de haber padecido hace ya siglos una congestión pulmonar, lo que le ocurre a mucha gente... La abuela y tú sois dos encantos, pero, gatita mía, me anuláis totalmente, e iba a llegar el día en que comenzase a odaros. Creo que recordaré toda mi vida vuestras voces preguntando a dúo: «Carlos, ¿dónde vas...», cada vez que tenía la osadía de levantarme del sofá.

»Voy a aprovechar la oportunidad que mi amigo me brinda. Organizaré una sucursal en La Habana. Lamento sacrificar a la abuela, pero le enviaré dinero en cuanto me sea posible. Y a ti, mi primita guapa, te enviaré de regalo un abrigo de visón, para compensarte de cuanto hiciste por mí.

»Lo nuestro no podía durar. En realidad, no debió empezar nunca. Estoy seguro de que en el fondo también fue una lata para ti. En cuanto pasen unos días estarás encantada con tu libertad, dispuesta a dar el sí al primer buen chico que se te acerque. Recibe mi bendición y un beso muy cariñoso. Y deséame buena suerte, muñeca. No seas rencorosa. Escribiré a menudo.

»Carlos»

Sin la menor nostalgia, salía de su vida tan inesperadamente como entró en ella. «...estoy seguro de que lo nuestro también fue una lata para ti...».

Alzó la cabeza y vio el perfil de Jaime, que miraba abstraído la maniobra de atraque de un pequeño barco.

—Jaime —suplicó con voz extraña—. Sácame de aquí y llévame a algún sitio en donde pueda llorar a gritos...

XV



ELENA

La voz de Dino sonaba impaciente en el teléfono:

—Entonces... ¿aún no hablaste con él...?

Elena negó con la cabeza, sin ganas de responder.

Como no podía verla, añadió escuetamente:

—No.

Adivinó la cólera de Dino ante su laconismo.

—Pero, en fin, ¿ese hombre se muere o no se muere...?

—Morirá... si yo se lo ruego de tu parte.

—No estoy para bromas, tesoro.

—Tampoco yo.

—Comprenderás que me tenga en ascuas el que estés bajo el mismo techo que ese individuo.

—Creo recordar que insististe de una manera violenta para que aceptase la invitación.

—No teníamos otra salida. Los asuntos de Río estaban terribles. Fierro me exigía la devolución de la cantidad que entregó como prima para el negocio disuelto. ¿Qué querías que hiciera? Necesito el dinero esta semana. ¿Me oyes bien...?

—Te oigo.

—Esta semana, para regresar allá en seguida. Puedo encontrar nuestra gran oportunidad.

—Nuestra gran oportunidad... —repitió Elena.

Y pensó que aquella frase podía considerarse la divisa de Dino y que su vida en común estuvo sembrada de «grandes oportunidades» que se deshacían como

pompas de jabón.

—Vamos, preciosa mía. Un poco de ánimo. Tú consigues lo que te propones. Ayúdame por última vez.

Por última vez, sí. Jamás volvería a su lado ni compartiría su existencia azarosa. Habíaselo jurado a sí misma durante la atroz escena en que él le ordenara aceptar la invitación de Stéfano. Aquella escena que le hizo conocer a su marido sin artificios, tal y como realmente era, capaz de todas las bajezas imaginables.

Hizo un esfuerzo para hablar con naturalidad.

—No insistas. Haré cuanto pueda.

—¿Sabes si al menos hizo testamento?

—No sé nada.

Dino se enfureció.

—¡No sabes, no sabes! Es preciso que sepas y que actúes.

—Actuaré.

—Confío en ti. La existencia de aquellos pozos de petróleo es auténtica. Me informé previamente.

—Lo sé, lo sé. Lo dijiste en Río. Tú siempre te informas previamente.

—Tesoro, no te pongas irónica. Trata de comprender que...

—Pero... ¡si yo lo comprendo todo! Soy la mujer más comprensiva del mundo. ¡Oh! ¡Caramba...!

—¿Qué pasa...?

—Me he roto una uña.

—No sé qué tienen tus uñas que siempre se están rompiendo.

—Son frágiles... como yo. ¿Has visto a Cosetta?

—Anoche. Cené con ellos en su departamento. Querían que me instalase allí, pero es un pisito como un pañuelo, incómodo y con muebles de pacotilla.

—Al menos es suyo. Lo han pagado al contado. Lo que no es poco. ¿Cómo se encuentra Cosetta?

—Todo lo bien que se puede esperar en su estado —dijo con aspereza.

Su estado. La espera de aquel bebé que los convertiría en abuelos, pensó Elena. Y adivinó que el ver a Cosetta así, habría rebajado la moral de su padre.

—¿Qué le dijiste de mí...?

—Que te habías quedado en Río cerrando la casa y que llegarías la semana próxima. Está deseando verte.

—¿Sí...?

Era lo único bueno y grato que él podía decirle. Sintió un deseo ardiente de abandonarlo todo y de correr a Roma, junto a su hija, que añoraba su presencia.

Adivinándolo, Dino continuó:

—Estoy en el Negresco, pero esta tarde tomaré el avión de Génova. Creo preferible estar cerca por si me necesitas. Así podré estar al tanto de la situación. Te noto algo extraña. Creo que necesitas mi estímulo para actuar brillantemente, como siempre, preciosa mía.

—Preferiría que...

—Lo sé. Preferirías que te dejase en paz. Pero no puedo. En esta ocasión no logro fiarme de ti, *contessa mia*.

—Haces mal, encanto.

—Telefonaré en cuanto llegue a Génova. Mil besos.

Se cortó la comunicación. Elena se dio cuenta entonces de que estaba sudando. Hacía calor en la angosta cabina de teléfonos. Había acudido al pueblo a aquella hora para hablar con Dino, según convinieran, sin que él tuviese que telefonar a la «Casa della Rocca». Un resquicio de dignidad que no concordaba con el resto de su conducta. O quizá no fuese dignidad, sino precaución para evitar ser oído por cualquier persona de la villa.

Salió a la calle y la brisa fresca la reanimó, despertando su deseo de beber algo. Algo reconfortante y fresco. Pero en el café de la plaza serían capaces de no tener *whisky*.

Lo tenían. Hizo que le dejaran la botella sobre el mostrador y ella misma se lo preparó con hielo y un poco de soda. Acodada en la barra, fue bebiendo a sorbitos, sin prestar atención a los escasos clientes que la miraban con admirativa curiosidad. Estaba demasiado acostumbrada a las miradas ajenas, para que pudiesen turbarla.

La semipenumbra del interior del café era fresca y calmante. Tenía sueño, porque no había dormido en toda la noche.

Aquella repentina vuelta al pasado la hacía sentirse víctima de un conjuro fantástico, como si las hadas o las brujas hubiesen hecho retroceder el reloj del tiempo, trasladándola de nuevo a la única época de su vida en la que conociera el auténtico amor.

«Exactamente igual que si de un rollo de fotografías, una sola hubiese salido bien,

quedando las demás veladas», pensó, poniéndose las gafas oscuras para poder cerrar los ojos, que le dolían. Su vida era como una serie de clisés echados a perder por un fotógrafo torpe. Tan solo la foto para la que Stéfano posara salió perfecta. Clara, brillante y en colores. Del resto, apenas podían divisarse, poniéndolas al trasluz, escenas opacas en las que seres irreales marcaban levemente sus contornos confusos.

«¡Veintitantos años odiándolo todo por culpa suya!», pensó con una amargura que la hacía temblar. Veintitantos años de odio, derrumbados bruscamente al influjo de su voz deformada pero reconocible a través del disco:

«Sirena mía... únicamente mía...».

«¡Oh! Maldito seas —pensó bebiendo un gran trago de *whisky*—. Maldito seas por haber conseguido turbarme todavía con tu maldita frase y tu maldito disco que me arrancó el sueño».

Jamás podría olvidar el momento en que lo puso en el *pick-up* la noche antes con gesto despectivo y el alma cerrada a la ternura. Aún sonaba en sus oídos el eco de su propia frase, dicha con rencor durante la cena:

«Los padres de Stéfano trabajaban como jardineros a nuestro servicio. Eran gente humildísima...».

Se sentía un poco avergonzada por ello, como la persona que a sabiendas comete una indignidad. Pero la tentación de sorprender al coro de estúpidas fue demasiado grande.

Y en aquel pabellón en el que Stéfano vivió su primera juventud, el pabellón del jardinero transformado en confortable *bungalow* y que naturalmente le fue adjudicado... se decidió a escuchar el mensaje que él le enviaba al cabo de los años. La perspectiva que contemplaba a través de la ventana era la misma que él contemplaría al regresar de sus entrevistas. Incluso se veía desde allí la caseta de los botes, que permanecía idéntica y en la que ella de buena gana hubiese entrado para cerciorarse de si aún conservaba su olor peculiar a lonas húmedas y a sal.

Encendió un cigarrillo y empezó a sorber un coñac cuando la voz de Stéfano se hizo oír. Pero el coñac cayó al suelo y el cigarrillo se apagó cuando escuchó su primera frase:

«Sirena mía, únicamente mía...».

Su primera frase y la última, ya que no había grabado ni una palabra más en todo el disco.

Bastó, sin embargo, para trasladarla a la cala llena de sol y al instante preciso en que, tras de intercambiar el primer beso locamente apasionado, él le dijera con ojos llameantes:

«Sirena mía... únicamente mía...».

Repitiendo luego, mientras la estrujaba con furia:

«Únicamente mía, o te mataré. Lo juro...».

Elena había lanzado un gemido mientras la aguja continuaba girando sobre el resto del disco mudo. Un gemido como si Stéfano acabara de besarla de nuevo, clamando brutalmente en su cuerpo aquellos dedos fuertes, mojados por el agua de mar.

Incluso creyó sentir otra vez un sabor salado en los labios, pero solo fueron sus propias lágrimas, que caían en silencio sobre el vestido «topacio», acabando de estropearlo. Lágrimas copiosas e incontenibles, guardadas durante años. Lágrimas de vergüenza por sí misma y por todas las bajezas que el odio y el despecho le hicieron cometer.

«Únicamente mía, o te mataré. Lo juro».

Pero en verdad, ella no había pertenecido a nadie más que a Stéfano, sin que ni siquiera el hecho de haber tenido una hija de Dino alterase aquella certeza espiritual.

—¡Maldito seas! —murmuró por primera vez después de aquellas amargas doce horas. Pero de nuevo puso la aguja en el principio, para oír su voz inolvidable.

¿Por qué no habría continuado hablando? ¿Por temor a romper el encanto? ¿Por no encontrar palabras para decirle...? ¿O simplemente para atormentarla una vez más...?

Durante aquellas horas de insomnio habría dado años de vida por poder escuchar los discos que Stéfano dedicara a las otras mujeres.

Sí. Porque había otros discos, lo mismo que siempre hubo otras mujeres. Pero hasta para ser infiel, Stéfano era apasionado. Apasionadamente infiel. De lo contrario, no habría tenido la audacia de saludarla al cabo del tiempo con su primer grito amoroso.

Había esperado todo menos aquello y se sentía desconcertada, como la pantera que se dispusiera a la lucha y viera que la presa se le entregaba aparentemente indefensa.

¿Indefensa? ¿La frase era un saludo evocador o una velada amenaza...?

¡Absurdo! ¡Amenazarla al cabo de los años! Era solo un truco de Stéfano para intrigarla. En otros tiempos no era tan sutil, pero la vida y la experiencia le habrían cambiado.

Quizá le hubieran transformado tanto como a ella.

—¡Pero yo no estoy transformada! —clamó casi a continuación. Porque de nuevo estaba en la «Casa della Rocca», excitada por culpa de Stéfano, con los nervios a flor de piel por el simple hecho de que él estuviese a pocos metros de distancia, durmiendo un agitado sueño de enfermo o quizá despierto, mirando también hacia la caseta de los botes.

¡La caseta de los botes...!

El impulso fue tan grande, que abandonó el *bungalow* y lentamente atravesó la pérgola bajando los escalones que conducían al embarcadero. Brillaba la luna y la estatua del Apolo pareció sonreírle al pasar.

«Tonta», se dijo a sí misma, porque estaba nerviosa como si acudiera a una cita. Y al divisar la silueta blanca de la caseta, casi gritó viendo una figura destacarse de entre las sombras.

—¡Stéfano! —susurró a pesar suyo. Pero oyó una voz poco familiar.

—No se alarme. Soy yo. León. No sé por qué... me figuré que usted vendría aquí —dijo sonriendo.



—Sí. Había sido una noche absurda, decretó preparándose un nuevo *whisky*, sin hacer caso de los ojos escandalizados del camarero. Junto a la barra habíase instalado un hombre, un turista a juzgar por su extravagante atuendo, que mostraba síntomas de iniciar lo que ella calificaba de «primer ataque de flanco» de los conquistadores masculinos. Roces furtivos con el codo, bromas en voz muy alta con el camarero para atraer su atención, generosa exhibición de pitillera de oro y comentarios casuales sorbe su «Alfa Romeo», que era una *macchina* excelente.

Cogió el vaso de *whisky*, en el que el hielo tintineaba, y se sentó ante una mesa, en un rincón solitario, recostando la cabeza en la pared áspera y fresca.

Conocía tanto a los hombres, que podía predecir sin temor a equivocarse lo que cada uno haría en determinada circunstancia. Seguramente el de la barra habíase vuelto de espaldas, ofendido. En voz baja le preguntaría al camarero quién era aquella rubia presumida. Miró hacia allá y se cercioró de que, en efecto, cuchicheaba con el mozo.

También, pasado el primer momento de sobresalto, había calificado de reacción lógica la del doctor León, acudiendo a la caseta de los botes. Desde la primera mirada, León había acusado el impacto, sin poder disimular durante la cena la violenta atracción que ella comenzaba a ejercer sobre él. A partir del primer plato, hábale clasificado también. Pertenecía al grupo de los «físicamente tímidos» hombres de pocas mujeres a causa de su inhibición psíquica, pero que cuando se

enamoraban solían ser irascibles y peligrosos. Por lo general, eran irritables en su trato, a causa de su mortificante abstención. Cínicos y malintencionados.

Conoció cierta vez en Montevideo... Pero aquello era ya demasiado insignificante y lejano. No valía la pena evocarlo.

¿Por qué habría escogido Stéfano un amigo tan poco corriente...?

Y al pensar en lo mucho que sabía acerca de los hombres, comprendió que, en cambio, ignoraba todo o casi todo lo referente a Stéfano. Era curioso que de su carácter solo supiera que adoraba el mar, que tenía enfados violentos y reconciliaciones rápidas. Que lloraba fácilmente cuando ella le decía una palabra dura. Que rompía a cantar en el momento más inesperado y que se dormía de pronto cuando una conversación le aburría. Le gustaban los mejillones y las ostras, que arrancaba de las rocas con ayuda de su navaja por el detalle de que el molusco se estremeciera bajo sus dientes.

No sabía nada más acerca del hombre que ocupó un primer puesto en su vida. Pero fue suficiente para...

Naturalmente, cuando hablase con él ahora, adivinaría en la primera entrevista todo cuanto no fuera capaz de adivinar entonces, dada su inexperiencia. Actualmente quedaría en seguida clasificado en uno de aquellos grupos que automáticamente su cerebro catalogaba.

Recordaba una conversación sostenida en París con un escritor muy inteligente, respecto a lo vulgares e idénticos que solían ser los seres humanos, incluso los que se consideraban más originales. En las mismas circunstancias, todos decían las mismas frases y reaccionaban de modo semejante.

El escritor habíale contado su desilusión cuando tras una ruptura sentimental con una mujer a la que consideraba intelectualmente excepcional, ella le había recriminado con las frases más manidas del vocabulario femenino.

«Te he dado los mejores años de mi vida... De ahora en adelante viviré sin querer saber nada de los hombres... Algún día comprenderás todo lo que he sido para ti, pero ya será tarde... Vete con las otras mujeres, esa será mi venganza. ¡Cuántas veces vas a recordarme!».

A su vez, ella comenzó a mencionar vulgares «clisés» masculinos, tales como: «Gustar a los hombres es fácil, pero quererte como yo te he querido...». «Por ti he dejado amigos e intereses...». «Si vuelves a quererme, nada me parecerá bastante bueno para ti...».

«¡Qué cínicos y odiosos nos vuelve la vida!», pensó casi alegre, porque el segundo *whisky* le estaba dando ganas de reír. Se cruzó de piernas, y el hombre de la barra olvidó su ofendida dignidad y se rindió sonriendo. Con ligera inconsciencia le

devolvió la sonrisa. Era un juego estúpido como otro cualquiera. Seguramente se acercaría él ahora con su copa en la mano y señalando la silla vacía junto a su mesa diría:

«¿Me permite, señora...»

En efecto. Allí estaba.

—¿Me permite, señora...?

Dijo que no con la cabeza, suavizando la negativa con un gesto amable. Se levantó y dejó un billete en la barra, saliendo del café. Lentamente, sin apresurarse, con indiferencia estudiada. Probablemente él la seguiría y abriendo la portezuela del «Alfa Romeo» insinuaría galantemente:

«¿Quiere que la lleve en el coche, señora? Hace mucho calor para andar».

O algo por el estilo. Sí... No se equivocó. Surgió en seguida tras ella, abriendo la portezuela:

—¿Puedo llevarla, señorita? El sol calienta hoy demasiado para ir andando.

Siguió su camino sin contestar. Del café de enfrente se destacó la silueta, impecablemente vestida de blanco, del doctor León.

—Buenos días, *contessa*. Supe que había salido y bajé al pueblo a buscarla.

—Buenos días, doctor. ¿Es que tiene algo particular que decirme o se trata solo de una galantería más...?

—Califíquelo de galantería si eso le gusta, para no complicarnos en una disertación científica sobre la brújula o el imán. —Echó a andar a su lado y escrutó su rostro con leve sonrisa—. No le pregunto si ha dormido bien. Supongo que no habrá cerrado los ojos.

—Conseguí cerrarlos..., lo que es terrible cuando uno no tiene sueño. Adivino que usted tampoco durmió.

—Lo que me ocurre es gracioso. Temo que soñé despierto. Y ahora no puedo borrar la impresión de que todo cuanto soñé fue irreal. ¿Es cierto que estuvimos acodados en la pérgola, mirando al mar en silencio absoluto, hasta que casi amaneció?

—¿Por qué no se lo pregunta a las estatuas? Ellas están siempre enteradas de todos los chismes nocturnos.

La miró con su impertinencia habitual, alzando una ceja.

—Estoy precisamente interrogando a Venus, aunque es la escultura que más me intimida.

—Venus acaba de excederse tomando *whisky* como desayuno. Con poco que usted

intente sonsacar lo dirá todo. Siente la cabeza hueca y las piernas flojas.

—Tomaremos una *carrozella* y regresaremos por la carretera, celebrando el interrogatorio. Elegiré un caballo que trote despacito, consciente de lo que se espera de él.

—¡Qué bien receta usted, doctor!

—Es mi obligación.

Caminaron en dirección al puerto, en busca de algún coche. El sencillo vestido de lino crema, sin mangas, hacía que Elena se sintiera joven, como si de nuevo fuese la muchachita alegre que veraneaba en Portofino con su familia. Sin embargo, el paso del tiempo se evidenciaba en el hecho de que no encontraba ni una sola cara conocida. O quizá los rostros vislumbrados tantos años antes se hubiesen borrado totalmente de su recuerdo, por culpa de su azarosa vida.

Subieron al coche descubierto, conducido por un jovencito vestido con pantalón azul lleno de piezas y un jersey a rayas de brillantes colores que dejaba al aire los morenos brazos.

—*Andiamo, caro* —dijo al caballo—. *Nella casa ti daranno una mela...*

Y con la promesa de la manzana, el caballo comenzó a trotar alegremente.

La mañana brillante ofrecía paisajes deslumbradores. El ruido de los cascos, sonoro y grato, despertaba los ecos dormidos del pueblo. En plena calle, una viejecita madrugadora hacía encaje de bolillos.

Elena pensó que era bonito llegar a vieja y entretenerse haciendo encaje. ¿En qué se entretendría ella dentro de... muy poco tiempo? Sin embargo, los ojos audaces de León no le permitían recrearse con aquel pensamiento obsesivo.

—¿Cómo se encuentra hoy Stéfano? —preguntó, molesta sin saber por qué, bajo el peso de aquella mirada malévola y a la vez admirativa.

—Cuando salí de casa no se había despertado aún. A medianoche entré a verle, antes de mi paseo hacia el embarcadero, y descansaba tranquilo.

—Supongo que no dejaría usted de comunicarle, con fingida indiferencia, que pensaba ir paseando hasta la caseta de los botes.

Él sonrió, como si la sugerencia le encantara.

—¿Por qué cree que hice eso...?

—Está de acuerdo con lo que puedo adivinar de su carácter.

—¿Qué puede adivinar de mi carácter si pasé varias horas mirándola en silencio?

—Que pertenece usted al grupo de... los «agresivamente contemplativos».

—¿Se atreve a calificar mi mirada de... «agresión»...? —preguntó riendo suavemente.

—Me atrevo, sí.

En los pómulos habitualmente pulidos del doctor se marcaron dos rosetas rojas de pura excitación.

—*Cara contessa* —dijo marcando cada sílaba con fuerza—. Usted me gusta extraordinariamente.

Ella desafió sus ojos.

—*Caro* doctor. Usted también «me agrada a mí desagradablemente». Me gusta la gente cruel. Sin la gente cruel, el mundo no tendría historia.

—La historia solo sirve para mantener vivos los odios y las fatuidades humanas, encantadora *contessa*.

—Pero... ¿qué haríamos usted y yo en un mundo de bondad...?

—Me complace esa suposición que nos une, aunque solo sea en un interrogante: «¿Qué haríamos usted y yo...?». Suena bien. Lo acepto. Me lo quedo.

—Se lo regalo. No debí beber *whisky* en ayunas. Me siento generosa en demasía... y un tanto provocadora. Pero... hablando de generosidades y de provocaciones, le diré algo que ya debe de suponer. Necesito dinero con urgencia.

La sonrisa de él tuvo un rictus burlón. Con parsimonia sacó la pitillera y se la ofreció abierta.

—Dinero con urgencia —repitió—. Dos palabras que siempre debieran ir unidas: dinero y urgente. Pero... no se esfuerce en hacerme creer que solo por dinero aceptó la invitación de nuestro querido amigo...

—No, claro que no. Vine llena de amor y de inquietud por la salud de Stéfano, e intranquila también por el estado de mi cuenta corriente.

—Temo que en este instante está usted bromeando con la verdad.

Ella dejó de sonreír y miró hacia la bahía que bordeaba la carretera. Su rostro pareció de pronto cansado.

—Necesito dinero —dijo al cabo sin recoger su alusión—. Es preciso que hable con él a solas en seguida. Tiene usted que conseguirme esa entrevista.

—¿Yo...? ¿Por qué...?

—Porque acaba de decirme que le gusto muchísimo y yo también le he confesado que me agrada usted desagradablemente. Somos casi amigos. Es natural que me ayude.

El río mordaz, con risa escéptica.

—Contessa... Está usted acostumbrada a abusar de su innegable encanto, empleándolo a fondo en los momentos útiles.

—Bien. ¿Y por qué no? Es mi única moneda —repuso con amargura—. No soy inteligente ni sutil como usted. Poseo largas pestañas y he aprendido a agitarlas con coquetería cuando es necesario. Generalmente derrumban al enemigo.

—Por favor, no me haga cambiar de papel con tanta velocidad. Hace unos segundos era el amigo comprensivo y ahora intenta calificarme de enemigo despiadado o poco menos. Vamos, no sea versátil. Míreme bien y califíqueme de una vez.

—Ya está clasificado, querido doctor. Le diré sin rodeos que usted es malo. Si no fuese malo, no hubiera ido anoche a la caseta de los botes para demostrarme que Stéfano le había hecho confidencias indiscretas y a reírse de mi turbación, contemplando horas y horas cómo se retorció mi alma ante los recuerdos. Vamos, delicioso doctor. Sea sincero y quítese el antifaz. Permití anoche que usted me contemplase a gusto, como a un microbio bajo su microscopio, y ahora me debe usted algo.

Alzó los ojos hacia él. La belleza perfecta de su rostro aún era capaz de desafiar la cruda luz del sol. Vio que León reía bajito, mientras apreciaba, saboreándolo, el encanto de su personalidad. Notó que él estudiaba sus ojos, su nariz y su boca, y adivinó el repentino deseo de besarla que le acuciaba.

La sonrisa de ella se acentuó, intuyendo como siempre al hombre.

—Bien, doctor. ¿Me ayudará...? Quiero hablar con Stéfano esta misma mañana.

—Aunque quisiera no podría impedirlo.

—¿De veras? Tengo la impresión de que Stéfano le ha entregado su alma y su vida y, por supuesto, su voluntad.

León arrojó el cigarrillo lejos. Su rodilla chocó involuntariamente con la de Elena. Ambos se sintieron conscientes del contacto. Tras un breve silencio, propuso él con su habitual impertinencia:

—Hagamos un trato...

—¿Un trato con usted? Tendré antes que consultar con cien abogados.

—Me adula, *contessa*. Es un trato inocente. Imagínese que hay un detalle que me tiene irritado: de todos los discos que Stéfano grabó ayer, el único que no me permitió escuchar fue el suyo. ¿Me dejaría oírlo... si a cambio le proporciono esa entrevista...?

Elena le miró desafiante, sintiéndose absurdamente alegre.

—No se lo dejaría oír ni por todo el oro del mundo... queridísimo doctor.

XVI



«EL CHINO»

Estaba inmóvil como una estatua, contemplando a través de la ventana abierta la bahía aún en penumbra. Dentro de pocos minutos, el sol brillaría en todo su esplendor, dorando el contorno de las cosas que la luna plateaba ahora. Plata y oro. Luz y tinieblas. Todo en la tierra, objetos y seres, empeñaban una enconada lucha por destacar, por sobresalir y vencer.

¿Y todo para qué?, se dijo con angustia. Una angustia que le hacía castañetear los dientes. Cerró la ventana, pero continuó temblando y contempló el agua a través del cristal. La débil claridad anunció al este la inminente aparición de la roja bola del sol. Lamentaba que llegase un nuevo día, que traería excesivas sorpresas. Hubiérale gustado prolongar indefinidamente el reciente paseo nocturno por la bahía, iluminada a intervalos por los *mortaretti* de colores. Y, sobre todo, continuar aprisionando dentro del agua la única mano femenina que jamás aprisionara la suya, dejándole una sensación de reposo y felicidad.

Pero la felicidad no duró toda la noche. Habían ocurrido demasiadas cosas después. Sucesos dramáticos dentro de la «Casa della Rocca», aparentemente tranquila. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y tocó el grueso sobre cerrado que guardaba un secreto. El roce del papel le convenció de que no soñaba y de que en realidad sucedió aquello.

El castañeteo de sus dientes aumentó, y arrastró una silla junto a la ventana porque sus piernas temblaban también. Tenía frío, un frío desagradable que congelaba la habitación, los objetos y el paisaje.

«Nunca conseguiré quitarme el frío de esta noche... O quizá sí... —pensó con su eterna confusión de ideas—. Quizá mañana mismo ya no recuerde. Pero no. Recordaré. Recordaré siempre».

El cristal de la ventana reflejó su cara pálida y sus ojos hinchados. Un chino lloroso. Aquella descripción le cuadraba.

¿Lloroso...? Sí. Había llorado. ¿Para qué negar la evidencia? Era la primera vez que

recordaba haber llorado en su vida. Y aún no conseguía averiguar si había llorado de pena por sí mismo, de temor por lo ocurrido o de compasión por la persona que durante años y años le torturara divirtiéndose con él como con un animal amaestrado.

—Un chino lloroso —repitió para ver si la frase conseguía irritarle y sacudir su inacción. Pero no le irritó y continuó junto a la ventana, evocando todos los momentos de su vida a partir del instante en que Stéfano entró en ella.

Quizás había sido injusto con Stéfano al hablar de él con Nicole, horas antes. Quizás había cargado la historia con tintes sombríos en exceso. Debía a Stéfano muchas cosas buenas: el lujo en que se movía, los viajes realizados, su dignificación y ascenso de «ladrón oficial» a «secretario analfabeto», e incluso algunos regalos... como aquel del encendedor.

Observó que precisamente no había dejado de tenerlo en la mano desde hacía mucho rato, estrujándolo con angustia. Los dedos le olían a gasolina y a metal. Lo dejó sobre una mesa, pero el idolillo pareció hipnotizarle. Volvió a cogerlo y lo guardó en el bolsillo, junto al sobre abultado.

Sí. Debía algunas cosas buenas a Stéfano. O quizá no.

Calentó agua en el infiernillo eléctrico del cuarto de baño y se hizo té, porque continuaba tiritando. Regresó a la ventana para beberlo, contemplando el jardín, las estatuas y los dos pabellones que desde aquel lugar se divisaban. El de Nicole no podía verlo. Imaginábasela durmiendo, con su inquieto rostro por fin en reposo, lo mismo que sus pequeños pies de bailarina.

Recordó la frase:

«Tengo la impresión de que ya he dicho cuanto tenía que decir en el mundo», y se preguntó si el recuerdo de Stéfano continuaría haciéndola sufrir. Al recordar lo que Stéfano le contó acerca de ella poco antes, se sintió lleno de odio, un odio salvaje y desproporcionado.

Evocó, para tranquilizar su espíritu, la generosa oferta que le hizo Nicole, tras de confesarle que fue un ladrón.

«Venga conmigo cuando yo me vaya. Le ofrezco trabajo».

Y el contacto de su mano bajo la estela plateada del agua.

«Venga conmigo. Le ofrezco trabajo...». También por vez primera en su vida alguien ofrecíale algo, sin esperar nada a cambio. ¿Qué podría una mujer maravillosa como Nicole esperar de un pobre ignorante como él...?

Después..., ella había recordado que carecía de trabajo inmediato. Quizá fuera por aquel motivo por lo que había acudido a la llamada de Stéfano. ¿O habría sido por

amor...?

Ignoraba lo que tendría que hacer una bailarina para encontrar trabajo. ¿Presentarse de teatro en teatro a ver si la alquilaban... o como se dijera aquello? Trató de figurársela bailando, pero no pudo. Sin embargo, debía de estar preciosa con aquellas falditas raras que se ponían las bailarinas. Sí, en cierta ocasión acudió a presenciar un ballet. Había preferido negarlo, para no tener que pensar en algo desagradable. Pero fue en Buenos Aires. Asistió junto a Stéfano y León a un espectáculo de baile que iba precedido de una gran fama. Le gustó la primera parte. Luego sintió sueño y se durmió en el palco. Cuando despertó se dio cuenta de que, para reírse de él, Stéfano o quizá León habíanle puesto una gardenia entre las manos. Las dos señoras invitadas no cesaron de reír a su costa durante el resto de la noche.

Muy gracioso...

O quizá no. Pero la verdad era que él carecía del sentido del humor. León aseguraba que para tener sentido del humor era preciso poseer cultura. Y «estar de vuelta» de muchas cosas de la vida...

«Estar de vuelta...». Una frase bastante triste. Los regresos eran generalmente amargos. ¿O no lo eran...?

Acabó con el té. A través de la ventana observó que alguien salía de uno de los pabellones. La muchacha llamada Irene. Muy bonita, pero sin aquel calor humano que desbordaba Nicole. Iba a bañarse sin duda. La observó mientras se lanzaba al agua y sintió deseos de imitarla. Pero no podía. No le era posible vivir normalmente, como si nada hubiese pasado.

Estaba preso en su cuarto, encadenado por las inquietudes. Ignoraba si se sentía triste o contento. Quizás ambas cosas. Porque en adelante todo sería distinto para Nicole. Ya no necesitaría ir de teatro en teatro para que la alquilaran..., a menos de que aquel fuese su gusto.

También todo sería diferente para él. Mejor o peor, pero diferente. De momento, la incógnita le producía miedo.

Vio que otra de las mujeres salía de su pabellón. La princesa.

¿Princesa? No. Condesa solamente. Pero imaginaba así a las princesas. Jamás había visto a otro ser humano tan refinado y hermoso. Demasiado hermoso. Le asustaba. Cuando se hallaba junto a ella sentía el impulso de clavar la rodilla en tierra para hablarle. Prefería a Nicole, que no le atemorizaba y a cuyo lado no se hacía tan patente su excesiva timidez.

La princesa no iba a bañarse. Se marchaba en dirección al pueblo. Bueno... Ya se convencería de que en el pueblo no había ninguna maldita cosa que hacer tan

temprano.

Casi inmediatamente, como si le siguiera los pasos, vio salir a León.

Se sobresaltó, pero en seguida sintió intenso alivio. Si León se marchaba también, la situación podría no alterarse en varias horas, hasta su regreso.

Tenía miedo a León... quizá más que a Stéfano. Temía sus ojos, que lo adivinaban todo. Temía sus cóleras frías y despiadadas.

«Pero... ¿qué me puede importar ya el doctor León?», pensó tiritando otra vez, consciente de que sí le importaba. De que le importaba tanto que de buena gana haría su maleta y desaparecería de la «Casa della Rocca» con tal de no verle más.

Marcharse. Huir.

La idea le resultó grata. Dejó de temblar y suspiró de alivio. ¿Qué le impedía marcharse ahora? Nada.

Pero sí. Algo se lo impedía. El sobre que guardaba en el bolsillo. Podría dejarlo en lugar visible, pero León sería capaz de hacerlo desaparecer.

Completamente capaz.

También podía dárselo a Nicole. Dárselo y decirle adiós. Sería su regalo, a cambio de unas horas de amistosa comprensión. A cambio del contacto de su mano bajo el agua.

Imaginó que se despedía ya de Nicole y de nuevo sintió deseos de llorar, lo que le dejó asombrado. ¿Acaso el llorar la primera vez facilitaría los llantos subsiguientes? Le escocían los ojos como si los tuviera llenos de arena.

Atormentábanle, sin poder precisar por qué, las palabras que Stéfano le dijo acerca de ella:

«... en aquella época era una chiquilla alegre y confiada. Generosa y fácilmente conquistable. No tuve que esforzarme para conseguirla. Era buena y sincera, y quizá toda la vida lo hubiera sido, queriéndome y pagando de su bolsillo el alquiler del piso y la cuenta del gas. Un aburrimiento mortal...».

Se quemó los dedos, porque mecánicamente jugueteaba con el inevitable encendedor. Ahogó una queja y volvió a guardarlo. Pero de pronto su peso le resultó tan molesto como si hubiera guardado en el bolsillo una piedra enorme. Lanzó un juramento soez, del ya casi olvidado repertorio de su infancia en Venezuela, y, pálido de rabia, bajó el cristal de la ventana y arrojó el encendedor lejos, con toda la fuerza que le prestaba la ira. Lo vio caer entre un macizo de geranios, casi al borde del acantilado, y se dijo con amargura que quizás el jardinero lo encontrara y se lo devolviera como otras veces.

Pero nuevamente lo tiraría, librándose de su maleficio.

Miró atónito su mano vacía. Estaba libre. Era libre. Podía marcharse cuando quisiera. Stéfano no telefonaría a la policía diciendo que había sido robado por su secretario.

Porque Stéfano ya no hablaría jamás con nadie. Ya no se reiría de él ni de lo que llamaba burlonamente «mis mujeres predilectas».

Stéfano estaba arriba..., en su cama..., completa e irremediabilmente muerto.

XVII



NICOLE

Había perdido la costumbre de estar contenta y la sensación le parecía casi imposible de soportar. Era como una enferma que, sin esperanzas de curación, notase inesperadamente el primer síntoma de mejoría.

«Aún existe algo que me produce contento», pensó. Y se sintió avergonzada de sí misma, aunque la alegría fuese solo relativa y mejor pudiera dársele el nombre de satisfacción.

Bendijo el momento en que se le ocurrió telefonear a Génova. Habíase despertado con aquella repentina idea y decidió súbitamente ponerla en práctica. Se vistió con rapidez y cruzó el parque en dirección a la casa, buscando un teléfono.

La puerta de servicio se abría hacia aquel lado y entró por allí, encontrándose en la amplia antecocina vacía. Al ruido de pasos asomó la cabeza una mujer de edad, que demostró sorpresa.

—¿Eres tú, Pietro? ¡Ah! Perdón. *Buon giorno*. Disculpe, *signorina*. Creí que era el lechero, que hoy se retrasa.

—Discúlpeme si la he asustado entrando por aquí. Vi esta puerta abierta y temí que la otra estuviese cerrada.

—¿La *signorina* desea su café? Se lo llevaré *súbito* al pabellón. ¿No le disgusta la leche condensada?

—No, claro que no... Pero no se moleste. Venía en busca de un teléfono. ¿Hay línea aquí? —dijo señalando al que se veía en la pared.

—Sí, *signorina*. Pero quizá telefoneará mejor desde el vestíbulo. Si desea que le indique...

—Gracias. No hace falta ir más lejos. Telefonearé desde este. Así no correré el riesgo de despertar a nadie. Además —añadió sonriendo— me gustan mucho las cocinas.

La mujer rio, agradeciendo el elogio a su reino. Se empeñó en llevarle una silla junto al aparato y Nicole se sentó para complacerla, levantándose apenas ella hubo salido.

Ignoraba el número del maestro, pero recordaba la calle en que vivía. No le costó mucho trabajo que la empleada le consiguiera la comunicación. Mientras la esperaba, sintió una enorme timidez ante el temor de que el maestro la hubiese olvidado por completo y de que al oír su nombre preguntara:

—Nicole Lambert... ¿Quién es Nicole Lambert...?

Casi deseó que nadie contestara y que el maestro estuviese aún durmiendo, o que se hubiera marchado de viaje. Consultó su reloj. Era demasiado temprano..., aunque recordaba que el maestro era muy madrugador. De todos modos, estaba a punto de cortar la comunicación cuando oyó su voz. ¡Cuánto tiempo desde la última entrevista! Entonces aún no conocía a Pierre. Una eternidad...

Pero, recapacitó, solo habían transcurrido cuatro años escasos.

Sus temores se disiparon tras las primeras palabras. ¡Se acordaba perfectamente de quién era Nicole Lambert! Y también del éxito obtenido en aquellas representaciones de Milán. Se mostró efusivo y contento de oírla. ¿Estaría mucho tiempo en Italia? Su presencia le venía como anillo al dedo. Andaba loco buscando a alguien como ella.

—Escucha, *bambina*. —Para el maestro, todas eran *bambinas*—. ¿Estás libre de momento? ¿Sí? *Ottimo*. ¿Te interesaría actuar en una película? ¿Cómo...? ¿Nunca hiciste cine? ¡Pero, *carina*, ha llegado el momento de hacerlo! Te voy a ofrecer esa oportunidad. Se trata de una película importante en la que se incluirán varias escenas de ballet. Ven a almorzar conmigo hoy. ¿No puedes? Claro que puedes. Te espero. *Arrivederci, bambina*.

Se quedó junto al teléfono, con el vehemente deseo de besar al auricular. Ignoraba cómo podría llegar a tiempo a Génova, pero llegaría y almorzaría o cenaría con el maestro. Volvería a enfrascarse con él en una sabrosa charla a base de contratos, representaciones y chismes profesionales. Volverían los buenos tiempos de intenso trabajo, de satisfacciones íntimas y de brillantes éxitos. Se miró los pies, esperando todo de ellos, y colocó uno de punta, conteniendo el deseo de empezar inmediatamente a bailar en aquella antecocina de paredes y suelo blancos, limpia y acogedora. Casi agradeció a Stéfano el que le hubiese señalado el camino de Italia, brindándole nuevas perspectivas. Se lo diría cuando tuviera oportunidad de hablarle. Le diría que no le guardaba rencor. Las frases cariñosas de su disco, que oyera horas antes, habíanla hecho sonreír, evocando tantas absurdas fantasías juveniles.

La cocinera, con su impecable uniforme blanco bien almidonado, apareció con el

servicio de desayuno en una bandeja.

—El café, *signorina*. Se lo llevaré a su cuarto. Las tostadas están a punto. Tómelas calientes, que saben más sabrosas. Es preciso darle a cada cosa su oportunidad de gustar.

Una máxima encantadora, pensó Nicole, animada. «Darle a cada cosa su oportunidad de gustar». Le quitó la bandeja de las manos y la depositó en la larga mesa con superficie de piedra blanca.

—Desayunaré aquí mismo, si no le molesta.

La mujer se sintió confusa.

—Ma... *per Dio, signorina*...

—Dele usted a esta habitación su oportunidad de gustarme —dijo. Y la mujer se echó a reír halagada porque repitiera su frase—. Las cocinas bien cuidadas como esta son siempre el rincón más bonito de las casas. Si algún día logro tener un hogar...

Un hogar. Recordó su departamento de París y lo mucho que sufrió en él y rechazó la evocación con todas sus fuerzas, sin querer pensar en Pierre, que a veces se colocaba un delantal de cretona y se metía en la cocina asegurando que le daba a las ensaladas un toque excepcional.

—No... —gimió dolorida por el recuerdo—. No...

—¿No está bueno el café? —se inquietó la buena mujer. Y Nicole volvió a la realidad, tranquilizándose.

—Está admirable, gracias. Ya me di cuenta anoche de que hacía usted un café espléndido.

La cocinera cruzó los brazos sobre su robusto pecho y la tela almidonada crujió.

—Verá; siempre suelo decir que para conseguir un buen café son precisas tres cosas: saber elegirlo en la tienda, pagarlo caro y gastarlo en abundancia. Cuando voy a comprarlo exijo que... ¡oh!, perdón. Ya está aquí el lechero. Tengo que regañarle por el retraso. No sé qué se ha creído ese *ragazzo*.

Nicole se quedó sola, oyendo sus cantarinas voces italianas discutir en el jardín sobre retrasos, leche fresca, vacas inmejorables, dinero, desayunos puntuales, etc. Parecía que la disputa no fuese a concluir nunca, pero acabó tan de repente como empezara y la cocinera regresó sofocada y risueña, portadora de una gran jarra de leche y de varios yogurts que metió en la nevera.

—Los yogurts son para *il signore* Toni —aclaró alzando los ojos al cielo—. Toma yogurt a todas horas como una golosina.

—Toni...

De repente le recordó, evocando también todo el paseo nocturno y las confidencias del muchacho. Se sintió contenta al pensar en él porque le parecía el primer amigo que encontraba en aquella nueva fase de su vida que comenzaba.

«Incluso le ofrecí trabajo», recordó. Y se rio de sí misma por ofrecer siempre generosamente lo que no tenía.

Pero ahora quizá se abriesen nuevas perspectivas con la proposición del maestro. Quizá comenzase una nueva era de trabajo constante y pudiera en efecto ayudar a Toni a salir de su esclavitud.

Le ayudaría, sí. Haría algo por el chico. Pierre la acusaba de ser un eterno paladín de causas perdidas y de seres fracasados, pero estaba segura de que Toni no era una causa perdida. Le enseñaría a caminar solo, cortando las cadenas que le ligaban a Stéfano. Al recordar las cosas que le contó, hervía de indignación.

Pero naturalmente, nada le extrañaba en Stéfano...

Comió la última tostada y salió al jardín a sacudir las migas de su falda para no manchar el impoluto suelo.

—¿Se ha levantado ya el *signore* Toni? —preguntó a la cocinera.

—Suele bajar temprano a bañarse, pero hoy no le he visto pasar.

—¿Cuál es la ventana de su dormitorio?

La mujer se la mostró y rio viéndola arrojar piedrecitas contra el vidrio.

Tuvo que arrojar muchas pacientemente, hasta que al fin se asomó la cabeza impecablemente peinada de Toni.

«¡Santo Dios, qué pálido está! —pensó alarmada—. Ahora sí que parece un chino auténtico...». Advirtió que su rostro se animaba al reconocerla.

—Soy yo, dormilón. Buenos días. Baje pronto al jardín. Tengo una cosa buena que contarle. ¿No me oye...? Creo que «tenemos» trabajo. ¡Tra-ba-jo! —silabeó.

Pero ya Toni se había retirado de la ventana para bajar velozmente a su encuentro.

XVIII



ARMINDA

Se sentía tan enferma aquella mañana que ni siquiera podía levantar la cabeza de la almohada.

«Voy a morirme aquí sola como un perro vagabundo», pensó, desesperada. Y un hipo sollozante que se convirtió en náusea interrumpió su retahíla de pensamientos fúnebres.

Cuando pasó el ataque volvió a llorar de pena de sí misma, por ser tan injustamente castigada.

«¿Castigada por qué?», pensó con rabia. Y se contestó inmediatamente que por haber sido una simple, estropeando su vida entera por una fantasía peligrosa. Una fantasía que actuó de espejismo, haciéndola vivir subconscientemente, a la espera de algo que «quizá» llegaría.

Y que llegó por fin. La llamada de Stéfano, al cabo de los años. Una llamada tardía.

«Porque soy una vieja que en el fondo ya no deseaba aventuras. Vine aquí, única y exclusivamente, para mortificar a Blanquita, para vanagloriarme ante ella de que Stéfano todavía me recordaba. Para quitarme la espina que tenía clavada en mi vanidad».

Pero la presencia de las otras mujeres privó al viaje de todo su romanticismo. ¡Cómo se burlaría Blanquita si lo supiera!

Aunque Blanquita no solía burlarse de nadie. Era una chica excelente que se compadecía de todos y que lloraba si algún cliente de la agencia refería, cargándolo con tintes sombríos, su triste caso. Blanquita era un tesoro que ella perdía por no apreciarlo debidamente. Y habíalo perdido también por causa de Stéfano, que, decididamente, arruinaba su existencia.

Hubiese dado años de vida por hacer retroceder el tiempo y encontrarse aún en Madrid en el instante preciso en que el cartero dejó la maldita carta. Reproducía la escena cambiándola por completo y se veía a sí misma rasgando la misiva en

pedazos, mientras comentaba con helada dignidad:

—Pero... ¿qué se habrá creído ese majadero? ¿Que aún nos acordamos de él? ¡Que se muera si quiere, sin molestar al prójimo!

En lugar de eso, había considerado heroína de una novela de amor, corriendo a la llamada de «su hombre». Amor. ¿Qué podía importarle ya el amor, si lo único que le gustaba de veras eran las comiditas escogidas, los seriales de la radio, la conservación de su elegante sala y el discreto movimiento del negocio? Aquella era la única felicidad posible.

¿Podía pensarse en el amor cuando se tenían las piernas adornadas de varices y el cuello flojo y arrugado?

Stéfano era el causante de todas sus desgracias. Le odió intensamente y por vez primera pensó que no sentía el menor deseo de verle, sino que, por el contrario, la idea de aquella entrevista humillante le resultaba horrible. Horrible e inevitable. Ya que estaba allí, al menos recuperaría su dinero y le diría unas cuantas verdades amargas.

Suponiendo que no se muriese antes que él... de aquel violentísimo ataque al hígado que la acometió. Conocía los síntomas por haber tenido otros anteriormente.

Todo se combinaba para removerle la bilis: los baches del avión, la presencia de las otras mujeres, la rotura del disco, la terrible comilona nocturna a base de langosta, y sobre todo el telegrama de Blanquita, anunciándole la aterradora novedad.

Sí. Esto sobre todo. Había perdido a Blanquita, su otro yo inseparable. Para colmo, su hermana sería «una señora casada», mientras que ella ostentaría toda su vida el cruel calificativo de «solterona».

«Y... ¿por qué no intentarlo yo también? —pensó con desgana, como si se tratara de tomar una purga—. ¿Por qué no buscar entre los clientes alguna compañía que pueda sustituir a la de Blanquita?».

Comenzó a repasar el fichero mentalmente, tratando de recordar quién reuniría las condiciones precisas para el caso.

¿El representante de la fábrica de licores? No. Era viudo dos veces. Aquella facilidad siniestra para enviudar resultaba alarmante. Además, tenía papada.

¿El dueño del garaje de la calle de Atocha? No. Su hermana melliza ejercía una dictadura feroz sobre él, echando por tierra cualquier intento matrimonial. El pobre acudió a la agencia lanzando un S O S angustiado.

¿El cervecero de la avenida Reina Victoria? Olía demasiado a cerveza. Para

contrarrestarlo se perfumaba con una colonia que a Arminda le hacía estornudar. Imposible coquetear entre estornudo y estornudo.

Coquetear. Claro, tendría que coquetear y perder un poco de su digna altivez de directora de la agencia. Sonreír de vez en cuando, enternecerse ante las historias tristes, como Blanquita, ser un poco más femenina y mirar a los hombres con ojos de cordero degollado.

¡Los hombres! ¡Puag! Sentía un infinito desprecio por ellos. ¿Por qué las mujeres se obstinarían en adquirir uno para adorarlo extasiadas? Absurdo. Era mucho más agradable comprar un canario flauta, una aspiradora eléctrica o una nevera.

Claro que Stéfano no contaba. Evocando el instante en que le vio por primera vez, tuvo que reconocer que jamás en sus aburridas vidas de mujeres feas y sin gracia conocieron otro semejante.

Un joven dios... o un joven demonio, quizás. Hubiera tenido que ser de piedra para sustraerse a tanta fascinación.

Pero ahora ya era tarde. Demasiado tarde para todo. No se casaría. Los hombres le parecerían horribles comparándolos con su primero y único amor.

Viviría sola, continuando su negocio, que en el fondo adoraba. Con el dinero que le devolviese Stéfano, pintaría la casa otra vez. Decoraría el salón en un tono luminoso. Tapizaría el sofá de mamá en raso azul pastel.

Su dormitorio quedaría mucho mejor sin el engorro de la enorme cama de Blanquita, que perteneció a su cargante madrina, la soprano lírica. Blanquita se empeñaba en dormir en el mismo cuarto porque tenía miedo por las noches.

¿Miedo de qué? Decididamente, Blanquita era una tonta rematada. El ferretero se daría cuenta a su debido tiempo. Pero quizá le gustasen las tontas.

Al quitar la cama-catafalco de Blanquita, el cuarto quedaría desahogado y confortable. Lo pintaría de rosa, que era un tono estimulante. O en azul, que era sedante. Se hizo un lío, tratando de recordar si era el rosa el sedante y el azul el estimulante, o lo contrario. Había oído en la emisión femenina de la radio una interesante charla sobre colores.

Además, no estando Blanquita, podría echar cebolla en las tortillas siempre que se le antojara. Era una lata su terrible fobia contra las cebollas, tan sabrosas y tan llenas de vitaminas. ¿O eran calorías? En la emisión radiofónica «Belleza y salud», de los martes por la tarde, se barajaban las palabras «vitaminas, calorías, alimentos catabólicos, etc.». Echaría cebolla a los guisos mañana y tarde, como desquite. Sobre todo a las tortillas, lo que constituía el mayor motivo de discusión.

También podría invitar a comer a Laurita, la vecina del piso de arriba, e irse al cine juntas. Laurita era maestra de párvulos de una escuela municipal. Blanquita le tenía

una ojeriza rayana en la manía, porque la maestra hablaba a cada paso de «la formación moral de la infancia» y de «la pedagogía como base del entendimiento humano». Pero Laurita era simpática a pesar de todo y consideraba a Arminda como un ser superior por el hecho de dirigir la agencia. Quizá con sus cuarenta y nueve años terriblemente solteros esperase vagamente que su vecina lograra casarla.

Pero, claro, no haría semejante desatino. Si la casaba, perdería una amiga y una compañera de sesiones de cine, lo mismo que ocurría ahora con Blanquita.

No. Daría largas hábilmente a aquel asunto, para mantener el interés de la otra y sus continuas pequeñas atenciones e irían viviendo agradablemente, intercambiando confidencias y comiditas sabrosas.

—Será más o menos como tener a Blanquita... —decidió dándose ánimos—, solo que mucho más práctico, porque no tengo que mantenerla ni vestirla. Ni tampoco soportar que ronque en mi propio dormitorio.

Se sintió mejor, moralmente aliviada. Pero el hígado continuaba doliéndole de un modo atroz.

Tambaleándose se levantó y cerró los ojos al pasar junto al espejo para no verse con el camisón amarillo, que hacía juego con el tono de su cara.

Descolgó el teléfono y pidió a los criados que llamasen al doctor, porque se sentía muy enferma.

—El doctor salió y aún no ha regresado, *signora*. Se lo diré en cuanto llegue. ¿Puedo servirle en algo?

Arminda se pasó la mano por la frente húmeda de sudor.

—Tráigame una taza de manzanilla amarga —ordenó. Y regresó a la cama, saboreando la última palabra.

—Amarga... Lo más amarga posible...

XIX



IRENE

Iba tras de Jaime en la moto, con sus brazos rodeándole la cintura y deseando que el paseo se prolongara durante años, para no tener que volver a la realidad.

El contacto de su cuerpo era consolador. De buena gana habría apoyado la cabeza en sus anchas espaldas, reposando allí y dejándose llevar por él.

Tenía la sensación de haber sido herida en algún órgano vital y que la herida la privaba de todas sus energías, anonadándola.

La fuga material de Carlos no la hería tanto como la frase cruel de su carta:

«... estoy seguro de que lo nuestro también fue una lata para ti...».

Una lata. Con aquel adjetivo liquidaba varios años de amor, de sacrificio y de ternura.

Una lata...

Una lata...

El trepidar del motor parecía corear el eco.

En su interior repetíase una y otra vez la misma pregunta: ¿Cómo voy a seguir viviendo?

Pasó una camioneta, llenándolos de polvo. Jaime volvió la cabeza e hizo un comentario que no pudo entender, lanzándole una mirada inquieta para ver si lloraba aún.

Pero ya no lloraba. Habíale hecho mucho bien contárselo todo a Jaime, abrir por fin su corazón a otro corazón amigo. No le ocultó nada. Le habló de Carlos, de su doble vida agotadora para ayudar a sostener la economía siempre vacilante de «Los Almendros», e incluso se atrevió a confesarle la llamada de Stéfano y el motivo de su viaje a Italia en busca de un posible dinero... para Carlos.

Jaime fue de una comprensión maravillosa. Y también de una energía atroz,

decidiendo lo que ella iba a hacer, sin siquiera consultarla. Por una absurda reacción masculina, abominó del «asunto Stéfano» más aún que del «asunto Carlos», asegurando que no permitiría que continuase un minuto más tomando parte en la comedia bufa de la «Casa della Rocca».

Tampoco ella sentía ya el menor interés en continuar allí. Desapareciendo la preocupación de Carlos y del dinero que él necesitaba, desaparecía también el interés que la llevó a la casa enclavada sobre el mar, habitada por un hombre que era un extraño para ella.

Jaime detuvo la moto junto a la cuneta, bajo unos árboles que sombreaban un terreno sin cultivar. La ayudó a descender y cogiéndola en vilo la depositó suavemente sobre un pequeño muro medio derruido, asomado al mar. Sin soltarle las manos, habló del mismo tema en el punto en que lo dejaran al subir a la «Indian».

—... así que ya lo sabes, nena. Nada de vacilaciones. Entrás en el pabellón, recoges tus cositas y vuelves a salir sin decir una palabra a nadie.

—Pero... —protestó débilmente—, marcharme así es una falta de...

—No es una falta de nada —atajó furioso. Y si lo fuese, ¡qué importa! De vez en cuando ensancha los pulmones el ser mal educado. Además, bebé, no estás autorizada a dar tu opinión. Me he hecho cargo de ti y vas a obedecer sin rechistar. —Le pasó una mano por el pelo, con una caricia masculina y torpe que la enterneció, haciendo que se le saltaran las lágrimas de nuevo. He estado pensando durante el paseo en lo que íbamos a hacer. Y ya lo tengo...

Le miró interrogadora, completamente sometida e incapaz de hablar.

—Iremos a Capri —decidió aquel piloto para quien el mapa del mundo resultaba pequeño.

—¿A Capri...? —repitió.

—Tu abuela no te espera hasta dentro de diez días, ¿no? Pues no aparecerás hasta entonces por aquella antipática casa. Suponiendo que... yo permita que reaparezcas. ¿Sabes quién está pasando sus vacaciones en Capri? —Irene hizo un gesto de ignorancia—. Liza, la madre de la humanidad.

Ella se animó un poco.

—¿Liza? ¡Qué suerte!

Liza, o Elizabeth, era azafata de una línea aérea norteamericana, tremendamente popular entre el mundo del aire gracias a su carácter abierto y generoso, a su risa estrepitosa y a su bondad y comprensión, que le valieron el apodo de «Liza, la madre de la humanidad». Era una muchacha desgarbada y sin belleza física, que, sin

embargo, encantaba a todos sus compañeros porque estaba siempre dispuesta a hacer un favor.

—Te quedarás una semana con Liza en Capri. Nos quedaremos —corrigió. Ocho días al sol, pensando únicamente en lo buena que es la vida cuando uno consigue desembarazarse de complejos torturantes y de seres que nos la envenenan. No digas que no, bebé querido. Sé lo que estás pensando en este instante: que todo cuanto digo es muy bonito, pero que tú no sabes cómo podrás soportarlo y seguir viviendo sin Carlos. Pues vivirás, nena, y serás feliz... porque yo quiero que lo seas. Déjame que pilote tu vida y ya verás como dentro de poquísimo tiempo despertarás un buen día y al abrir la ventana de tu cuarto dirás: «¡Al diablo Carlos! ¿A qué hora vendrá hoy Jaime...?». —Le pasó un dedo por las pestañas largas y suaves y luego por la mejilla enrojecida por el llanto y el aire marino—. La vida es buena casi siempre. Solo existen pequeños intervalos que nos hacen abominar de ella, para después apreciar mejor su encanto. Entre Liza y yo conseguiremos que te rías y que disfrutes de esta Italia tan bonita, tan predispuesta a la alegría. Después regresaremos a España y nos detendremos en Cadaqués, para ver a mi madre. Ha alquilado allí una casita para pasar el verano. La llamo casita, pero en verdad es una casa espaciosa, capaz de alojar a los hijos y nietos que van continuamente a visitarla. Nos quedaremos con mamá dos días. Te gustará. Es un ángel, te lo aseguro. Con un espíritu jovencísimo. Una diabólica amiga suya la ha aficionado a la pesca y se nos va en el bote a motor y nos da unos sustos tremendos. Al cabo de cuatro horas vuelve con unos peces rarísimos que guisa ella misma, con unas salsas estupendas. En cuanto te vea te cogerá de un brazo y te tratará como si ya formases parte de la familia. Lleva siglos oyéndome hablar de ti. Es muy posible que incluso te pida que duermas a Quico, el chiquitín de mi hermano, que tiene seis meses y que por lo visto ya padece de insomnio, pues resiste a las canciones más adormecedoras. ¿Te gustan los peques? Yo los detesto a ratos y me encantan otros. Después de Cadaqués... —se detuvo y sonrió con la sonrisa contagiosa y llena de vitalidad que a Irene le servía de bálsamo—, bueno, no tratemos de adivinar el porvenir. Y no me mires con esos ojos desolados, chiquita, porque me vas a obligar a besarte... y no quisiera besarte cuando estás tan triste por otro hombre. —Bruscamente la estrechó contra su corazón, como si el anhelo fuese tan grande que no permitiese la más pequeña espera. La retuvo allí un rato e Irene percibió la fragancia joven de su piel y el roce suave de su camisa. Tuvo la impresión de que, tras de recorrer un abrupto camino, llegaba al fin a un rincón tranquilo en el que descansar.

—Seamos prácticos ahora —dijo Jaime, tratando de que su voz sonase firme y aparentemente indiferente—. Tenemos que tomar el avión para Nápoles. No podemos entretenernos mucho. Te espero aquí y te concedo diez minutos para arreglar tus cosas.

Solo entonces observó Irene que Jaime había detenido la moto a escasa distancia de la finca.

—Vuelvo en seguida —prometió. Y comprendió que había conseguido sonreírle sin el menor esfuerzo, porque la contemplación de su atractivo rostro le producía un goce impreciso.

Entró en el jardín, en el que todo continuaba igual. Oyó ruido de voces y evitó el pasar junto a Nicole y el secretario de Stéfano, que charlaban animadamente, sentados en un sofá-columpio, bajo los árboles.

Entró en el pabellón y vio en el suelo su traje de baño mojado, tal y como lo dejara al vestirse precipitadamente poco antes. Sin embargo, la escena parecía antigua, porque sus ensueños y propósito de horas antes pasaron a la historia, borrados por unas frases crueles.

Febrilmente guardó las prendas dispersas en su maleta. Poca cosa, ya que apenas trajo equipaje. Escurrió el traje de baño, lo enrolló y lo metió dentro del gorro de goma hecho una pelota, para que no mojase el resto de las ropas. Al tropezar con el disco de Stéfano vaciló.

No debía marcharse así, pensó, recordando sus frases de bienvenida. Stéfano siempre fue cariñoso con ella y lamentaba irse sin estrechar siquiera su mano.

«Sin embargo, es casi mejor», decidió. Posiblemente ninguno de los dos habría encontrado nada que decirse durante la entrevista. Había transcurrido mucho tiempo desde que él la paseaba en taxi por las calles barcelonesas.

Se sentó ante la mesita, en la que las flores con que Stéfano la recibiera perfumaban aún intensamente, y escribió unas líneas con letra un poco temblona, vacilando ante el encabezamiento.

«Querido Stéfano».

¿Querido? Bueno. No podía poner «apreciado» ni «estimado», que resultaba ridículo. Ni tampoco «simpático Stéfano», que parecería de colegiala.

«Querido Stéfano: Mil gracias por tu invitación y por tus palabras cariñosas. Lamento que un incidente imprevisto me obligue a regresar hoy mismo sin haber podido verte siquiera.

»Te deseo una rápida mejoría y te envío...».

Otra vez se detuvo... ¿Qué le enviaría a Stéfano? ¿Cariños...? No. ¿Abrazos...? Imposible. Miró las flores angustiosamente, buscando inspiración. Las rosas se la enviaron al fin.

«... te envío mi mejor amistad...».

Firmó, encontró un sobre en el pequeño escritorio con el membrete de la «Casa

della Rocca» bajo una bella foto de la finca y escribió el nombre de Stéfano, dejándolo en lugar visible para que los criados pudiesen hallarla.

Titubeó sin saber qué hacer con el disco. Romperlo y dejar los pedazos allí le pareció una grosería. Dejarlo entero, una indiscreción. Lo guardó en la maleta, diciéndose que lo rompería en Capri.

Habían transcurrido quince minutos. Salió al jardín agarrando la maleta y bordeó los setos para no ser vista, hasta encontrar la salida.

Jaime golpeaba impaciente el manillar de la moto como un jinete que palmotease los flancos del caballo.

Corrió hacia ella.

—Eres una mujer estupenda. Puntual y viajando con poco equipaje. —La obligó a alzar la barbilla y contemplar el cielo, en el que destacaba en aquel instante el brillo plateado de un avión—. Mira qué hermosura. ¿No hace un día espléndido para volar? Ese es nuestro mundo, cariño. El mundo azul y blanco de los aviadores. Dentro de poco, nosotros también atravesaremos esas nubes de algodón en rama. ¿No te fascina la idea?

Tuvo que reconocer que, efectivamente, la fascinaba. Volar constituía ya un placer que echaría de menos si renunciaba a él. El motor de la «Indian» coreó el lejano trepidar del aparato que surcaba la atmósfera y corrieron por la carretera en dirección a Génova.

Irene ocultó el rostro al cruzarse con un coche descubierto en el que regresaban la condesa y el doctor. A la vez sintió alivio de poder decir adiós a la difícil situación creada.

«No tendré que soportar otra comida como la de anoche —pensó con vaguedad—. Y, sobre todo, no tendré que pedir dinero a Stéfano».

Sus brazos apretaron en un impulso agradecido la cintura de Jaime, sintiendo a través de la camisa blanca la fuerza de sus músculos, una fuerza que la protegería en adelante.

Alzó la mirada y envió una sonrisa de esperanza al avión, que describía círculos sobre el cielo azul.

XX



ELENA

Cuando abrió los ojos advirtió, inclinado sobre ella, el rostro del doctor. Estaba tan pálido que en el primer instante le costó trabajo reconocerle. Poco a poco fue recordando la causa de su impresionante palidez y se incorporó aterrada, con el corazón golpeándole en el pecho. Estaban todos en el salón de la «Casa della Rocca». De su antigua casa. Por un momento tuvo la impresión de que nada había ocurrido, de que tenía dieciocho años y de que toda aquella gente era su propia familia, sus padres y hermanas, que la esperaban para ir de excursión y bañarse en la bahía... con Stéfano.

—... con Stéfano...

Lanzó un gemido y se cubrió el rostro con las manos. Oyó la voz de León, que le obligaba a beber algo que sabía amargo.

—¿Se encuentra mejor?

—Estoy bien ya... Gracias.

No preguntó «¿qué me ha ocurrido?» porque estaba consciente de que por vez primera en su vida se había desmayado tras de escuchar la espantosa noticia que, temblando aún por la sorpresa, le diera el doctor. Alzó los ojos y preguntó casi sin voz:

—¿Entonces... es cierto...?

Y León asintió con la cabeza, incapaz de hablar también.

Uno a uno fue mirando los rostros de los allí reunidos, que le hicieron pensar en un coro dramático de tragedia griega. Estaba Nicole, con los ojos desmesuradamente abiertos, agarrada al brazo de Toni, inexpresivo como una piedra. Estaba la gárgola vieja, hundida en un sillón, con el rostro verdoso que en aquel instante casi representaba cien años. Estaba León, aquejado de un temblor frenético que le convertía en un extraño muñeco oscilante, y estaba también el grupo de criados, reunidos allí participando del horror de la noticia.

—Está muerto...; lleva muerto varias horas... Stéfano está muerto...

Parecía como si repitiendo la frase el doctor tratara de convencerse a sí mismo de la increíble realidad. Toda la sangre habíase retirado del rostro, dejándolo amarillento y seco como un pergamino.

Elena estuvo a punto de gritar:

«¡No lo diga! ¡No diga que Stéfano está muerto!». Porque era demasiado horrible para creerlo. Demasiado horrible para soportarlo. Como si de pronto un terremoto hiciera tambalearse la base en la que alzara el edificio de su vida.

—No puedo explicármelo —habló León con voz opaca—. Anoche le dejé perfectamente... dentro de su estado. Incluso más animado que otras noches. Le había dado un soporífero para que durmiera tranquilo, pero el vaso está intacto.

Del grupo de criados surgió una nueva voz, mientras uno de los muchachos se adelantaba.

—Anoche, cuando... —empezó a decir. Pero Toni se adelantó a su vez y le hizo callar con un gesto.

—Anoche estuve con Stéfano hasta muy tarde —dijo mirando hacia un punto indeterminado—. Él me llamó.

—¿Estaba mal...?

Toni agitó negativamente su bien peinada cabeza.

—Estaba perfectamente. Quería hacer testamento.

—¡Testamento! —León dio un paso hacia delante y los ojos parecieron salirse de las órbitas—. Testamento... —repitió—. No lo creo. Me costó un esfuerzo gigantesco conseguir que hiciera uno hace dos años.

Sin alterarse, Toni siguió hablando:

—... quería hacer un nuevo testamento. Y lo hizo.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo el abultado sobre.

—No puedo creerlo —insistió León, pasándose el dedo entre el cuello y la camisa, como si se ahogara—. Nunca he creído que pensase hacer testamento a favor de estas señoras. Era una de sus muchas bromas —descubrió fríamente.

Toni habló sin mirarle:

—Lo escribió él mismo, de su puño y letra. Yo firmé como testigo.

Mordazmente, León le increpó:

—Tú no sabes escribir, Gengis Kan.

—... estampé mi huella dactilar —explicó con una semisonrisa dolorosa, que resultaba difícil de contemplar. León hizo ademán de coger el sobre, pero Toni lo evitó, volviéndolo a guardar.

—Un testamento fácil de impugnar, querido muchacho. Te saliste de su estado anormal para que testara en favor tuyo. ¿No es así? Eres muy estúpido.

—Por favor... —terció Elena. Le parecía horrible que hablasen de testamento y de legados mientras Stéfano estaba allá arriba... solo...

Pero la escena continuó.

—Se equivoca, doctor León. Temo que siempre ha estado equivocado a mi respecto. Stéfano no me ha dejado un céntimo. Ni a usted tampoco, por supuesto. El testamento no será fácil de impugnar. Stéfano insistió mucho en que mandase llamar al jardinero y al hijo del jardinero para que firmasen como testigos.

—El hijo del jardinero... —repitió Elena para sí. Y miró al muchacho y al viejo, que confirmaban las palabras de Toni, y sacó la conclusión de que aquel era un gesto muy de Stéfano. Mandar llamar al jardinero y a su hijo para que atestiguasen su testamento.

Allí estaba el muchacho, con sus pantalones de mahón azul y su camisa a cuadros, igual que el Stéfano de muchos años antes. Igual..., pero tan diferente de la maravillosa estatua animada que viera surgir de entre las aguas tranquilas de la bahía, asombrándola a ella y a su hermana y presentándose con las dos únicas palabras que según él lo explicaban todo:

«Soy Stéfano».

El recuerdo fue tan vívido que enrojeció de emoción, exactamente igual que había enrojecido veintitantos años antes.

—El señor estaba perfectamente —explicó el chico del jardinero, que tenía acento napolitano—. Bromeó conmigo y me entregó un billete grande de regalo. Incluso me prometió que mandaría arreglar el bote viejo, para que padre pudiese salir a pescar.

Incapaz de hablar, León abrió el mueble-bar y se sirvió una bebida que apuró de un trago. El cristal del vaso tintineó contra sus dientes. Toni volvió a tomar la palabra, dirigiéndose a él principalmente.

—Parecía como si Stéfano presintiese su fin y quisiera tener un gesto generoso —dijo con sutil ironía que apenas se adivinaba—. Hace diversas donaciones y lega una importante cantidad a cada una de las señoras por él invitadas. —Miró a la francesa y durante unos segundos su rostro se conmovió, pero volvió a endurecer. A la contessa le lega, además, esta finca. Voy a depositar el testamento en casa de un notario para que todo se haga con legalidad. Solo me resta añadir que... —vaciló, como si de pronto le faltase el forzado aplomo de que hiciera gala—... que cuando

me fui de su habitación, Stéfano se quedó tranquilo... y en paz. —Como si pensara en voz alta, reafirmó—: En paz.

León bebió otro trago y entre dientes musitó un insulto:

—Mulato asqueroso...

Sin alterarse, Toni salió a la terraza, donde la noche anterior habían tomado café. Tras ligera vacilación, Nicole le siguió.

—... Espantoso... —chilló Arminda, removiéndose en su sillón, conteniendo a duras penas una violenta arcada—. Nunca tomé en serio lo de la enfermedad de Stéfano... Y ahora... —Repentinamente empezó a gritar con un inesperado ataque de nervios. El espectáculo era tan atroz, que Elena cerró los ojos y se recostó de nuevo en el diván, clavándose las uñas en las palmas de las manos para no gritar también.

«Sirena mía, únicamente mía...».

Sonaba en sus oídos como el estribillo de una canción eternamente repetida. Una canción sentimental que jamás olvidaría.

Jamás...

Stéfano habíale dejado la «Casa della Rocca». Se la devolvía como un primer y único regalo. En medio del dolor y del caos en que se agitaba, supo que en adelante viviría allí, alejada de Dino para siempre, buscando refugio en aquel puerto que Stéfano le brindó. En él se dejaría envejecer dignamente, con Cosetta y Paolo y sus hijos. Sus nietos. La «Casa della Rocca» siempre había sido un paraíso para los niños.

Daría a Dino la mitad del dinero que consiguiera para que se marchara lejos. Súbitamente, al faltar el espejismo de Stéfano, comprendió que la imagen de Dino se desmoronaba también, como si únicamente hubiese aceptado su compañía para desafiar al otro.

«Sirena mía. Únicamente mía..., o te mataré. Lo juro».

Pero ella aún vivía. Y Stéfano, su Stéfano de los besos ardientes, estaba muerto, sin que hubiese podido hablarle por última vez.

Se incorporó vacilando y sin ser vista por los otros, que atendían a Arminda, cada vez más enloquecida de histerismo, salió de la sala y fue subiendo las escaleras sintiendo en la garganta los latidos del corazón. Los pies le pesaban como plomo, pero consiguió llegar al rellano y dirigirse automáticamente hacia la puerta que suponía daba paso al dormitorio de Stéfano. Aquel dormitorio que en tiempos perteneciera a sus padres.

Se detuvo, agarrando el picaporte con manos heladas. Veinticinco años de ausencia... Pero siempre el corazón latiendo de prisa ante su recuerdo.

Abrió al fin. Lanzó una mirada hacia la cama y murmuró bajito el mismo sencillo saludo que podía no significar nada o que podía encerrar un mundo de emociones según el sentimiento con que fuese pronunciado. Aquel saludo que dirigiera siempre al encontrar a Stéfano en la caseta de los botes y que resumía la completa felicidad de una mujer:

—Hola... amor mío.

Entró y cerró la puerta tras ella, dejando fuera el mundo odioso que los separaba y quedando, al fin, sola con él...

XXI



«EL CHINO»

De nuevo los altavoces llamaron a los pasajeros para que acudieran a la pista.

Toni tranquilizó a Arminda, que era un manojo de nervios.

—Aún no es el suyo —dijo escuetamente. Arminda lanzó una risita aguda.

—Los viajes en avión me aterran, no puedo evitarlo —confesó.

Pero ya Toni no la oía, enfrascado como siempre en sus confusos pensamientos.

«Cinco mujeres...», pensó. Tan solo dos semanas antes había estado en aquel mismo aeropuerto esperando a cinco mujeres.

No. A cuatro. Obstinábase en incluir a la muerta, una muchacha alemana a la que Stéfano amó en cierta época.

¿En qué época? ¿Cuándo la amó? Todas aquellas preguntas quedaban sin contestar. Trató de imaginarse a la muchacha alemana y no pudo. La única alemana que conocía era la señora Helm, dueña de un puesto de salchichas de Fráncfort allá en Caracas, y su aspecto no hubiese podido inspirar amor.

«Cuatro mujeres», se corrigió. Tan solo dos semanas antes había recibido allí a cuatro mujeres a las que la avaricia, el amor o las dificultades financieras impulsaron a aceptar la invitación de Stéfano. Ahora solo despedía a una de ellas, a Arminda, que regresaba al fin a su casa. No quiso marcharse hasta que la laboriosa gestión testamentaria estuviese en vías de solución. Incluso sospechaba que el notario tuvo que darle un anticipo a cuenta. Por la forma en que llevaba agarrado el bolso nuevo, suponía que estaba lleno de dinero.

Por primera vez la miró «mirándola». Estaba más flaca después de su ataque de hígado. Pero iba flamantemente vestida con un traje *beige*, copiado casi exactamente de uno de la *contessa*. Llevaba un sombrero blanco, impropio de su edad, y dos rosetas de colorete impresas bajo las bolsas de los ojos producían un efecto absurdo, dándole aspecto de muñeca barata, una muñeca a la que

morbosamente marcaran en el rostro un laberinto de arrugas. No había querido moverse de la cama durante los días que siguieron a la muerte de Stéfano, permaneciendo egoístamente encerrada en su pabellón, mientras los demás se encargaban de los penosos asuntos. Pero un buen día se levantó, olvidó su hígado y se fue a Génova para enterarse sin temor a dudas de si en verdad podía considerarse una mujer rica.

Regresó a la «Casa della Rocca» transformada en un alegre jilguero. Y ahora, por fin, se marcharía, con gran satisfacción de todos.

Toni se dio cuenta de que ella estaba hablándole.

—... y compré un regalo de boda para mi hermana, que se casará esta semana. Un juego de licor, de cristal de Venecia. Espero que sepan apreciar un regalo tan bueno. Y confío en que la aduana no me obligue a pagar un dineral...

De las otras tres mujeres, solo dos quedaban en Italia. La muchacha española que se marchó inesperadamente veinticuatro horas después de llegar fue al fin localizada en Capri, y costó trabajo convencerla de que aceptara su parte de herencia. Ella y su novio —suponía que aquel aviador alto que se la comía con los ojos era su novio— tuvieron que pasar dos tardes en casa del notario, escuchando y discutiendo, antes de aceptar el dinero. Inmediatamente después regresaron a Barcelona.

Respecto a Elena...

Su admiración por la *contessa* había aumentado. De todas las invitadas, ella fue la única que acusó sincero dolor por la muerte de Stéfano. Un dolor real, tan intenso como Toni jamás viera otro. Un dolor que se adivinaba en sus menores gestos y que empañaba la maravillosa belleza que injustamente consideró fría y altiva.

En cuanto a Nicole...

Al evocar a Nicole sonrió, porque el pensar en ella producía una embriaguez fantástica, como si en lugar de beber su habitual jugo de rábanos tomase un cóctel de champña. Recordó la noche de la *festa*, que ya parecía lejana, y cuanto habló con ella sobre las bebidas, asegurando que la clasificaba como «café» y clasificándose a sí mismo de «agua mineral».

Nicole se hallaba en Génova. Había alquilado un pisito minúsculo y moderno, instalándose en él mientras durase el rodaje de la película, cuyos exteriores se filmarían en aquellas costas.

La película... También tenía ganas de reír cuando pensaba en eso. Nicole no olvidó sus promesas de darle trabajo, y lo divertido del caso fue que el trabajo apareció sin que siquiera lo buscaran. El director de la película, al comer un día en el pisito de Nicole, habíale descubierto, obstinándose en asegurar que era el tipo ideal para

desempeñar en la película un difícil papel: el papel de un criado chino.

¡Un criado chino!

Tenía una gracia loca. ¿O no la tenía? Aceptó por complacer a Nicole, que se puso contentísima. El día anterior le hicieron la primera prueba satisfactoria.

«¡Yo trabajando en las películas!», pensó sonriendo. Y Arminda, creyendo que le hacía gracia lo que estaba contando, sonrió también.

Era, en verdad, un mundo curioso el de los estudios de cine. Pero lo realmente fascinante eran sus clases diarias con Nicole. Ella le hacía aprenderse su corto papel de memoria. Y estaba enseñándole a leer, poniendo en el empeño todo el ardor que poseía.

¡Maravillosa Nicole! La adoraba como un perro fiel y la admiraba fanáticamente desde que la vio bailar. Al principio, al verla con su falda de tul y sus zapatillas de raso, le pareció una desconocida. Pero la impresión desapareció cuando le rogó que le atase una de sus rebeldes zapatillas color oro, que aprisionaban los pequeños pies de bailarina.

Cuando ella no le veía, besaba aquellas zapatillas de diversos colores que solía comprar en grandes cantidades con exigencia sibarítica, como si el comprarse muchos pares de zapatillas afirmase su voluntad de bailar mucho.

Arminda sacó un cigarrillo y él le ofreció lumbre. La pobre mujer había empezado a fumar recientemente, para imitar a la *contessa*. Lo hacía toscamente, entre toses y carraspeos, cogiendo el cigarrillo como si fuese un lápiz.

—¡Qué encendedor tan original! —comentó—. ¿Qué representa?

—Un idolillo chino —explicó Toni, resignado, dando vueltas entre los dedos al inevitable encendedor—. Lo perdí y el jardinero me lo ha devuelto.

—Es precioso.

—¿Lo quiere? —sugirió esperanzado—. Permítame ofrecérselo.

—Por Dios... De ningún modo...

—Se lo ruego...

—Bien..., si se obstina... Es un encanto. Un millón de gracias... Creo que...

Nuevamente dejó de oírla, enfrascado en sus pensamientos.

Al fin conseguiría perder de vista al famoso encendedor. Que se lo llevase en buena hora. No quería conservar nada que le recordase a Stéfano. Incluso sentía un placer infinito por haber evitado que él le dejase algún dinero.

El testamento de Stéfano...

Ninguna de aquellas cuatro mujeres sospecharía jamás que eran ricas gracias «al pobre chino». Guardaría celosamente el secreto de las últimas horas de Stéfano, ofrendando a su memoria un único homenaje: el de que las cuatro mujeres que lo amaran en determinadas circunstancias de sus vidas, ignorasen siempre toda su perversidad y creyeran que había tenido un bello gesto antes de morir.

¡Stéfano un bello gesto...!

Había tratado de no evocar los acontecimientos de aquella noche, pero ahora recordaba vívidamente su llamada y sus preguntas y comentarios acerca de lo que le parecieron lo que él llamaba burlonamente «mis adoradas mujeres». Estaba excitado por su llegada y el rostro mostraba huellas de fatiga. Tenía los labios amoratados y las manos le temblaban, pero estaba alegre, con una alegría que hubiese podido calificarse de feroz.

Comenzó hablando de ellas, una por una, con irónica crueldad, hasta exasperar a su secretario, quien armándose de valor decidió a preguntarle si en verdad pensaba hacer un testamento en favor de aquellas mujeres y si por aquel motivo las había invitado realmente.

Su pregunta le hizo reír tanto que temió verle asfixiarse en el mismo instante, pero no ocurrió nada y Stéfano aseguró que escribir un testamento sería ciertamente una broma maravillosa. Pidió papel y pluma y empezó a escribirlo, recreándose ante cada legado, divirtiéndole mucho el no mencionar para nada ni a Toni ni al doctor.

Después de escrito lo leyó en voz alta y le pidió que imprimiese abajo su huella dactilar. Hizo además acudir al jardinero y a su hijo para que actuaran de testigos.

Entregó el testamento a Toni para que al día siguiente, durante la comida, se lo entregara a León, con la orden de que lo leyera a las interesadas a la hora de los postres.

—Imagino la cara que pondrá León —había comentado, regocijándose por anticipado—. Y también los ojos de avaricia de mi... cariñoso «harén». Supongo que León procurará por todos los medios alargar mi vida hasta que me decida a redactar un testamento nuevo. Sí, querido ladronzuelo mío, no pongas esa cara triste. Cualquier día escribiré otro testamento y entonces te dejaré toda mi fortuna a ti, con objeto de que fundes una gran institución para ladrones arrepentidos.

Fue quizás en aquel instante cuando los diques se rompieron. Los diques que en el cerebro de Toni servían de contención a sus desbordantes pensamientos. Y por vez primera en su vida había empezado a insultar a Stéfano, diciéndole cuanto opinaba sobre él, encontrando palabras adecuadas para calificarle, como si hablase bajo los efectos de una inspiración extraña que le impulsara a anonadarle, a ridiculizarle, a dejarle convertido en un monstruoso muñeco de cera, consumido por todos los

vicios, cubierto de ignominia de pies a cabeza, arrancándole toda la aureola grandiosa de la que él se suponía rodeado.

Y los dardos de sus palabras consiguieron horadar la coraza de soberbia y vanidad, hiriendo a Stéfano, que acusó sus efectos enloqueciendo de cólera. Se incorporó del lecho, rojo de rabia, y trató de abofetear al sublevado secretario, que se le presentaba de repente como un dios vengador, tratando de empequeñecer su romántica figura de don Juan. Y había caído fulminado por un ataque cardíaco, agarrando fieramente las solapas de la chaqueta de Toni y deslizándose a sus pies como un pelele que perdiese su relleno de serrín.

Toni le arrastró de nuevo a la cama y presenció inmóvil su rápida agonía. Estaba hipnotizado, como si las energías de que diese muestra minutos antes le hubiesen vaciado por dentro, convirtiéndole en estatua e impidiéndole siquiera pedir auxilio.

Solo mucho después de que Stéfano no respirara había vuelto a encontrar su facultad de movimientos para regresar a su cuarto cuando la luz del alba comenzaba a clarear.

—Los pasajeros para la línea Barcelona-Madrid-Lisboa, tengan la bondad de ocupar sus puestos a bordo.

Arminda tartamudeó de emoción:

—Es el mío... Ahora sí que tengo que irme... Me alegro mucho de..., celebro haberle conocido.

—Buen viaje, señora. —Estrechó su mano, reseca y temblona.

—Bien pensado..., no puedo aceptar. Se lo agradezco, pero...

—¿El qué? ¿Cómo dice...?

—El encendedor. No quiero privarle de él. La verdad es que no me gusta mucho fumar. —Se lo devolvió—. De todos modos, mil gracias... Sí. Mil gracias... por todo.

Gracias por todo. Por marcharse rica y satisfecha, pensó Toni. Y filosofando la vio alejarse con su ridículo sombrerito blanco y sus tacones demasiado altos, que la hacían tambalearse.

Estrujó el encendedor y lo dejó disimuladamente sobre uno de los mostradores de las oficinas aéreas.

—*Signore...*, *signore...* —oyó que le llamaban—. Se deja algo olvidado...

No hizo caso y continuó andando, mezclándose con la muchedumbre que salía del aeródromo.

Tenía prisa. Nicole le esperaba para repasar su papel de criado chino.

China... Un gran país. Quizá algún día fuese a visitarlo.

Con Nicole...

XXII



DOCTOR LEÓN COSTA

Estaba solo en el cuarto de Stéfano y de nuevo hizo retroceder el rollo de cinta magnetofónica para oír su voz. Sentía un morboso placer en escucharle, como si por unos instantes y por obra de su voluntad lo resucitara para sostener una de aquellas sabrosas charlas acostumbradas.

Escuchó su voz y el mensaje que pocas horas antes de su muerte grabó para una de aquellas mujeres. ¿Para cuál...? Jamás podría averiguarlo. Y una ardiente curiosidad le atenazaría el resto de su vida.

—Cera moldeable en mis manos —murmuró. Había creído dirigir el alma y la vida de Stéfano con absoluta tiranía, pero aquel absurdo gesto de escribir su testamento sin consultárselo resultó una catástrofe, una especie de venganza postrera en desquite del dominio al que vivió sometido.

Desde un principio estuvo acordado que la visita de las cuatro mujeres y el supuesto testamento sería una broma. Una divertida broma de la que solo gozarían ellos dos.

Sin embargo...

Arrojó el cigarrillo con ira y se levantó, mirando hacia el jardín a través de la ventana. El jardín, que ahora estaba desierto porque las invitadas habíanse marchado. Elena regresaría... Y al pensar en Elena no pudo por menos de juzgar a Stéfano un perfecto estúpido por perder a una mujer semejante, sin haber sabido apreciarla.

¿O quizá sí...? ¿A quién iría dirigido el mensaje grabado en cinta magnetofónica, que no nombraba a nadie...?

Volvió de nuevo a oírlo.

Cerró los ojos y con las manos en los bolsillos escuchó la voz de Stéfano. Era curioso que al oírlo no evocase el Stéfano de los últimos tiempos, sino al muchacho joven y derrotado que trabajaba como chófer en la plantación de caucho.

Al muchacho que le había robado a Amalia.

Por absurdo que pareciera, el paso de los años había conseguido borrar de su recuerdo los rasgos del rostro de ella. Recordaba solo sus ojos extraordinarios y el eco de su risa un poco estridente, de mujer nerviosa. El resto se lo había llevado el viento.

Podía volver a América, sin el temor de verse asaltado por los recuerdos. Sentía añoranza de Venezuela, de su selva peligrosa y cálida, del afanoso luchar de los que allá arribaban, acuciados por el ansia de enriquecerse en seguida, a costa de lo que fuese. El ambiente le brindaba un amplio campo de interesante estudio psicológico.

Tenía dinero ahorrado. Había sido previsor. Stéfano no pudo quitarle todo.

Se encogió de hombros, burlándose de Stéfano o quizá de sí mismo. Tenía las maletas preparadas en su cuarto y esperaba la llegada del coche que le llevaría a Génova. De todo cuanto dejaba atrás, una sola cosa le apenaba: decir adiós definitivamente a aquella deliciosa *contessa* rubia, que sollozó desgarradoramente ante el cadáver de Stéfano.

—No puedes quejarte, amigo —habló mirando al aparato que dejaba oír su voz—. Tuviste la suerte de que llorase por ti una mujer excepcional. Por un monigote estúpido y vacío como tú.

Las mujeres... ¿Quién podía adivinar el secreto impulso que obligaba a amar a los corazones femeninos? ¿Por qué determinada mujer amaba hasta la muerte a determinado hombre? Quien consiguiera adivinarlo habría descubierto el secreto de la Humanidad.

«... y quiero hablar contigo, solo contigo, esta noche, mientras oigo tu voz que me llega desde el comedor... —decía Stéfano en el aparato—. Recuerdo tu sonrisa y el movimiento de tus manos porque ni un solo minuto conseguí olvidarlos. Tu amor fue la única cosa pura y buena que tuve en la vida y deseo que sepas que...».

Nada más. Algo había interrumpido la grabación, y la persona a quien Stéfano se dirigiera jamás sabría lo que él pensaba decirle.

Jamás.

«Ni yo tampoco», pensó, arreglándose el nudo de la corbata con gesto maquinal.

¿Sería Elena, la fascinadora Elena, su primer y único amor?

¿Nicole, la francesita del *quartier latin*, que le ofrendara su cariño y una parte de su juventud?

¿Arminda, que le prestó ayuda material y le cuidó como a un hijo?

¿Irene, la muchacha-magnolia, que iluminó sus treinta años con un amor rosado y romántico?

No podía encontrar respuesta a aquellas preguntas. Y la idea le irritó tanto como jamás nada le irritara en la vida. Ni siquiera la fuga de Amalia.

De un manotazo hizo girar el rollo de cinta y borró definitivamente la voz de Stéfano, como quien pasa una esponja por el cristal sucio. Maquinalmente conectó la radio, para que la música borrara también de la atmósfera el eco de sus palabras.

Elena no sabría nunca nada de aquel mensaje. Ni ella ni las otras. Porque deseaba que al menos Elena viviese en paz, olvidando. Stéfano no conseguiría torturarla más.

Estaba muerto. La cinta magnetofónica giró en silencio ante sus oídos. Muerto, sí.

Borrado.

Desaparecido.

Totalmente liquidado.

Se sirvió *whisky* y buscó en la radio un programa que le gustase.

Beethoven. «La Patética». Estaba de suerte.

Dejó el vaso sobre la mesa y alzó los brazos lentamente, comenzando a dirigir la sinfonía.



Otras obras de Luisa María Linares
Publicadas por La Cuadra Éditions

Mi enermigo y yo
Solo volaré contigo
Esta semana me llamo Cleopatra
Escuela para nuevos ricos
Soy la otra mujer
Apasionadamente infiel